

245

Leslie Kelly

LUNAS DE MIEL

e lit

elit

LUNAS DE MIEL

LESLIE KELLY

A45

 HARLEQUIN™

Índice

LUNA DE MIEL

Sinopsis

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Sinopsis

Ella sabía muy bien lo que quería, y era... a él.

La millonaria Pamela Bradford estaba decidida a perder la virginidad de una forma u otra. Cuando fracasó su plan para seducir a su infiel prometido, decidió que no podía desaprovechar la maravillosa luna de miel que había preparado... ni aunque tuviera que ir sola. Pero de repente se encontró en los brazos del sexy Ken McBain y decidió volver a poner en marcha su plan de seducción.

Por mucho que Ken McBain deseara a Pamela, y realmente lo hacía, había prometido no aprovecharse de su situación. Pero no había contado con el empeño de Pamela en que la hiciera suya... en todos los sentidos.

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2001 Next Temptation

© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica,
S.A.

Lunas de miel, n.º 202 - julio 2018

Título original: Relentless

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-9188-858-1

Capítulo 1

Ahogada bajo casi cinco kilos de mantequilla y azúcar, metida en aquella tumba de papel, cartón y madera, Pamela Bradford sintió que se le estaba pasando el efecto del whisky. De repente, lo vio claro, el estómago empezó a darle vueltas y las manos le temblaban.

—Sacadme de aquí —ordenó sin saber si alguna de sus damas de honor seguirían por ahí. Una risa y un «shh» le confirmaron que sí—. ¿Sue? Sue, he cambiado de opinión. No puedo hacerlo.

—Sí, sí puedes.

Aquella no era la voz de Sue, que era dulce y tímida como un conejo y a la que le encantaban por las novelas de amor. No, aquella voz grave y autoritaria era de LaVyrle, una afroamericana de noventa kilos.

—LaVyrle, por favor, no es una buena idea. A Peter no le va a hacer ninguna gracia.

—¿Cómo que no? Ya verás cuando te vea salir de la tarta. Se va a poner a mil. Y, si no fuera así, por lo menos lo sabrías hoy y no mañana cuando ya no tendrá remedio porque ya te habrás casado con él. Y ahora cállate, que nosotras seguimos pensando cómo salir de aquí.

Pamela suspiró porque sabía que LaVyrle no se iba a apiadar de ella. Sue, sin embargo, sí. Ella era su mejor amiga. Siempre había sido un ángel, incluso de pequeña, excepto si estaba con ella, claro. Ella la habría sacado de allí sin pensarlo, pero estando LaVyrle y Wanda, sus dos compañeras de trabajo en el centro de adolescentes de Miami, no la iban a dejar.

Pamela había visto a LaVyrle derribar a un traficante de drogas en

plena calle por haberse acercado a sus chicos, que estaban jugando al baloncesto, así que decidió que prefería que Sue no tuviera que enfrentarse a ella.

Pensó en salir de la tarta en ese momento y no esperar a la despedida de soltero, pero sus amigas la habían colocado en un pasillo del hotel Fort Lauderdale, así que no le pareció buena idea. Con la suerte que tenía, se daría de bruces con el columnista de cotilleos locales o con una familia con seis hijos de vacaciones.

—Madre mía —murmuró sabiendo que estaba atrapada. Estaba sentada con las rodillas dobladas y no podía moverse. Miró hacia arriba y vio que la parte alta de la tarta estaba más baja que antes. La estructura de madera estaba cediendo ante el peso de la empalagosa cobertura de azúcar—. No sabía yo que pusieran azúcar de verdad en estas estupideces —recapacitó mirando hacia arriba y rezando para que aquello aguantara un poco más.

—Normalmente, no —dijo LaVyrle—. El padrino, o quienquiera que fuese el que contrató a mi amiga Nona para el desnudo de esta noche, tuvo que pagar un extra. A veces, lo piden, ¿sabes? Así, el de la despedida de soltero tiene que chupar a la bailarina.

Pamela tragó saliva.

—Aunque todos sabemos que Peter nunca lo haría —intervino Sue siempre tan dulce.

—Estoy segura de que sí lo hará al ver a Pamela —apuntó Wanda—. A no ser que no le guste el dulce...

—Por favor, ¡dejadme salir! —imploró Pamela.

—¡Deja de lloriquear! —ordenó LaVyrle.

Pamela se acomodó un poco y se preguntó cómo se había metido en aquel lío.

Aunque no podía moverse mucho, se miró y se estremeció. Llevaba un minúsculo sujetador rojo y brillante y un tanga a juego, además de unos altísimos zapatos de tacón. Bueno, llevaba una camisa, pero era tan corta que apenas le llegaba a los muslos y la tela

era tan fina que se estaba helando el trasero.

Aquella era la forma más tortuosa de pasar su última noche de soltera. No se podía creer que hubiera accedido. ¿Pero en qué estaría pensando?

En realidad, sí sabía por qué lo había hecho. Llevaba tiempo preguntándose por qué Peter no había convertido su relación sentimental en física.

¡Su prometido no había intentado nada en los seis meses que llevaban juntos! La había besado, sí, le había dado besos dulces y tiernos, pero nada más.

«Entonces, ¿por qué me voy a casar con él?», se preguntó en un momento de pesimismo.

Aunque no la había seducido físicamente, Peter le había robado el corazón. Nunca había conocido a un hombre con el que tuviera tanta complicidad. Tenían los mismos gustos en todo, desde los deportes hasta los helados, pasando por grupos de música y política. Nunca discutían ni ninguno decía una palabra más alta que la otra. Debido a las discusiones que tenía con sus padres, Pamela había encontrado en él una balsa de tranquilidad.

Además, Peter había sido el primer hombre con el que había salido que había entendido su profesión. La había animado a que siguiera luchando por los adolescentes con problemas por los que ella tenía tanta devoción. La consolaba cuando lloraba de frustración por las continuas discusiones que sostenía con sus padres, ya que ellos no aprobaban su forma de vida porque no incluía ni clubes de campo ni golf ni salidas en barco.

Ellos creían que solo estaba pasando por una etapa o que se estaba haciendo la difícil, como cuando era pequeña. Sí, era cierto que de pequeña había sido una niña rebelde. Solía operar a los peluches sobre la mesa de la cocina y pintar a las muñecas con pinturas de camuflaje. Quería ser jugadora de baloncesto, no animadora, pero no por ser rebelde sino porque había nacido con el

instinto de mantenerse fiel a sí misma... ¡lo que se traducía en ser diferente de sus seres queridos!

Peter le había animado a que siguiera siendo así. La había conquistado por su cerebro. Porque por el cuerpo desde luego que no había sido. Ni caricias ni susurros seductores ni sonrisas deslumbrantes. Nada de nada. Cero.

Pamela no era una experta en el sexo, nada más lejos de la realidad, pero sabía que las personas que se quieren como para casarse deberían sentirse atraídas físicamente también. Peter no había hecho ni el más mínimo amago de hacerle el amor aunque ella había dejado caer que le habría gustado.

Había oído que salía con chicas y en la empresa de su padre decían que con bastantes... aunque todo eso ya era agua pasada. Aquello hacía que entendiera todavía menos por qué no quería tener relaciones sexuales con ella.

¡Por eso había decidido planear la luna de miel más romántica y sensual del mundo! Había visto un anuncio en una revista para novias y se había gastado una pequeña fortuna en una habitación en un nuevo complejo para recién casados en el lago Tahoe.

Peter creía que iban a ir a la cabaña de un amigo y Pamela no sabía cómo iba a reaccionar cuando se viera en aquel lugar que prometía «hacerle olvidar el mundo y todas las inhibiciones». ¿Y si no le gustaba? ¿Y si se quería ir?

No debería estar pensando eso sobre el hombre con el que iba a casarse y menos esa noche. Era su despedida de soltera y el alcohol le había soltado la lengua, así que, al final, había terminado rebelando el secreto a sus amigas.

Sue se había quedado mirándola con los ojos como platos, Wanda se había mostrado escéptica y LaVyrle había puesto el grito en el cielo.

—¡Es homosexual! —exclamó—. Te lo advierto. Vas a casarte con un hombre que va a saunas y a conciertos de Bette Midler!

—No es homosexual —murmuró Pamela dentro de la tarta. Estaba segura de que Peter era heterosexual, pero no se explicaba de dónde salía aquel desinterés por el sexo.

Lo que sí sabía era que no podía casarse con un hombre al que no le interesaba el sexo. El amor era maravilloso, estupendo, ella estaba enamorada de Peter. ¿Qué mujer no estaría enamorada de un hombre guapo y con un buen trabajo, que se anticipara a todos sus deseos y siempre estuviera dispuesto a darle la razón?

—Tal vez, una mujer que quisiera un poco de pasión en su vida —murmuró.

Pamela era incapaz de imaginarse un matrimonio sin deseo. Sus padres, que llevaban más de treinta años casados, todavía eran apasionados. Pensó qué dirían si la vieran en esos momentos.

—A ver, muñeca, ya tenemos el plan trazado —dijo LaVyrle—. Sue va a entrar a decirle a Peter que tiene que hablar con el porque ha habido un problemilla de última hora con la boda. Mientras estén hablando, Wanda y yo vamos a entrar gritando que hay una bomba y que tienen que desalojar, pero Sue agarrará a Peter para que no se vaya.

—Es lo más estúpido que he oído en mi vida —gritó Pamela—. ¿Y crees que Peter va a querer quedarse para saltar por los aires?

—Sí, porque Sue le dirá que tú eres la bomba, preciosa. Además, ¿se te ocurre algo mejor?

¿Por qué no les decís que hay un concurso de camisetas mojadas en el bar? —dijo retirándose un mechón de pelo castaño de los ojos—. No creo que a Peter le interese...

—A Peter no le interesará, no —dijo LaVyrle irónicamente. Pamela murmuró una obscenidad—. Me parece una buena idea. Tú quédate aquí, vamos a ver dónde está el bar y volvemos en diez o quince minutos para sacar a los invitados.

—Por favor, LaVyrle, sacad a todos. No quiero que nadie me vea así. Sería horrible —suplicó Pamela.

¡Sobre todo, porque la mayoría de los invitados a la despedida de soltero eran compañeros de trabajo de Peter, lo que quería decir que también trabajaban para su padre!

—Ahora volvemos, Pammy —susurró Sue—. Tranquila —añadió. Pamela oyó a las tres mujeres que se alejaban riéndose.

Pamela se quedó allí sola, medio desnuda y metida en una absurda tarta que olía tanto a dulce, que era nauseabundo. Estaba tan plegada que se le iban a dormir las piernas y no iba a poder hacer la aparición estelar. Sintió un escalofrío al pensar qué cara pondría Peter. ¿Se le haría la boca agua al verla o la miraría con reproche?

¿Por qué se había dejado meter en aquel lío?

Ken McBain estaba en un rincón de la opulenta habitación de aquel hotel con una cerveza en la mano y preguntándose por enésima vez cómo se había dejado convencer para asistir a aquella despedida de soltero. No conocía a nadie. Todos aquellos tipos recién afeitados le resultaban iguales, todos parecían llevar un cartel que decía: «Vamos a hacer algo realmente atrevido, como ver una peli porno». ¡Para colmo, el novio le caía fatal!

Menuda manera de desperdiciar un viernes por la noche. Aunque solo llevaba allí una hora, quería irse.

—Pete, seguro que recuerdas a estas bellezas —dijo uno del departamento de personal de Bradford Investments entrando en la habitación con dos mujeres muy rubias, muy provocativas y muy profesionales. Profesionales de la profesión más antigua del mundo, claro.

Los ejecutivos se miraron nerviosos y sonrieron. Ken puso cara de fastidio.

—Esta fiesta sí que se está animando —dijo el novio levantando una cerveza.

La entrada de aquellas chicas fue la señal para Ken de que había llegado el momento de irse. Nunca había pagado para tener una relación sexual y no tenía el más mínimo interés en frecuentar a

hombres que lo hacían.

Se levantó para irse. Otros dos compañeros con los que se llevaba bien hicieron lo mismo. En ese momento, ganaron bastantes puntos. Sin embargo, el novio agarró a una de las chicas de la cintura, lo que hizo que el respeto que Ken le tenía, que ya era bien poco, quedara reducido a cero.

No podía creer que Pamela Bradford, la misma Pamela Bradford que lo había cautivado con su sonrisa desde la foto que su padre tenía en la mesa de su despacho, fuera a casarse con aquel devorador de mujeres.

Peter Weiss sabía venderse, desde luego, porque la señorita Bradford podía tener a cualquier hombre que hubiera querido con un chasquido de dedos. Incluido a él.

Y había ido a elegir a Peter. Una de dos: o era estúpida e ingenua, que no parecía probable, o Peter le había ocultado su verdadera personalidad. Aquello también le parecía inconcebible. Ken solo llevaba dos semanas trabajando en la empresa y ya sabía que Peter había estado liado con tres secretarias y lo habían pillado con una administrativa en el baño de hombres. ¿No lo sabía Pamela?

Era cierto que Peter podía haber cambiado desde que la había conocido. ¿Qué hombre podría querer a otra mujer teniendo a Pamela Bradford?

—Menudo imbécil —murmuró al ver a Peter desatándole la camisa a la prostituta con los dientes—. Ella estaría mucho mejor sin ti.

Se preguntó por qué se preocupaba tanto por una mujer a la que nunca le habían presentado formalmente. Pero no lo podía evitar, sobre todo en las reuniones en el despacho de su padre, cuando se quedaba mirando su foto y aquellos ojos grandes y alegres.

Pamela Bradford había encendido algo en él. Intentó convencerse de que él era todo un caballero y que se preocupaba tanto por ella porque iba a cometer un gran error, pero tuvo que admitirse a sí

mismo que la libido tenía mucho que ver con el tema también.

La hija de sus clientes le ponía a mil y no habían llegado ni siquiera a intercambiar ningún saludo. En las dos semanas que llevaba en Miami, había visto su foto muchas veces y había oído su nombre en boca de su padre otras tantas, pero solo la había visto en persona una vez. Solo una vez. Pero qué impresión le había causado.

La había visto salir del despacho de su padre, donde, se enteró después, había vuelto a discutir sobre su trabajo. Jared Bradford le había dicho varias veces que su hija no había aceptado nunca nada de ellos, que eran ricos y le habían intentado ofrecer siempre lo mejor.

Su padre estaba preocupado. El centro en el que trabajaba Pamela no solo estaba a una gran distancia de su mansión, sino que para él era otro mundo, un mundo que le resultaba completamente extraño.

Aquel día se había quedado escuchando desde su despacho provisional para los tres meses que iba a durar el proyecto. Vio salir a Pamela echando chispas, vio cómo daba una patada a la puerta del despacho de su padre y cómo se dirigía a los ascensores.

Era maravillosa, desde las curvas de su cuerpo hasta el fuego de sus ojos marrones pasando por su pelo castaño. Ken se quedó mirándola en silencio. Ella ni lo había visto, pero él no había perdido detalle. Tenía el mismo mentón orgulloso que su padre y los hombros erguidos. Tenía una boca grande y maravillosa, perfecta para sonreír, besar y... muchas más cosas.

No solo le atraía la mujer que había visto con sus propios ojos, sino la que veía a través de los ojos de su padre, la Pamela cabezota y buena. Quería conocerla.

Desgraciadamente, estaba a punto de convertirse en la mujer de un imbécil adicto al sexo.

—Venga, venga, venga —gritaron todos. Ken se dio la vuelta. Peter estaba bebiéndose una botella de cerveza de un trago y sus amigos lo estaban animando. ¿Y se iba a casar con eso?

Ken cruzó la habitación, evitando los charcos de cerveza, para

buscar la chaqueta. Se la había quitado al llegar y la había colgado en el respaldo de una silla, pero ya no estaba. Miró a su alrededor fastidiado y vio que la puerta de la habitación estaba abierta.

—Mirad lo que me he encontrado —gritó otro de los invitados desde el pasillo empujando un carrito hasta la habitación.

Ken vio un zapato rojo de tacón alto, que salía de lo que parecía una tarta e intentaba parar la marcha del carrito hincándose en el suelo, pero no estaba consiguiendo nada.

La mujer que iba dentro no parecía estar preparada para el numerito. La oyó ordenar al hombre que parara y la dejara donde la había encontrado. Nadie parecía darse cuenta.

—Ha llegado lo mejor —dijo el hombre metiendo el carro en la habitación.

Las dos rubias se miraron divertidas.

—Ya verás, te va a encantar Nona, precioso —dijo una de ellas al novio, que contestó sentándola en su regazo.

Ken, que estaba al lado del carrito, oyó que la mujer que estaba dentro estaba hablando.

—Sacadme de aquí. ¡Ha habido un error!

—¡No seas tímida, guapa! —dijo el hombre que la había empujado hasta allí. Ken creía que era Dan, de Facturas.

Nada, la mujer no salió.

—Tal vez, si le ponemos música... —aventuró alguien. Teniendo en cuenta que la cadena de música ya estaba a todo volumen, Ken se preguntó qué estaría fumando aquel tipo.

—Hola, ¿hay alguien ahí dentro? —preguntó Dan de nuevo metiendo dos dedos en la tarta—. ¡Ay, me ha mordido!

¿Mordiscos? ¿Desnudos? ¿Prostitutas? Ya era suficiente. Ken decidió irse.

Pero no encontraba la chaqueta y tenía las llaves del coche y el móvil dentro, así que fue a la cocina y comenzó a buscar en una pila de abrigos que habían colocado sobre la encimera.

Dan y otro invitado movieron el carrito al centro de la habitación, más o menos delante del novio. Aunque todos querían que la bailarina saliera, Peter no parecía tener prisa.

—Tenemos toda la noche —anunció mientras la rubia que tenía encima se restregaba contra su cuerpo.

—Aprovéchala, Peter, que es tu última noche de libertad —dijo alguien.

Ken, que había dado por perdida la chaqueta, agarró una lata de refresco de la nevera y se remangó la camisa. Allí hacía calor y supuso que la mujer tendría sed.

—No creo que vaya a echar mucho de menos mi libertad con mi mujercita. ¡No tocarla casi me mata!

Aquello hizo que Ken se interesara. ¿Peter estaba diciendo que no habían consumado el acto antes de la boda?

Las rubias se rieron.

—¿No habéis...?

—No. La princesita tiene que llegar virgen a la noche de bodas o papá se enfadaría y eso es lo que importa. Después de haber esperado tanto, más vale que mañana se porte bien.

Aunque Pamela no estaba allí para oír lo que estaban diciendo, Ken sintió vergüenza ajena. ¡Aquel imbécil estaba gritando a los cuatro vientos intimidades de la mujer con la que se iba a casar! Además, todos los presentes eran empleados de su padre.

—¿Qué hay que hacer para que papá no se enfade? —preguntó uno de los que menos había bebido.

Peter debía de haber bebido demasiado porque contestó como si no se diera cuenta de que estaba quedando como un auténtico canalla.

—Ella tiene las llaves del reino. Pero, si la tengo embarazada y en casita, lejos de esos degenerados del centro, tendré la cuenta del banco repleta. Es un acuerdo al que hemos llegado mi suegro y yo.

Ken sintió náuseas. Por lo que estaba contando Peter, el padre de

Pamela había conspirado con su prometido para apartarla de su profesión y convertirla en una esposa de la alta sociedad. Aunque le caía bien Jared Bradford, tuvo que reconocer que se había pasado.

—No os podéis ni imaginar lo que he tenido que soportar. Mi mujer va a ser una fiera en la cama, seguro. Cada vez que la dejaba en casa, me miraba con esa carita suya como si estuviera haciendo pucheros, con esos labios... ¡y me tenía que ir a buscar a otra para acostarme con ella!

Ken sacudió la cabeza disgustado. Así que Peter no se había controlado en aquellos meses de compromiso. Era un imbécil adicto al sexo y tramposo, además.

Ken era de la opinión de que, en el momento en el que un hombre ponía un anillo de pedida en el dedo de una mujer, había que ser fiel. Era como un apretón de manos en un negocio. Si das tu palabra en un trato empresarial, la cumples. Si te comprometes con una mujer y no puedes acostarte con ella hasta la noche de bodas, te haces adicto a las duchas de agua fría y aprendes a conocer bien tu mano derecha. No le eres infiel.

Miró a su alrededor buscando de nuevo la chaqueta y vio que la tarta se estaba moviendo.

De repente, dos puños salieron del papel y apareció una mujer.

—¡Demonios! —murmuró alguien. Ken entendió por qué en cuanto vio aquella mata de pelo castaño.

Pamela Bradford, que obviamente lo había oído todo, había emergido de la tarta cual diosa vengativa.

Capítulo 2

Pamela no pensó, no se paró a, reflexionar y probablemente no estaba en sus cabales cuando salió de la tarta. Fue instintivo, fue la adrenalina del enfado. Si lo hubiera pensado, nunca se habría atrevido a mostrarse así vestida ante una habitación llena de hombres.

Cuando el borracho que se había encontrado el carrito había comenzado a llevarlo hacia la habitación, se había puesto a rezar todo lo que sabía para que volvieran sus amigas. Se había quedado allí, inmóvil, mirando a su alrededor por los agujeros que había hecho el imbécil aquel al meter los dedos en la tarta y preguntándose por qué tardaban tanto en encontrar un maldito bar en pleno paseo marítimo de una ciudad llena de bares.

Al ver a su prometido abrazando a una prostituta, se había enfadado, pero había decidido esperar y concederle el beneficio de la duda porque era su despedida de soltero. Seguramente, había sido ella la que se había sentado encima de él.

Pero Peter había empezado a sobarla.

Pamela se había enfurecido. No se lo podía creer. Su prometido estaba tocando a otra mujer cuando faltaban menos de doce horas para que se casara con ella. Aquellos dedos, que nunca se habían posado sobre su cuerpo, reposaban sobre lo que dejaba al descubierto la minifalda de cuero. Había empezado a tener serias dudas sobre la boda incluso antes de que el muy estúpido abriera la boca.

Pero después, le había hervido la sangre. No había podido soportarlo más y había salido de la tarta con tanta fuerza como la lava

de un volcán.

—Pamela —exclamó Peter empujando a la rubia.

—Cállate, Peter. Simplemente, cállate —ordenó ella mientras salía de la tarta sintiendo que tenía azúcar por todo el cuerpo. Se le enganchó el zapato y, mientras se esforzaba por soltarse, maldijo a los zapatos, a su prometido, a su padre y a su vida.

—Pamela, deja que te lo explique —dijo Peter alargando el brazo.

—Como me toques, te arranco el brazo —le espetó ella.

—Cariño...

—¡No me llames «cariño»! —exclamó logrando soltarse—. Nunca lo he sido y no soy la princesa de mi padre, así que vete a decirle al rey que la boda se ha suspendido. Supongo que eso te convierte en el bufón, ¿no, Peter?

Pamela miró a los presentes, que bajaron la vista. Supuso que ya habían visto suficiente. Se ruborizó, se tapó con la minúscula camisita rosa y se cruzó de brazos.

Los hombres fueron dándose la vuelta lentamente y saliendo de la habitación.

—Pamela, por favor. No te precipites. No lo has entendido.

—Peter, te he oído perfectamente —le contestó yendo hacia la puerta—. Mi padre te contrató, te dijo cómo encandilarme y te prometió una buena recompensa por fingir que estabas loco por mí —añadió. Se le quebró la voz, pero se forzó a erguir los hombros—. ¿Me he dejado algo?

—No fue así —contestó él acercándose.

—Ni se te ocurra —dijo ella señalándolo con el índice—. Como te acerques a mí, tal vez, te arranque algo más que el brazo.

Peter tragó saliva. Al oír reírse a uno de los hombres, Pamela se giró y los miró. Nunca olvidaría sus risas y sus gritos de júbilo mientras Peter les contaba el plan. No olvidaría sus caras; supuso que les parecía divertida aquella humillación.

Sintió ganas de llorar, pero estaba decidida a no darles ese gusto.

Ya lloraría cuando hubiera salido de allí, cuando estuviera lejos de ellos y del eco de la prepotencia de lo que Peter había dicho.

—Por cierto, Peter —dijo dulcemente desde la puerta. Él lo miró esperanzado—. Eres idiota —añadió abriéndose la camisa. Peter se quedó con la boca abierta—. Y yo no soy virgen.

Tras el portazo que siguió a aquello, todos los presentes se quedaron en silencio y sin moverse. En la cocina, Ken estaba tan sorprendido por su aparición y desaparición como todos los demás. Aquello de la camisa, aunque solo lo habían visto Peter, la prostituta y él, se no se le iba de la cabeza.

Le costó recobrar el aliento. La había visto solo entre las hojas de una planta artificial, pero nunca la olvidaría. Nunca.

Era, simplemente, maravillosa. El disfraz que llevaba, que en otra habría sido vulgar, en ella era de lo más provocativo. Aquella mujer tenía demasiada clase como para no parecer una dama de pies a cabeza.

Tenía el cuerpo más bonito que había visto nunca. Las curvas de sus caderas eran perfectas para unas manos masculinas, su ombligo pedía a gritos que lo besaran y los innumerables centímetros de muslos eran para estar varias horas explorando.

Sin embargo, lo que le había llegado a Ken al corazón había sido el dolor que había visto en sus ojos.

—Al demonio la chaqueta —dijo mientras salía de la cocina para ir tras ella. No podía dejar que fuera por el hotel vestida así, sola y destrozada. No la conocía, pero estaba sufriendo y quería ayudarla.

—¿Es de la profesión? —oyó decir a la prostituta—. Tiene cuerpo para serlo.

Peter estaba confundido.

—¿Cómo ha podido ocurrir esto?

Ken lo miró con el ceño fruncido y apretó los puños. Sintió deseos de darle un puñetazo, pero se reprimió.

Vio su chaqueta en la silla en la que estaban sentados Peter y su

amiguita y la agarró.

—¿Seguro que no baila? Dios, podría ganar mucho dinero — insistió la rubia.

Peter sacudió la cabeza.

—¿Por qué no me habré acostado con ella cuando tuve oportunidad?

Ken no pudo reprimirse y le contestó con un buen puñetazo.

Tras salir dando un portazo, Pamela se paró en el pasillo vacío y silencioso. Apoyó la cabeza en la pared mientras los sollozos le atenazaban el pecho y las lágrimas de rabia y humillación amenazaban con descender por sus mejillas.

Se concedió solo unos segundos para compadecerse de sí misma. Luego, recorrió el pasillo, pasó del ascensor y bajó por las escaleras. Una vez allí, sola y a salvo de miradas indiscretas, se abrazó y se permitió llorar.

—Bastardo asqueroso —murmuró. ¿Peter o su padre? ¿Cuál de los dos le había hecho más daño? ¿Quién de los dos le había clavado el cuchillo en el corazón y quién lo había retorcido?

No tuvo que pensarlo mucho. Su padre la quería de verdad, así que era el que la había traicionado de verdad. Nunca se lo perdonaría.

Ni a ella misma, tampoco. ¡Estúpida! ¡Se había prestado a las argucias de Peter y había estado a punto de casarse con él!

Sorprendentemente, no le dolía el haberlo perdido. Estaba dolida, sí, pero era porque se sentía utilizada. Sobre todo, por la traición de su padre. También sentía furia, vergüenza y conmoción.

Sin embargo, ¿le dolía el corazón? ¿Se sentía destrozada emocionalmente? Todavía, no. Al menos, no todo lo que suponía que le dolería el que el hombre del que estaba completamente enamorada la hubiera utilizado.

El dolor llegaría más tarde o, quizás, no estuviera tan enamorada como creía. Fuera como fuere, lo único que sentía era humillación.

Tras unos minutos, bajó por las escaleras preguntándose dónde estarían Sue, Wanda y LaVyrle. No quería verlas, no quería ver a nadie que le pidiera una explicación. Solo quería encontrar algo para ponerse encima de la ropa tan ridícula que llevaba e irse a casa. Lo malo era que había dejado su bolso con el dinero, la ropa y las llaves del coche en el maletero del coche de LaVyrle.

Las escaleras daban, por detrás del ascensor, al vestíbulo del hotel. Oyó risas en el bar y se preguntó si sus amigas estarían allí. No, seguramente ya habrían subido y habrían descubierto lo que había pasado. Se preguntó cuál habría sido la reacción de LaVyrle.

—Espero que Peter tuviera pagado el seguro privado —sonrió maliciosa.

El vestíbulo estaba casi desierto, pero la persona que estuviera en recepción la vería pasar corriendo medio desnuda hacia la salida. Decidió evitar el vestíbulo.

Tampoco quiso entrar en el bar aunque se hubiera tomado gustosa una copa de algo fuerte. Claro que así vestida y sin dinero...

—Seguro que alguno me invitaría —comentó con amargura.

Decidió salir por la puerta de atrás, que daba a la piscina y a la playa. Rezó para que algún turista se hubiera olvidado una camiseta o algo con lo que taparse.

—¡Bingo! —exclamó al encontrar una toalla junto a la piscina infantil.

Se dio cuenta de que tenía que llamar a alguien porque no tenía dinero ni coche. ¿A quién? Sus mejores amigas estaban en algún lugar del hotel y su exnovio se estaría consolando en brazos de la prostituta. Al pensar en aquello, se dio cuenta de que no estaba preparada para ver a nadie. Prefería estar sola para pensar y asimilar lo sucedido y decidir qué iba a hacer.

—Para empezar, la boda queda suspendida —murmuró.

Se alejó de las piscinas y fue hacia los escalones de madera que conducían a la playa. El suave arrullo de las olas y la luna reflejada en

la superficie del agua creaban un ambiente de paz y tranquilidad.

Sin pensárselo, bajó a la playa. La arena fría sorprendió a sus pies. Pamela se paró y tomó aire profundamente intentando recordar las técnicas de relajación que le había enseñado Sue.

—Concéntrate en las sensaciones —recordó—. No pienses más que en el aire salado que te da en los labios, en las olas que bañan tus pies y en el ruido de las olas al romper que llenan tus oídos.

Funcionó unos seis segundos. Luego, su cabeza se llenó de nuevo de imágenes del mentiroso y el asqueroso de su exnovio.

—¡Canalla repugnante! —gritó mirando al cielo. Gritar le sentó bien. Poder pegar a alguien habría sido todavía mejor.

No se dio cuenta de que no estaba sola.

—¿Nos conocemos?

Sorprendida, abrió los ojos y vio detrás de ella a un hombre.

—No —contestó Pamela mirando a su alrededor para ver si había más gente. Estaba en la playa, de noche y medio desnuda. Oh, oh.

—Entonces, ¿cómo sabe que soy un canalla?

—No estaba hablando con usted. Era un momento personal —dijo ella con el ceño fruncido.

—Más bien parecía un momento de abatimiento personal —dijo el hombre acercándose.

Al hacerlo, Pamela pudo verlo bien a la luz de las farolas del aparcamiento. Llevaba una camisa blanca remangada, que dejaba al descubierto unos brazos fornidos y bronceados. No llevaba corbata y tenía la camisa sin abrochar hasta arriba, lo que permitía ver un cuello fuerte y una mata de vello. Aunque llevaba un traje de color claro, Pamela se dio cuenta de que no era el típico ejecutivo que había salido a dar un paseo. No debía dejarse engañar por el traje.

Era, pura intensidad. Desde su pelo oscuro, que parecía negro aunque no estaba segura, hasta la penetrante oscuridad de sus ojos. No, no tenía el aspecto de ejecutivo agresivo que cultivaba su exnovio. Su mandíbula prominente ponía de relieve que no era un

hombre que se dejara acobardar fácilmente. Sus brazos y su pecho dejaban clara su fuerza.

Parecía un policía o un soldado.

Al verlo sonreír, pensó que no tenía aspecto de violador ni de asesino, así que le sonrió tímidamente.

—Pues sí, es un momento de abatimiento personal. Personal, insisto.

¿Eso quiere decir que me vaya?

—Si no le importa —contestó poniéndose bien la toalla y mirando la espuma de las olas.

¿Sabe que tiene algo blanco en el pelo? —Pamela se tocó, se quitó un pegote de azúcar y lo tiró al agua—. ¿Una mala noche?

—No se lo puede ni imaginar.

¿Puedo hacer algo por usted?

—No, a menos que sea usted un matón.

—Lo siento —sonrió el hombre—. Me he dejado las herramientas de matar en casa. Mala suerte.

—Eso es decir poco. Hoy ha sido la peor noche de mi vida. Solo quiero meterme en la cama con algo fuerte.

El hombre se rio de buena gana al imaginarse las connotaciones de lo que ella acababa de decir con total inocencia.

—¡Me refiero algo fuerte de beber!

—Ya, ya lo sé —dijo él sonriendo. Pamela sonrió también.

—No estoy intentando ligar con usted —le advirtió.

—Menos mal porque ha empezado muy mal. Primero, me llama canalla y luego me dice que me vaya...

—Lo que no ha hecho.

—Cierto. ¿Quiere que me vaya?

Por alguna razón, aunque había bajado a la playa para estar sola, le agradaba su compañía. Le gustaba su risa sincera y la calidez de sus ojos.

—Yo creo que sería mejor para usted, la verdad. No soy buena

compañía. Estoy destrozada.

—¿No estaría pensando en rodar una escena de Tiburón o algo así? —preguntó él mirando que iba descalza.

—No, no tengo intención de ponerme ahora a nadar. Solo estaba... pensando. He tenido una noche fatal y, para colmo, he perdido el bolso, la ropa y el dinero, así que no me puedo comprar ni una mísera cerveza para ahogar mis penas en alcohol.

Sorprendentemente, el hombre no le preguntó qué había sido de su ropa. Se limitó a sacarse del bolsillo unas botellitas de minibar de whisky.

—¿Serviría esto?

Aunque no solía beber, Pamela le arrebató una de las botellas, la abrió y le dio un buen trago.

—Qué malo está —dijo tosiendo. Al sentir el calorcito que le bajaba desde la garganta hasta el estómago, se sintió más tranquila. Otro trago más y la misma reacción. Al toser, se le cayó la toalla y se apresuró a agacharse y a volvérsela a poner. Levantó la vista para ver si él se había dado cuenta.

—Tome —le dijo, dándole su chaqueta.

Pamela se quedó mirándolo y se preguntó por qué un gesto tan sencillo le daba ganas de llorar. Lo miró y solo vio amabilidad y preocupación. Aquellos ojos, bajo la luna y un millón de estrellas, destilaban ternura.

—Gracias —susurró aceptando la chaqueta. Al ver que él se giraba y se ponía a mirar al mar, Pamela se dio cuenta de que era para concederle unos momentos de intimidad. Los aprovechó para quitarse la toalla y ponerse la chaqueta—. Es usted un caballero, no como los hombres con los que me he cruzado esta noche.

El hombre se estremeció. Estaba claro que nunca iba a perdonar a los amigos de Peter por haber sido testigos de lo sucedido.

¿Cómo le iba a decir que él era uno de aquellos testigos?

—No sé si soy un caballero —dijo por fin—, pero no soy un

canalla.

—No, el canalla... o, más bien, los canallas son mi exnovio, sus amigos y mi padre —dijo ella con amargura.

¿O sea que no odia a todos los hombres?

—No, solo a unos cuantos —contestó ella dando otro trago.

Él recogió la botella vacía y la vio abrir otra.

—Con tranquilidad.

—Tengo derecho. No se puede ni imaginar la nohecita que he tenido.

En realidad, sí, pero no se lo iba a decir. Era obvio que se sentía humillada y seguramente más después de haber bebido. Se congratuló de haberla encontrado. Era lo único que tenía en mente cuando abandonó la suite del hotel tras haber derribado a Peter de un puñetazo. No se había quedado ni a ver su reacción.

—¿Quiere hablar de ello? —le preguntó enarcando una ceja.

Ella se encogió de hombros.

—Me llamo Pamela Bradford y mañana iba a casarme.

—¿Y qué ha pasado? ¿Se ha peleado con su novio por culpa de la tarta y han terminado lanzándose a la cara? —le preguntó intentando hacerla reír.

—Casi —murmuró.

Ken no conocía de nada a Pamela, pero se había criado con tres hermanas pequeñas y estaba acostumbrado a que le echaran las culpas de las conductas negativas de todos los hombres del planeta.

Con el tiempo, había aprendido que, en momentos de crisis, las mujeres debían contar todo, no guardárselo para sí mismas.

—Cuénteme los preparativos de la boda.

—¡Ya no hay!

¿Han suspendido la boda?

—Sí, aunque todavía no es oficial. Me parece que eso se lo voy a dejar a Peter, que explique él a los invitados por qué la novia no llega.

—A ver qué se inventa. Bueno, puede que cuente la verdad.

—Sí, claro, que es un donjuán que aceptó un soborno de mi padre para casarse conmigo —dijo furiosa.

—No creo.

De repente, Pamela se vio contando la historia de su vida. Su niñez, la relación con sus padres, la dedicación a su trabajo e incluso la desilusión con su exnovio.

Ken escuchó y comprendió por qué Pamela se había hecho novia de un tipo como Peter Weiss. La había engañado sirviéndose de las indicaciones de su padre, que le iba diciendo lo que le gustaba a su hija y lo que no. ¿Qué mujer no iba a caer prendada de un hombre que estaba de acuerdo con ella en todo, que la apoyaba con los ojos cerrados y se anticipaba a todas sus necesidades?

—¿No se aburría de que nunca le dijera que no?

—No era así. Me daba seguridad saber que éramos tan parecidos.

—A mí me suena de lo más aburrido. Un novio a su imagen y semejanza.

—¿Y usted qué sabe? ¿Es experto en relaciones o algo así?

—No. Mis relaciones no suelen funcionar, de hecho —contestó él. Pamela enarcó una ceja—. Sin embargo, sé que no podría aguantar a una mujer que me diera la razón en todo.

—¡Como que es tan fácil! —murmuró ella como olvidándose de sus propios problemas. .

—¿Me está diciendo que es difícil llevarse bien conmigo? Vaya, y yo que me creía el colmo de la cordialidad.

—Lo es —dijo Pamela arrepentida—. Perdón. Se ha portado usted maravillosamente bien y ni siquiera sé cómo se llama. No quería ser grosera, pero es que los hombres de mi vida no son muy de fiar en estos momentos.

—Me llamo Ken —contestó sabiendo que se refería más a su padre que a Peter.

—Mis Barbies siempre preferían a los Madelman —comentó ella sonriendo.

—Mis Madelman siempre prefirieron a Supernova —dijo él siguiéndole la broma.

Pamela se rio por primera vez. Ken sintió que la arena se movía bajo sus pies. Extraño, pero estaba ocurriendo. Sintió que se quedaba sin aire en los pulmones y que no podía dejar de mirarla. Aquella era la Pamela que él quería conocer.

—Una vez, cambié la moto por un Madelman. Estaba jugando a Madelman le da una paliza a Ken por querer que Barbie fuera modelo en lugar de astronauta y llegó mi padre.

Ken sonrió.

—¿Y qué hizo su padre?

—Le pegó un porrazo en la cabeza a Ken tan fuerte que se la arrancó —contestó con una sonrisa triste y mirada de dolor—. Siempre me decía que una chica podía hacer todo lo que se propusiera.

Ken se acercó y sintió ganas de tocarle el brazo y ponerle detrás de la oreja un mechón de pelo que ondeaba con la brisa marina.

—¿Y ahora ya no piensa así?

—Dice una cosa y hace otra —contestó ella apretando la chaqueta contra su cuerpo—. Está encantado de que yo haga lo que quiera siempre y cuando sea algo que a él le parezca bien.

—¿Está segura de que ayudó a su novio un poco?

—¿Un poco? —rio ella—. Pero si ha sido su entrenador personal —añadió con tristeza.

Ken sabía que Jared Bradford la quería, pero no se lo podía decir. Aunque se hubiera portado mal, no lo había hecho con mala intención. Si le decía que conocía a su padre, enseguida sabría qué había estado haciendo en el hotel.

—Hace fresco. ¿Me da una? —dijo Ken señalando las botellitas de whisky. No le apetecía beber, pero era mejor que dejar que se la bebiera ella. El bolsillo en el que estaban, quedaba justo a la altura de su cadera, así que decidió no tocarla. «¡Si la tocas, estás perdido!»

—Me parece que yo ya he bebido suficiente —dijo ella mirando las dos vacías que tenía en la mano—, pero adelante. Beba usted —le dijo dándole una botella.

Ken alargó el brazo y agarró de su mano, pálida y delicada, la botella. Dio un paso atrás y la abrió.

—Lo que no entiendo es qué la llevó a usted a presentarse en su despedida de soltero dentro de una tarta.

Pamela suspiró.

—No lo sé. Tal y como han salido las cosas, habría sido más fácil aceptar que era homosexual.

Ken estuvo de atragantarse con el whisky.

¿Creía que su prometido era gay?

—¡No, yo no, pero mis amigas decían que sí porque nunca... él... yo!

—Porque no se habían acostado —sentenció él sintiéndose una sanguijuela por no confesarle que lo había visto todo.

—No —dijo desafiante—. Él parecía tener muy claro que yo debía llegar al altar pura y casta. Supongo que se lo habría dicho mi padre. Menos mal. ¡Al menos no me acosté con ese asqueroso!

Ken pensaba lo mismo.

Pamela no había mencionado nada de lo último que había dicho antes de salir de la habitación. No le sorprendía porque sabía que no había muchas mujeres que hicieran lo que ella había hecho y luego pudieran hablar de ello tan tranquilas.

—¿Va a dejar que su padre se explique?

—No.

—¿Le va a decir que mañana no habrá boda?

—¿Tiene un móvil?

—En el bolsillo de la derecha.

La observó mientras marcaba. La vio tomar aire varias veces y mirar a las estrellas. Ken sabía que aquella llamada iba a ser dolorosa para ella y para su padre.

¿Papá? No, no, estoy bien. Sí, sé la hora que es. Escucha, quería decirte que espero que mañana tú y tus quinientos amigos os lo paséis fenomenal en el club de campo. Es una pena que yo no vaya a estar allí para verlo, así que ya me contaréis qué tal la celebración. Guardadme un trozo de tarta —rio con desesperación—. Ha llamado Peter, vaya. Entonces, ya sabrás por qué no va a haber boda. No, papá, no tengo nada que escuchar. No quiero oírte —añadió con la voz tomada—. Me has traicionado. Peter me ha utilizado, pero tú me has traicionado.

Colgó y estalló en lágrimas.

Capítulo 3

La mayoría de los hombres no sabía reaccionar cuando una mujer estallaba en sollozos ante ellos, pero Ken tenía algo de experiencia, así que la agarró de los hombros y la abrazó.

Estuvo llorando hasta que le mojó la camisa, pero ni siquiera entonces hizo amago de apartarse. Él le acarició la espalda para reconfortarla y le puso la otra mano en la nuca intentando ignorar el placer físico que le producía tenerla entre sus brazos.

Se acoplaba muy bien a su cuerpo. Como era casi tan alta como él, su mejilla le quedaba en el cuello. A pesar de los pantalones y de la camisa de ella, Ken sentía sus curvas. El perfume que llevaba, de lo más delicado, competía en dulzor con el azúcar. Ken no pudo evitar darle un beso tierno y reconfortante en la sien. Le acarició el pelo y sintió que ella comenzaba a relajarse.

La relajación se fue convirtiendo en otra cosa. Pamela respiró con fuerza varias veces. Al darse cuenta de la intimidad del abrazo, Ken sintió que el pulso de Pamela se aceleraba. Si alguien los estuviera viendo desde el paseo que había sobre la playa, habría creído que eran una pareja.

—Lo siento —susurró ella—. No me puedo creer que esté llorando a lágrima viva sobre el hombro de un desconocido.

—Bueno, como no tenías cerveza...

Pamela se apartó y se secó las mejillas con las manos.

—No suelo llorar.

—No pasa nada. Me alegro de haber estado aquí.

—No se va a alegrar tanto cuando vea las manchas negras de rímel que le he dejado en la camisa. Si me la da, la mandaré a la

tintorería.

Estaba abatida. Ken quería verla sonreír se nuevo.

—Está decidida a verme desnudo, ¿no? —bromeó.

—¿Y qué tal voy? —preguntó ella no tan en broma.

Ken se sorprendió. Se preguntó si se habría dado cuenta de lo seductora que había sonado. Probablemente, no. Aunque hubiera sido así, aquella mujer estaba despechada, y Ken ya había tenido una experiencia con otra mujer en parecidas circunstancias. Había terminado con una carta que empezaba con «Querido Ken». Se había prometido a sí mismo no volver a caer en ese error. ¿Necesitaba un amigo? Bien. ¿Una tabla de salvación? También. ¿Necesitaba unos brazos que la hicieran olvidar sus desdichas de amor? “No, gracias, ya he pasado por eso. Búsquese a otro, señorita”.

Ken sonrió.

—Ya la lavaré yo.

Pamela se encogió de hombros.

—En ese se resume mi reciente vida amorosa. No consigo ni que un hombre se quite la camisa.

Ken estuvo a punto de prorrumpir en carcajadas, pero se dio cuenta de que no estaba hablando en broma.

—¿Sigues pensando que su novio no la deseaba? Pero si ya sabe por qué no quería tocarla.

—Obviamente, no era muy tentadora —dijo mirando al mar—. Bueno, en fin, no ha habido muchos hombres en mi vida. No se suelen acercar a una exjugadora de baloncesto que mide uno ochenta y que se las ve todos los días con traficantes, bandas y padres de armas tomar.

—Solo los que tengan cerebros para... dejarse llevar por su libido.

Pamela se cruzó de brazos.

—He aprendido a aceptar que nunca me confundirán con una *femme fatale*.

Ken tuvo que morderse la lengua para no hacer un comentario al

recordar lo que llevaba bajo la chaqueta. Pamela metió la mano en el bolsillo y sacó la última botellita de whisky.

¿Está segura de que le apetece bebérsela?

Pamela la abrió y se la bebió de un trago. Aquella vez no tosió, pero se estremeció y parpadeó.

—Eh, que hoy me caso. La casi novia se merece un brindis, ¿no?

—Así que su padre se va a dejar una fortuna en la celebración.

—Sí, pero se lo puede permitir. Además, yo no quería que fuera en el club de campo.

—¿Qué era lo que usted quería, Pamela? —preguntó observando su perfil.

—Solo una maravillosa luna de miel —contestó mirando la espuma. Ken se rio—. ¿Cree que lo digo de broma? Dado el poco interés de Peter, decidí ir a algún sitio solitario donde pudiéramos verificar que éramos completamente compatibles —añadió tropezándose—. ¿Le importa si me siento?

—Por favor —sonrió pensando en lo incómoda que iba a estar sentada sobre la arena con los muslos al aire. «¡Ni lo pienses!—. ¿Y dónde iban a ir de luna de miel? —preguntó sentándose junto a ella.

Pamela le hizo un hueco en la toalla. Cuando él se sentó a su lado, ella se dio cuenta realmente de lo pequeña que era. Era imposible no tocarse desde el hombro a la cadera. Pamela sintió que revivía.

¿Qué me había preguntado? —preguntó concentrándose en sus pies para no fijarse en el maravilloso hombro que tenía a tan solo unos centímetros de la mejilla.

—Que dónde iban a ir de luna de miel.

—Al lago Tahoe, a un lugar solo para parejas de recién casados llamado: «El nidito de amor».

—Suena caro. Me parece que a papá eso también le va a costar mucho.

—¡Eso lo había pagado yo! Peter ni lo sabía. Ya lo tenía todo pagado. Era una sorpresa. No quería ni pensar en la cantidad de

dinero que se había dejado. Ni quería ni podía porque sentía que la cabeza le daba vueltas. El alcohol. La tensión. La cercanía de aquel desconocido cuya colonia hacía que quisiera apoyar la cabeza en su hombro y perderse en sus brazos—. Me parece que no tenía que haberme tomado la última —murmuró—. Supongo que mañana me despertaré y me preguntaré si todo esto no ha sido una pesadilla.

—Mejor que se haya enterado hoy de que su novio es un mentiroso y de que había estado con otras que mañana.

Lo miró. Le gustaba la fuerza de su mandíbula, la curvatura de sus cejas y su sonrisa. Por no hablar de su cuello musculoso, sus hombros anchos o las largas piernas.

Pamela se dio cuenta de que era algo más que la bebida lo que la estaba haciéndose sentir rara. Era como si tuviera mariposas en el estómago. Estaba reaccionando físicamente ante su presencia. Le gustaba aquel desconocido que la estaba haciendo reír en la noche más terrible de su vida.

Le gustaban sus ojos y su risa. Le gustaban aquellas manos grandes que la habían acariciado con ternura mientras lloraba. «Sí, claro, como si solo te gustara eso».

También le gustaban sus labios y se preguntó si besarían tan bien como sonreían.

Su cercanía estaba alimentando sus emociones. El sonido de las olas y la humedad del aire hicieron que se encontrara imaginándose abrazada a aquel hombre revolcándose por la orilla apasionadamente.

Aquella era la prueba definitiva de que estaba achispada. ¡Estaba teniendo fantasías sexuales con un completo desconocido! Intentó quitarse aquellas imágenes de la cabeza, pero no lo consiguió. Sintió que se le aceleraba en pulso y le temblaban las piernas. Volvió a mirarlo por el rabillo del ojo.

Lo deseaba.

—¿Será una locura? —murmuró en alto.

Él la miró con curiosidad y ella lo ignoró.

Era cierto. Deseaba a aquel hombre de ojos grises, quería sentir sus manos sobre los pechos y su boca en el cuello. Lo quería sentir encima. Debajo.

Dentro.

—Dios, desde luego, he bebido demasiado —suspiró.

Aunque sabía que no tenía nada que hacer, no podía parar de pensarlo. Sin embargo, aquello le hizo recordar lo último que le había dicho a Peter. Se preguntó de dónde había sacado el valor para decirle que no era virgen porque no era cierto. A sus veintiséis años, seguía siéndolo.

Debido a su trabajo, había visto muchos embarazos no deseados y, simplemente, se había puesto un cinturón de castidad invisible. No era que quisiera llegar virgen al matrimonio, pero tampoco había querido que el sexo le hiciera llevar una vida para la que no estaba preparada.

Por eso, el desinterés de Peter la había decepcionado tanto. ¡Por primera vez en su vida le había hecho proposiciones a un hombre y él las había ignorado!

Por eso quería ir al lago Tahoe. No para complacer a Peter, sino para expresar su sensualidad, que llevaba reprimida veintiséis años.

Había muchas cosas que no había hecho, cosas que había creído que aprendería con su marido. Su cuerpo se moría por hacer cosas fantásticas. Quería sentirse femenina, seductora y provocativa. Estaba dispuesta a dejarse llevar por el deseo desenfrenado, la lujuria, el amor y la pasión. Quería hacer todo lo que hacía una pareja, todo con lo que había soñado y podía imaginar.

El problema era que ya no tenía prometido.

—¿Qué quiere hacer? —preguntó Ken como si le estuviera leyendo el pensamiento. Pamela se quedó tan sorprendida que se puso a toser—. ¿Está bien?

—Sí, sí, estoy bien —murmuró—. Me había dejado llevar por... —

la lujuria— ... los pensamientos. .

¿Pensando en la forma de recuperar el dinero del viaje?

—No exactamente. Estaba pensando en por qué no me voy yo sola.

Exacto. ¿Por qué no? Estaba pagado y ya había pedido una semana de vacaciones.

Ken se rio hasta que se dio cuenta de que lo decía en serio.

¿No era para parejas? Sería un poco deprimente, ¿no?

Pamela se levantó con paso incierto y se encogió de hombros.

—Es un balneario. Relajación. Seguro que conozco a mucha gente.

Cuanto más lo decía, más le gustaba la idea. Siete días en el lago Tahoe, lejos de la gente que conocía, del trabajo y de su familia. Sobre todo, lejos de su padre. Tal vez, conociera a alguien. ¡Alguien que no supiera quién era su padre! Tenía siete días para poner a prueba ese deseo que había frenado durante tanto tiempo y que amenazaba con hacerla explotar.

—Seguro que conozco a muchos hombres... a mucha gente —se corrigió.

—A muchos hombres casados —dijo Ken levantándose y quitándose la arena de los pantalones.

—No solo estaría en el complejo —protestó ella—. Seguro que conozco a mucha gente.

¿Gente? ¡Hombres! Hombres que la desearan por ella misma, no por lo que su padre les ofreciera a cambio. Qué diablos. ¿Por qué no?

El problema era que la dirección del complejo insistía en que solo era para parejas. Podía decirles que su marido llegaría más tarde o que se había caído del avión.

Sonrió y cerró los ojos. Conocería a alguien y pasaría una extravagante luna de miel con un desconocido. Podía llevarse lo que llevaba puesto en esos momentos. Seguro que se quedaría sin aliento al verla desnudarse ante sus ojos grises. Sus manos se posarían sobre sus pechos y su boca se deslizaría por todo su cuerpo hasta que le

suplicara piedad.

El desconocido la desearía y la seduciría completamente. Así, se borraría cualquier resquicio de dolor, rabia y poca confianza en sí misma que Peter hubiera dejado.

Aprendería todo sobre el placer físico entre un hombre y una mujer.

Una fantasía estupenda.

Al abrir los ojos, vio que Ken la estaba mirando con los ojos muy abiertos y una leve sonrisa en aquellos labios tan apetecibles. Entonces, se dio cuenta de que el desconocido de Tahoe con el que acababa de fantasear era él. Si solo con un abrazo y unas palabras la había puesto así, se preguntó qué sería de ella si pasaba una semana con él en un lugar que prometía «hacerle poner en práctica todas sus fantasías sexuales».

«¿Iría?», pensó con un escalofrío. =Sí, seguro que sí». Y ella, también.

Volvió a cerrar los ojos y sintió una loca presión en el cuerpo, unas chispas que le bajaban por el torso hasta la entrepierna. Estaba temblando ante la intensidad de aquella imagen.

—Me parece que sería mejor que la llevara a casa —dijo Ken—. Sigue usted mal.

Pamela levantó una mano y se tocó la ceja mientras se preguntaba cuánto tiempo llevaría de pie teniendo aquellas fantasías. Con él. Ellos.

—Para —murmuró para sí misma.

¿Lo había dicho o no? Ay, no tendría que haberse tomado la última botella. La cabeza le estaba dando vueltas. Era todo sensaciones, no podía pensar. ¡Tenía la mente llena de posturas imposibles que estaría encantada de probar!

Ken la estaba mirando fijamente. Vio qué se había puesto tenso. Parecía incómodo, como si se hubiera dado cuenta de lo que estaba pensando.

Dios. ¿Habría estado hablando en alto? Imposible. Era porque estaba borracha.

¡No le apetecía estar en la playa con una desconocida borracha! Tomó aire.

— ¿Qué hora es?

— Casi la una.

— Solo diez horas para la boda —dijo sin poder recordar el nombre de su exnovio—. Mi vestido era muy bonito.

— Seguro que hubiera estado usted muy guapa —dijo él en voz baja.

Ella se encogió de hombros y suspiró. Ken sonrió y le apartó unos mechones de pelo de la cara. Al sentir sus dedos en la cara, Pamela se encendió de nuevo.

— Ya verá, volverá a ponérselo, pero para casarse con el hombre apropiado.

— No, no podría ponérmelo.

— ¿Por qué no?

Lo miró como si fuera tonto.

— Porque lo voy a quemar en cuanto llegue a casa.

— No, no lo haré.

— ¿Ah, no? ¿Y quién va a impedírmelo?

— Yo —contestó Ken agarrándola de un brazo para que no se cayera—. No está en condiciones de irse a casa sola. Yo la llevaré y me llevaré el vestido hasta que piense con claridad y pueda decidir qué hacer con él. ¿Qué le parece?

— Usted solo quiere entrar en mi casa —dijo ella mirándolo provocativamente—. Quiere quedarse a solas conmigo.

— Ya estamos solos ahora río él.

¿Y por qué no ha besado a la novia todavía?

— Porque intento no ir por ahí besando a las mujeres que estaban prometidas hace un par de horas y que han bebido de más.

— ¡No estoy borracha! ¡Nunca bebo!

—Razón de más para no meterse tanto whisky en una hora.

¿Por eso siento como si tuviera la cabeza medio metro por encima de los hombros?

—Supongo —contestó él llevándola hacia el paseo para conducirla a su casa.

Pamela sentía que le pesaban las piernas y que las lágrimas que no había derramado amenazaban con caer.

—Nada me sale bien. Debo de ser la única novia a la que nadie besa el día de su boda.

No estaba fingiendo. Sabía que se le notaría en los ojos. Las fantasías eran maravillosas, pero no iban a hacer que su cama no estuviera vacía en su noche de bodas.

Al ver su dolor, Ken se inclinó y le agarró la barbilla para levantarle la cabeza. Dejó de llorar y se le disparó la respiración al ver que sus labios iban hacia ella. Cuando sus bocas se encontraron, Pamela suspiró y se sintió de maravilla.

Ken no forzó el beso, solo aceptó lo que ella le dio. Pamela sintió su pasión contenida y se puso de puntillas para pasarle los brazos por el cuello. Aquel hombre tenía unos labios cálidos y firmes, pero no eran agresivos. Pamela ladeó la cabeza, abrió la boca y lo besó con pasión sabiendo que aquello iba a recordarlo durante mucho tiempo. Al menos, tendría algo bonito que recordar de aquella terrible noche.

Ken se dejó llevar y la apretó contra su cuerpo agarrándola de las caderas. Mientras su lengua se movía dentro de ella, Pamela volvió a suspirar. No eran movimientos bruscos ni —instigadores. Su lengua, sus labios y su boca eran dulces y tiernos. Lo saboreó, aspiró su aroma, se dio a él y entendió por primera vez en su vida de adulta lo que era el deseo de verdad.

—Bien, vamos a casa —dijo Ken cuando dejaron de besarse.

A la mañana siguiente, Pamela se despertó con un horrible dolor de cabeza, la boca pastosa, el aliento dulzón y la cama vacía.

—La novia ha conseguido que la besaran, pero no que

mancillaran su honor —murmuró mientras se colocaba la almohada sobre la cabeza para protegerse del sol.

Menos mal que había llegado a su casa. Recordaba vagamente haberle dicho a Ken que había una llave escondida bajo una maceta del balcón. Apenas recordaba haberlo visto trepar por la fachada, colgarse por un segundo piso y encontrar la llave a tientas en la oscuridad. Estaba tan fascinada por su fuerza y sus músculos que había olvidado quitarse del medio cuando él bajó y estuvieron a punto de caerse los dos al suelo.

Lo que sí recordaba era haber soñado algo maravilloso, que un hombre la había besado en la playa y la había excitado, la había llevado a casa y la había metido en la cama, donde la había dejado. Sola.

—Todo un caballero —dijo burlona sintiendo que el dolor de cabeza iba a más.

Pero el beso no había sido un sueño. ¡O eso creía ella! Le daba tantas vueltas la cabeza, que no estaba segura de nada.

No, aquel beso tan delicioso no podía ser un sueño, aquel encuentro maravilloso con un guapísimo desconocido. ¿Cuántas mujeres tendrían ese tipo de experiencias? Más de una hora en una playa con un completo extraño que parece preocuparse por una sinceramente y que acaba dándole un beso que la deja sin aliento.

Aunque debería haber estado llorando en la cama pensando en el día que era, cerró los ojos y pensó en él. Ken.

No sabía su apellido, pero se sabía de memoria su cara. Sus brazos y su boca. Las arrugas que se le formaban alrededor de los ojos cuando se reía. Aquellas manos, tan grandes y tan tiernas.

Darse cuenta de que estaba pensando en él el día de su supuesta boda le hizo recapacitar.

—Dios mío, tal vez, no estaba enamorada de Peter —susurró.

Le gustaba la idea de estar enamorada, pero la verdad era que Peter no la había hecho sentir en los seis meses que habían estado

juntos lo que le había hecho sentir Ken en una hora.

No era solo atracción. Era su amabilidad, su humor... el brillo de sus ojos. Sonrió al recordar la cara de Ken cuando había sacado su vestido de novia de la habitación.

No lo habría quemado. Había un establecimiento de caridad un par de manzanas más allá.

Miró el reloj y vio que eran las doce. La recepción tendría que haber empezado a esa hora.

Vio que la lucecita roja del contestador estaba parpadeando. Se alegró de haber dejado el teléfono descolgado. Si no, se habría pasado sonando toda la mañana. Sintió curiosidad y se puso a escuchar los mensajes. Pasó tres mensajes de Peter y dos de su padre y lo apagó encogiéndose de hombros.

Se levantó y oyó que estaban llamando a la puerta, pero no hizo ni caso. Se dio una ducha de tres cuartos de hora e hizo los preparativos para irse de luna de miel.

A las seis de aquella tarde, estaba sentada junto a la ventana de un avión en el Aeropuerto Internacional de Miami. Llevaba gafas de sol porque la cabeza seguía doliéndole a pesar de haberse tomado unos cuantos cafés y unas cuantas aspirinas. Había agarrado su equipaje y se había ido a primera hora de la tarde de casa porque sabía que, tarde o temprano, Peter o su padre se iban a personar allí y no iban a parar hasta que les abriera la puerta.

Había llamado a LaVyrle para quedar con ella y que le llevara el bolso. Su amiga le había pedido detalles y le había contado que, cuando las tres volvieron a subir a la suite, Peter y la mayoría de los invitados ya se habían ido.

LaVyrle entendía que quisiera irse.

—Olvídate de él, olvídate de todo esto. Haz el loco y sé feliz. Ya te enfrentarás a este lío cuando vuelvas.

Tras despedirse de su amiga, Pamela hizo lo que cualquier recién casada que saliera de luna de miel. Se fue de compras. Con la

esperanza de que al hombre que fuera a conocer en el lago Tahoe le gustaran los biquinis minúsculos, se compró dos.

A la luz del día, ya no estaba tan segura de poder tener una aventura con un desconocido, pero no lo descartaba.

Se arrellanó en la butaca de la aeronave agradecida por no tener que dar conversación a nadie. Claro, la butaca de al lado también era suya. Lo único bueno de la resaca que tenía era que, tal vez, la ayudara a dormirse porque no le gustaba nada volar.

Pamela cerró los ojos y no se dio cuenta de que alguien se había sentado a su lado hasta que sus brazos no se tocaron. Sorprendida, abrió los ojos y se irguió.

—Esta butaca está...

—¿Ocupada? Lo sé. Pero, bueno, Pam, no estás muy animada para irte de luna de miel.

¿Él? ¿Allí?

—¿Qué haces aquí?

Ken sonrió abiertamente y las arrugas que tenía alrededor de sus ojos grises se acentuaron.

—Tú me invitaste a venir, preciosa. ¿No te acuerdas?

Capítulo 4

Ken pensó que la sorpresa de Pamela bien valía aquella ridícula situación. Pamela se quedó pálida como un fantasma, se quitó las gafas con dedos temblorosos y lo miró parpadeando varias veces para asegurarse de que era él. Ken estuvo a punto de reírse. Casi.

—Estás loco —dijo negando con la cabeza—. De verdad, estás completamente loco.

Ken se encogió de hombros. ¿Cómo le iba a llevar la contraria si él llevaba diciéndose a sí mismo las mismas palabras durante las últimas diez horas? Era un idiota por haber accedido a irse de luna de miel con la hija de su cliente.

Y allí estaba, un ingeniero de programación con empresa propia, una empresa con gran proyección por cierto, haciéndose pasar por un recién casado. El hombre en el que una mujer guapa y desprotegida podía llorar.

Otros se estarían frotando las manos, pero él sentía náuseas. Sin embargo, se lo había prometido.

—Anoche estabas realmente mal, ¿eh? ¿No te acuerdas de haberme dado el billete de avión cuando me estaba yendo de tu casa?

Pamela se mordió el labio inferior y se echó hacia atrás en la butaca con expresión de enfado y de sumisión a la vez.

—Aunque hubiera sido así —dijo mirándolo suspicaz—, no te habrían dejado embarcar porque el billete está a nombre de Peter.

«¡Te pillé!»

—Tienes razón, pero tengo muchas millas acumuladas —contestó él. Pamela se echó hacia atrás—. ¿Te duele la cabeza? —le preguntó Ken al ver que hacía una mueca al apoyarse en el reposacabezas.

—Que alguien me despierte... sigo dormida —dijo cerrando los ojos y negando con la cabeza.

Ken tampoco se lo podía creer. ¿De verdad estaba en un avión con una mujer a la que solo hacía dieciocho horas que conocía rumbo a una luna de miel en el lago Tahoe?

—No es un sueño.

—Querrás decir que no es una pesadilla —le espetó.

Ken sonrió. A pesar de que la resaca la hiciera mostrarse hostil, seguía siendo adorable.

—Bueno, eso.

—Tal vez, te invitara anoche, no digo que no —comentó masajeándose las sienes—. A juzgar por el dolor de cabeza que tengo, supongo que bebí demasiado. Sin embargo, eso no explica por qué aceptaste mi propuesta —dijo girándose y mirándolo fijamente.

Ken la miró a los ojos y sonrió. «¿De qué propuesta estaba hablando?»

La noche anterior le había hecho dos propuestas. Una en voz baja, en forma de fantasía erótica con un desconocido con el que quería tener una aventura apasionada. Aquello había hecho que sintiera que el suelo se derretía bajo sus pies. Pamela no debía de haberse dado cuenta de que estaba hablando en voz alta, pero lo había dicho y él lo había oído.

Besarla tras haber oído aquellos comentarios tan tórridos había sido un terrible error. Aunque ella parecía necesitar un beso, y él para ser sinceros, también, no tendría que haberlo hecho. Su atracción por una mujer bella e inteligente se había convertido en un cóctel desenfrenado de hormonas al sentir su cuerpo, sus brazos alrededor del cuello y su boca. Separarse de ella, había requerido un esfuerzo brutal.

—¿Tal vez no pude resistirme? —sonrió él—. Tal vez, al imaginar que, una vez en el Nido de la Lujuria, te dirían que te fueras por ir sola me partió el corazón.

—El Nidito de Amor.

—Ya. Bueno, eso. Dejémoslo en que no. quería que te quedaras sin boda y sin luna de miel el mismo fin de semana.

Iba a abrir la boca para protestar, pero la azafata comenzó a dar las instrucciones de lo que hacer en caso de accidente. Ken volaba tan a menudo, que se las sabía de memoria, así que se quedó mirando a Pamela, que las seguía con interés. La observó abrocharse el cinturón y su mirada se quedó en las caderas y en aquellas piernas tan largas. Recordó las imágenes calenturientas que había tenido. Sus muslos desnudos alrededor de su cintura. En la playa, en el coche, en casa de Pamela. Contra la pared.

La deseaba tanto, que le dolían los dientes.

—Necesito un vaso de agua —susurró tragando saliva—. ¿Estás bien? —añadió viendo que tenía las uñas clavadas en los brazos de la butaca.

—¡Shhh!

Ken sonrió al verla seguir con tanta atención unas instrucciones que cualquier que hubiera volado un par de veces podría recitar de memoria.

—Estás muy guapa cuando te pones nerviosa —murmuró.

También estaba guapa cuando estaba bebida. Y más que adorable hecha un ovillo en la cama, como estaba la noche anterior cuando le había hecho la segunda propuesta.

Ken cerró los ojos y recordó su voz suave en la oscuridad.

—¿Tienes algo que hacer la próxima semana? —había preguntado Pamela bostezando.

—Trabajar —contestó él yendo hacia la puerta. Tenía que irse de allí, alejarse de aquella mujer—. ¿Por qué?

—¿Quieres venirte de luna de miel conmigo?

—¿Cómo? —había dicho él a punto de tropezarse con las maletas que había en un rincón.

—No me dejarán quedarme sin ti. Son unos nazis.

—Seguro que sí te dejan. Lo tienes todo pagado.

—Sin marido, no hay habitación —murmuró ella abrazando la almohada—. El billete de avión está en el armario. Ven, ¿de acuerdo? No hace falta que me hables ni nada de eso, tú solo vas de luna de miel.

Ken cerró los ojos y casi se rio. ¿Una luna de miel sin hablar? Una mujer guapísima y sensual, un complejo de lujo y nada de conversación. Si se le añade un televisor de pantalla gigante, el canal veinticuatro horas de deporte, cervezas y alitas de pollo, el paraíso para un hombre.

Solo había unos cuantos problemas menores. ¡Él no era su marido, no estaban casados y ni por asomo pensaba liarse con una mujer que había estado a punto de casarse con otro hacía solo unas horas!

—Lo siento —le dijo antes de irse—. No puedo, pero pídemelo dentro de seis meses o así —añadió. Sí, cuando se hubiera olvidado de Peter, podría aceptar su oferta.

Pamela murmuró algo y se quedó dormida. Ken se quedó mirándola unos segundos. Sí, quería conocerla mejor, pero tendría que esperar.

El pasajero de atrás le dio un golpe en la butaca y Ken dejó de pensar en aquella adorable carita dormida. La miró y vio que estaba mirando por la ventana, con la nariz casi pegada al cristal, y el ceño fruncido. Su avión estaba en una cola esperando para despegar y se había retrasado un poco.

—¿Estás bien?

Pamela asintió con fuerza y un mechón de pelo le cayó por la cara. Sin pensarlo, Ken se lo apartó y notó el tacto sedoso entre los dedos. Se le ralentizó la respiración y notó que a ella se le aceleraba. Pamela abrió los labios y se sonrojó.

Levantó la mano lentamente y le agarró los dedos. Sin dejar de mirarlo a los ojos, sonrió. Había soñado con aquella sonrisa toda la

noche.

No debería haberla tocado. No debería haber reavivado el fuego que existía entre ellos desde que se habían besado. Pero allí estaba, con los dedos en su pelo, tocándole la delicada piel de la sien e inhalando el aroma de limón de su champú mientras ella suspiraba.

Pamela también lo estaba acariciando. En sus ojos, había incertidumbre mezclada con algo más. Primero, asombro y luego, deseo. El fuego estaba comenzando de nuevo. Él lo sentía y ella, también. No se echó atrás.

—¿Cómo te apellidas? —murmuró finalmente para romper el silencio que se había apoderado de ambos durante aquellos momentos de carga tan sexual.

—McBain —dijo apartando la mano—. Me llamo Ken McBain.

La miró esperando que se diera cuenta de quién era, preguntándose si su padre le habría hablado de él. Aparentemente, no.

Pamela asintió.

—Sí, puedes venir conmigo, Ken McBain. No sé por qué has decidido venir, pero eres bienvenido.

¡Ni él sabía por qué estaba allí! Toda su intención de mantenerse al margen y de controlar la situación se había esfumado en cuanto la había tocado.

Se había metido en un buen lío. Intentó encontrar la fuerza que había sentido la noche anterior cuando estaba más que decidido a no cometer el mismo error que con Liz, su exnovia, con la que había empezado una relación cuando ella acababa de salir de otra. No quería otra relación con una mujer con el corazón roto. Sin embargo, cada vez que su cuerpo entraba en contacto con el de Pamela Bradford, todos aquellos buenos propósitos no le servían de nada.

—Supongo que me creo un ángel protector —apuntó viendo que ella esperaba una contestación—. ¡Además, me vendrán bien unas vacaciones!

Pamela sonrió, pero en sus ojos seguía habiendo confusión. Acabó resignándose y echándose hacia atrás.

—Tengo que descansar.

—Duerme, ya hablaremos después. Ah, no, que hemos dicho que nada de conversación, ¿no? —dijo. Pamela lo miró extrañada. No debía acordarse de la conversación de la noche anterior—. Nada, olvídalo. Duerme, Pam.

Ken observó cómo sus largas pestañas rozaban sus mejillas mientras intentaba dormir. Tenía ojeras, tal vez de llorar, tal vez de no dormir. Quería que no las tuviera, quería que no fuera infeliz y estaba decidido a lograrlo durante aquel viaje.

Pamela se acercó y descansó la cabeza sobre su hombro. Alargó la mano y entrelazó los dedos con la suya.

—Gracias, Ken —murmuró.

Por primera vez, Ken se alegró de haber ido.

Aquello lo sorprendió dado que había informado al padre de Pamela de sus intenciones.

La noche anterior, Jared Bradford había llamado al número desde el que había llamado su hija, o sea, a su móvil. No le había hecho preguntas absurdas como por qué su hija había llamado desde su teléfono cuando no se conocían. No, había ido al grano. Solo le interesaba saber que estaba bien y que no iba a hacer ninguna locura.

Ken no había sido muy amable con Jared, pero lo había escuchado. Creía realmente que Jared no había conspirado con Peter Weiss. Lo conocía y sabía que adoraba a su hija, así que supuso que, cuando Peter le preguntaba qué le gustaba y qué no le gustaba a Pamela, él había creído que era para hacerla feliz.

Jared quería hacer todo lo que estuviera en su mano para asegurarse de que Pamela estuviera bien y había llegado a insistirle a él, a Ken, para que la acompañara al lago Tahoe. Mientras oía hablar a Jared de la inocencia de su hija, Ken había comenzado a entender por qué Peter la había creído inexperta.

Ken se había negado, por supuesto, y le había asegurado que su hija estaría bien, pero se preguntó si sería cierto. ¿Estaría bien? ¿Aquellas fantasías de la playa solo habrían sido producto del alcohol y no las haría realidad?

La traición de Peter tenía que haberla hecho cuestionarse su atractivo y en la playa había dicho que quería dar rienda suelta a la lujuria que no había tenido con su exnovio. ¿Sería capaz de entregarse a otro para ahogar su tristeza en una aventura espontánea y anónima buscando sentirse atractiva de nuevo?

¡Y un cuerno! Por encima de su cadáver. Ken no iba a permitir que otro se aprovechara de su situación.

Ken había sentido que tenía que protegerla. En parte, por caballerosidad, en parte por lealtad a su padre, en parte por sus hermanas y, en gran parte, por interés propio.

No quería que se liara con nadie para olvidarse de Peter y una vez que se hubiera olvidado de aquel canalla, quería que solo tuviera ojos para él.

¿Egoísta? Tal vez. ¿Decidido? Por supuesto. La noche anterior, había habido química entre ellos y estaba decidido a explorarla. No podría hacerlo si se liaba con otro cara dura y volvía renegando de todos los hombres.

Ya iba a ser suficientemente difícil explicarle por qué la había engañado, por qué no le había dicho que su padre, aunque solo durante dos meses, era su jefe. Ken sintió una punzada de dolor. ¡Ya la habían engañado bastante!

Cuando se enterara de que él también había estado en la fiesta, iba a enfurecerse. Rezó para hacerle comprender que necesitaba a alguien que la cuidara y que, para hacerlo, había tenido que engañarla. Tendría que vivir con aquel sentimiento de culpa hasta el momento en el que le suplicara perdón.

Al final, había aceptado.

Él solo era un sustituto de su padre, al que en esos momentos

odiaba. Su misión era entrometerse entre Pamela y cualquiera que viera la soledad de sus ojos e intentara aprovecharse de su tristeza. Eso. Como un hermano mayor. Debía olvidarse del beso. Debía olvidarse de la atracción, de aquellas piernas tan largas y del suave aroma de limón que exhalaba su pelo.

Sí, podía hacerlo. Sería un muro entre Pamela Bradford y todo lo que tuviera algo que ver con el sexo.

No habría aventura tórrida, no habría piernas en la cintura, ni horas y horas de besos y caricias, ni masajes con aceites esenciales, ni espejos, ni...

Ken se estremeció.

—Nada de agua. Quiero un whisky.

* * *

Cuando el avión comenzó a avanzar por la pista, Pamela abrió los ojos. Tenía tanto terror a volar, que casi se había olvidado del hombre que tenía al lado. Menos mal que su fornido antebrazo, en el que le estaba clavando las uñas con bastante fuerza, le recordaba que no era un desconocido... bueno, no del todo.

Intentó apartar de su mente la confusión, la humillación y la excitación que le producía su cercanía y se concentró en rezar para que las alas del avión permanecieran unidas al cuerpo de la aeronave.

Mientras repetía mentalmente «No quiero morir virgen», pensó que, si el hombre hubiera estado hecho para volar, toda aquella historia de la gravedad no habría existido.

¿Seguro que estás bien? —preguntó Ken.

—Eh, bueno, no me gusta mucho volar —contestó ella viendo en sus ojos una preocupación sincera.

—¿De verdad? —bromeó él. Dejó de sonreír cuando ella lo miró—. Perdón. No me estoy burlando de ti. No tienes nada de lo que preocuparte. Según las estadísticas, mueren más personas al año en

accidentes de coche que en los aviones.

— ¿Por qué has mencionado esa palabra que empieza por «a»?

— ¿Avión?

Pamela se rio, pero a medida que el avión iba tomando velocidad para despegar, su risa se transformó en gemidos.

— ¿No viajas?

— En barco —contestó mirando por la ventanilla y a él repetidamente.

— ¿En barco?

— Sí, normalmente, sí.

— ¿Prefieres estar metida en un barco durante días en mitad del mar a montarte en un avión y llegar a tu destino en unas horas?

— Por supuesto que sí.

— ¿Y el *Titanic*?

— ¿Y los guardacostas?

— A mí, me parece una forma muy lenta de viajar.

— A mi madre tampoco le gusta volar —dijo ella encogiéndose de hombros dejando de mirar por la ventanilla y mirándolo a él—. Es porque cuando yo era pequeña tuvimos una situación de peligro en un aterrizaje. Recuerdo que me deslicé por las rampas amarillas mientras la gente gritaba, recuerdo que yo iba agarrada de la mano de mi madre, pero me solté y me recogió un bombero.

Ken no dijo nada. A medida que el avión fue despegando, la presión la echó hacia atrás y ella cerró la persiana de la ventanilla.

— Eso debió de ser horrible. Entiendo que prefieras el barco —comentó entendiéndola.

— Mi madre, directamente, no vuela. Yo, cuando no tengo más remedio.

— No hay barcos a Reno, ¿verdad?

— No y el muy serpiente no quería que nos fuéramos de crucero.

— ¿La Guarida del Deseo merecía la pena como para tomar un avión?

—¡Bueno, nadie te ha obligado a venir! —Pero aquí estoy.

—Sí y todavía no sé por qué —dijo acercándose a él para que la azafata no oyera su conversación.

Sus ojos, a escasos centímetros de los de Pamela, la estudiaron mientras ella tomaba aire lentamente y se deleitaba de nuevo en la fuerza de su mandíbula, el reflejo azulado de su pelo y el gris de sus ojos.

Bajó la mirada hasta su boca, con aquellos labios tan bien dibujados, y recordó el beso. Dejó escapar el aire que había estado reteniendo y se preguntó por qué se le habría acelerado el corazón.

Sí, se habían besado. La había abrazado y la había consolado. Se había preocupado por ella como nadie, excepto sus padres, lo había hecho nunca. ¿Eso quería decir algo aparte de que era un tipo muy amable?

Tal vez no lo fuera. Tal vez hubiera ido porque él también la deseaba. Aquello la hizo sentir un escalofrío. La confusión y los nervios se mezclaron con un latigazo de placer como el que había sentido cuando le había tocado la cara antes.

La intensidad de sus ojos y la fuerza con la que tenía los puños cerrados sobre el regazo dejaban claro que estaba controlándose, que estaba luchando contra algo. ¿Acaso aquella imagen de seductor era solo una careta?

—¿Por qué has venido? —preguntó con voz ronca queriendo saber la verdad.

Esperó deseando que no fuera solo un tipo muy amable, deseando que le dijera que había ido dispuesto a aceptar la proposición que le había hecho la noche anterior. Se preguntó si sería capaz de seguir adelante, de tener una aventura con un hombre al que había conocido unas horas antes. Al recordar cómo la había tapado con su chaqueta, su sonrisa al llevarse el vestido de novia y cómo se había sentido en sus brazos, se dio cuenta de que sí. Con él, sí.

—Contesta —Dime que me vas a enseñar los placeres terrenales».

—Porque me caíste bien anoche —contestó incómodo—. Estaba preocupado por ti.

—Tiene que haber algo más —dijo ella acercándose hasta que sus hombros se tocaron y sus pechos rozaron su brazo. Ken miró hacia abajo y sintió que estaba sudando—. Tenía que venir a la costa Oeste —añadió sin mucha convicción sin dejar de mirar la camiseta rosa de Pamela. Volvió a cambiarse de postura.

Pamela sintió una descarga. La deseaba. No hacía falta que se lo dijera. Su cuerpo lo había dejado claro. Su respiración entrecortada, las gotas de sudor, la tensión en los brazos. Se estaba controlando, pero no podía ocultarlo. Pamela sintió ganas de reír de placer.

—No hace falta que me des explicaciones. Sé cómo te sientes —lo tranquilizó—. Yo llevo igual desde anoche.

Ken enarcó una ceja.

—¿De verdad?

Pamela se humedeció los labios dándose cuenta de que él no perdía detalle.

—No tenemos que darnos excusas ni que justificarnos —contestó bajando la voz.

—¿Sin excusas? —preguntó él cruzando y descruzando las piernas sin parar de mirar a su boca.

—Somos adultos y sabemos lo que hacemos —contestó ella negando con la cabeza.

—Eh, Pamela, mira...

—Ken, mira, es obvio que no nos conocemos, pero algo ha pasado entre nosotros. No podemos negar que nos atraemos mutuamente y vamos hacia un lugar en el que vamos a pasar siete días y en el que está garantizado que la gente haga realidad sus fantasías sexuales —¿de dónde habría sacado el cuajo para decirle eso?

—¿Fantasías sexuales? —repitió él con voz temblorosa pasándose la mano por la boca—. Pamela, no creo... —se interrumpió al sentir

otro golpe del pasajero que estaba sentado detrás.

—No, no creas ni piensas nada. No debemos pensar. Ha habido algo entre nosotros desde que nos conocimos. Estoy cansada, Ken, de dejar que otros tomen decisiones por mí. Solo lucho por mi trabajo, pero he dejado que los demás decidieran sobre mi vida personal —añadió.

Primero, su padre y luego, Peter. Se acabó. Ya iba siendo hora de tomar las riendas de su identidad sexual. ¡Y el hombre que tenía al lado iba a ser el encargado de ayudarla!

—Vamos a aprovechar que tenemos una maravillosa semana por delante para enseñarnos mutuamente lo maravillosa que puede ser una relación puramente física entre dos adultos que se desean como locos.

¿Se habría dado cuenta Ken de que le temblaba la voz o creería que era una adicta al sexo acostumbrada a tener aventuras? Tal vez, fuera mejor que lo creyera así. Si supiera que su experiencia era prácticamente nula, quizás, le dijera que no.

—¿Qué me dices, Ken McBain? Siete días de placer sin preguntas y sin límites. ¿Te apetece? —ronroneó.

Pamela lo vio tragar saliva y bajar la mirada. Ya no podía disimular su erección moviendo las piernas. El pantalón le iba a estallar. Dios, ni siquiera se habían tocado y él estaba completamente excitado. Pamela sintió que se le secaba la boca al tiempo que experimentaba una excitación húmeda y feroz. Sintió que le apretaban los vaqueros en el lugar exacto y decidió que había tomado una buena decisión.

—Sí, estoy segura de que te apetece —contestó ella misma.

Ken gimió. Pamela sintió deseos de aplaudir de alegría.

Ken se pasó los dedos por el pelo, se echó hacia atrás y tomó aire varias veces.

—No, Pamela, no —carraspeó—. Me gustas, me atraes, quiero conocerte, pero en un sentido platónico —Pamela se quedó de piedra

— . Lo siento, pero esta luna de miel va a carecer por completo de sexo.

Capítulo 5

Pamela lo miró y supo que lo estaba diciendo en serio.

Por segunda vez en veinticuatro horas, se había insinuado a un hombre y de nuevo la habían rechazado y humillado. Pamela rezó para que no se le saltaran las lágrimas, miró y vio que el baño estaba ocupado, así que no había escapatoria.

Sintió ganas de taparse la cara de vergüenza, no, más bien, de llamarlo mentiroso y pegarle un bofetón.

El hombre mayor que iba detrás de ellos se encargó de ello. En un abrir y cerrar de ojos, se asomó por encima de la butaca de Ken y le dio con el periódico en la cabeza.

—Ay —dijo Ken dándose la vuelta.

—¿Estás loco? —preguntó el hombre señalándolo con el dedo índice—. ¿No sabes lo que dices o es que has perdido tus partes en la guerra o algo así?

Pamela, todavía atolondrada ante la negativa de Ken a hacer el amor con ella, se encontró esperando su contestación al tiempo que se ponía roja al comprender que el hombre de pelo gris y ojos azules había escuchado su conversación.

—¿Le importaría meterse en sus asuntos? —se defendió Ken entre dientes.

—Sí, sí me importaría porque te estás comportando como un auténtico idiota —contestó el hombre furioso—. ¿Nada de sexo? ¿Estás ciego o eres un afeminado ñoño y soso? ¿Esta muñeca quiere practicar sexo salvaje contigo en vuestra luna de miel y tú le dices que no?

Una mujer gruesa que estaba sentada al otro lado del pasillo y

que había fingido estar leyendo el periódico, se giró hacia ellos con una gran sonrisa.

¿Luna de miel? ¡Vaya, los recién casados están teniendo su primera pelea! ¿No te parece adorable, Stu?

Un hombre calvo con los ojos enrojecidos y una camisa hawaiana se echó hacia delante.

—Es al revés, hijo. Es la mujer la que te dice que nada de sexo en una pelea.

Pamela tuvo que reprimir una carcajada al ver que Ken se estaba ruborizando. Lo oyó maldecir en voz baja mientras más gente se daba la vuelta para mirarlos.

—No te preocupes —dijo la mujer rellenita inclinándose en el pasillo—. Te pones uno de esos saltos de cama de encaje blanco y listo —le aconsejó. Pamela asintió—. Y, si eso no funciona, inténtalo con ropa de cuero negro.

Pamela tuvo que reprimir otra carcajada. Ken tenía los ojos como platos y miraba a su alrededor avergonzado del revuelo que estaban montando.

Para rematar la jugada, la azafata se unió al grupo.

—¿He oído luna de miel? Por eso tenía usted ese aspecto tan lamentable al subir al avión, ¿eh? Supongo que habrá sido una noche movidita con su maridito —Pamela se sonrojó—. Tenemos botellas de champán para los recién casados. Voy a ir a por unas copas para brindar por su felicidad.

—¡Yo solo brindo por que se acuesten en la noche de bodas! —desafió el hombre de detrás de Ken.

Pamela no pudo contenerse más. De nada sirvió morderse los labios ni ponerse la mano delante de la boca. Al final, irrumpió en una sonora carcajada. Todos los estaban mirando y le estaban dando consejos a Ken de cómo cumplir como un buen marido y a ella de qué ponerse en la noche de bodas. ¡Pero si ni siquiera estaban casados!

Vio que Ken también se estaba riendo. Asintió al hombre mayor en señal de que le haría el amor a su «mujer» aquella noche y le dijo a la señora del vestido rojo que, aunque el cuero negro le gustaba mucho, prefería lencería blanca para la noche de bodas.

Mientras todos brindaban, Pamela se aseguró de que nadie los escuchaba.

—Ya hablaremos de las condiciones de nuestras vacaciones luego, ¿de acuerdo? Sé que eres un tipo muy amable y sospecho que estás intentando ser caballeroso, pero no lo hagas. Espera a haber escuchado lo que yo quiero y necesito para tomar una decisión. ¿Te parece?

—Pamela, no hay duda de que hay algo entre nosotros. Cuando te hayas olvidado de tu exnovio, quizás incluso pueda nacer algo de ello. Mientras tanto, vamos a aprovechar para conocernos mejor.

¡Bueno, al menos había admitido que había atracción! No era la declaración de pasión desenfrenada que quería oír ella, pero ya era algo.

—Así que lo admites. Tú sientes lo mismo. ¿Me deseas? ¿No soy solo yo? ¿No estás fingiendo que te intereso?

Pamela aguantó la respiración mientras esperaba la respuesta. Ken le levantó la barbilla con un dedo.

—Pamela, te deseo tanto, que no sé si voy a tenerme que ir al baño antes de tomar tierra para... eh... aliviarme —dijo con dulzura.

Aliviar... Dios mío —susurró ella dándose cuenta de lo que significaba.

—Como casi tuve que hacer anoche después de llevarte a casa —añadió Ken con voz grave.

—¿Cómo?

—Sí, anoche —contestó él acercándose tanto, que Pamela sentía su aliento mentolado y olía su colonia a mar. Se estremeció de puro deseo—. ¿Crees que me resultó fácil irme de tu casa después de haberte besado? Lo que realmente quería hacer era arrancarte la

ropa, meterte en el mar y hacerte el amor al ritmo de las olas hasta perder la conciencia.

Pamela sintió que se le secaba la boca y tuvo que cruzar las piernas mientras se preguntaba para qué habría comenzado aquella tortura para la que no estaba preparada.

—No me di cuenta...

—Tú me hablabas de la luna de miel y yo no podía quitarme de la cabeza imágenes de tus piernas enroscadas en mi cintura mientras yo te penetraba hasta hacerte gritar de placer—. Pamela gimió al notar que se estaba mojando. Quería gritarle que se callara ya, que no podía soportar más su voz tan sensual y su mirada tan apasionada. Pero no dijo nada—. Quería lamerte el cuerpo de arriba abajo, quitarte con la lengua el azúcar que tenías en los brazos... en los muslos. Quería acercar la boca a ti y mirarte mientras te abrías de piernas.

—Por favor —logró murmurar mientras sentía que le temblaban las piernas.

—Sí, por favor, oírte decir «por favor», dándome la señal de que estabas lista para recibirme. Y, entonces, embestirte con tanta fuerza que te hiciera olvidar a ese canalla con el que ibas a casarte —añadió. En ese momento, alguien pasó por el pasillo y Ken pareció darse cuenta de lo que estaba diciendo porque maldijo y se echó hacia atrás —. Lo siento.

—No tienes nada que sentir —dijo ella con voz ronca cuando consiguió reunir las fuerzas para hablar—. No te puedes ni imaginar lo mucho que necesitaba oír algo así.

—Bueno, pero no debería haberlo dicho.

Pamela sabía que la deseaba, sentía su deseo llegar hasta ella en oleadas.

¿Qué le haría sentir aquel hombre si la tocara? Había estado a punto de tener un orgasmo en un avión lleno de gente solo por su voz, así que supuso que hacer el amor con él sería algo inimaginable.

—He venido de viaje contigo porque creí que_ podría contenerme —dijo sacudiendo la cabeza obviamente enfadado consigo mismo—. No soy un adolescente. Puedo conocer a una mujer sin llevármela a la cama.

—¿Y si eso es lo que ella quiere precisamente que hagas?

—Entonces, se sentirá decepcionada porque yo no he venido para eso —contestó mirándola a los ojos.

—Bien, entiendo —murmuró ella—. Solo has venido para ser mi amigo, señor Protector.

—No te creas que soy tu ángel de la guarda, preciosa. Tengo mis razones.

—¿Qué razones?

—Ya te he dicho que no voy a tener nada contigo mientras sigas pensando en tu exnovio, pero también he venido para asegurarme de que ningún otro lo hace —le explicó. Vio que ella levantaba una ceja confusa—. Ningún hombre va a ver esa mirada en tus ojos ni te va a dar lo que llevas desde anoche suplicando —añadió con tanta seguridad que rayaba en la arrogancia—. Solo yo te lo daré, pero cuando estés lista y, entonces, te haré olvidar que Peter ha existido.

—¿Prometido? —dijo ella excitándose de nuevo.

Ken asintió y sonrió seguro de sí mismo.

—Te lo prometo. ¿Me prometes tú a mí una cosa?

—Lo intentaré.

—Dale tiempo, Pamela. Deja que sea natural. Aprovecha la ocasión para dejar que tu corazón se cure. Voy a estar a tu lado para asegurarme de que no hagas nada de lo que puedas arrepentirte en el futuro, como haría un amigo.

—¿Solo como amigo?

—Eso es lo que ofrezco de momento, Pamela. Es lo único que quiero tener contigo. ¿Podrás soportarlo?

¿Podría? ¿Podría ser solo amiga de aquel hombre tan encantador y sensual, que la hacía reír, que había estado a punto de hacerla tener

un orgasmo en un avión lleno de gente y que intentaba controlar su atracción por ella por su propio bien? ¿Podría olvidarse de sus palabras cargadas de deseo y del beso de la noche anterior?

Ni por asomo.

—Ken, tú intenta ser mi amigo —sonrió viendo que él se tranquilizaba—, que yo intentaré hacerte cambiar de parecer.

Antes de que pudiera contestar, llegó la azafata con el champán. Ken sirvió dos copas y miró a los que los rodeaban.

—Por los matrimonios felices y para que nuestra luna de miel sea feliz y divertida.

Pamela lo miró y captó el mensaje. ¿Feliz? ¿Divertida? En otras palabras, platónica.

«No, no, de eso nada, señorito, de eso nada».

—Yo propongo otro brindis —intervino—. Por la lencería blanca y las ropas de cuero negro que llevo en la maleta.

Ken se preguntó si sobreviviría si se tirara del avión. ¿Le estallarían los pulmones o se estamparía contra el suelo? Daba igual. Cualquier cosa mejor que estar allí escuchando a todos brindar y celebrar la ocurrencia de la tentadora mujer que tenía junto a él.

Lencería blanca y cuero negro.

—Que Dios me ayude.

En las horas que duró «el vuelo de la maldita luna de miel», como él lo había bautizado, rezó varias veces para pedir piedad. Todo el mundo, incluso el piloto, se acercó a darles la enhorabuena y a comentar su «pelea de enamorados».

Se acercó un joven con muchos pendientes y el pelo largo, rubio y sucio en una coleta para ofrecerles su *Kama Sutra*. Se pasó un rato explicándole a Pamela por qué adoraba a las mujeres y por qué haría cualquier cosa para hacerlas gozar.

Ken no se opuso porque pensó que Pamela necesitaba un poco de flirteo después de la noche que había pasado y, además, no estaban casados de verdad. Sin embargo, cuando el joven comenzó a hablarle

de su *lingam*, sintió deseos de mandarlo a la bodega de un golpe.

Cuando se inclinó hacia el pasillo para aceptar el libro, Pamela apoyó sus pechos en el brazo de Ken, que apretó las mandíbulas.

—Gracias, estoy segura de que será fascinante.

Al ver que era el verdadero libro hindú de las artes amatorias, Ken no permitió que lo aceptara.

—Si no quiere perder su *lingam*, le sugiero que vuelva a su asiento —le dijo al joven importándole bien poco sonar como un auténtico imbécil celoso.

—Muy bien —dijo el rubio.

—Ya era hora —apuntó el hombre mayor.

—¿Qué es un *lingam*? —preguntó la mujer de rojo a su marido. Él parecía no saberlo y Ken no estaba dispuesto a ponerse a hablar del miembro masculino cuando el suyo le estaba dando tantos problemas cada vez que Pamela lo rozaba. Cuando se levantó para ir al baño, insistió en que él se quedara sentado y le pasó el trasero por la cara. Lo oyó suspirar y no tuvo piedad.

—¿Quieres unirte al club del *Kama Sutra*?

—Pamela... —le advirtió.

Ella sonrió y, en lugar de irse al baño, se sentó en la butaca que había libre al otro lado.

—Sé que este vuelo está siendo muy duro para ti. Te has portado muy bien.

—Sí, me encanta parecer un eunuco que no quiere acostarse con una mujer estupenda —murmuró.

Pamela le dio un beso en la mejilla.

—Yo sé que no es así. Gracias por decirme la verdad aunque te haya costado tener un vuelo un tanto... eh... duro. Recuerda que es mutuo, ¿de acuerdo? —añadió con ojos llenos de ternura—. Siento lo mismo que tú, así que, cuando estés preparado para quitarte tu chaqueta de protector y te des cuenta de que soy una mujer adulta que sabe lo que hace, dímelo para que nos demos placer

mutuamente.

Ken recobró la respiración sesenta segundos después de que ella se hubiera ido.

¿Este vuelo no se va a terminar nunca?

* * *

Sí, terminó no antes de que se diera cuenta de que le gustaba la compañía de Pamela. Eso, unido a la atracción física que sentía por ella desde la primera vez que la había visto, hizo que se sintiera muy culpable. Estaba mintiendo a aquella mujer encantadora, sencilla y guapa, una mujer de la que podría enamorarse en un abrir y cerrar de ojos.

Sin embargo, primero tendría que decirle quién era.

Antes de que el avión se parara por completo, él ya estaba sacando la bolsa del compartimento superior. Aquello le valió una mirada de reprobación de la azafata y un asentimiento del hombre de atrás, que lo interpretó como una señal de que se moría por quedarse a solas con su mujer.

—Pamela, ¿nos vamos ya? —le preguntó al ver que seguía hablando con todos.

—Qué enternecedor, no puede más —dijo una mujer mayor.

Mientras salían del avión, todos les felicitaron y Ken vio la cara de satisfacción de Pamela. Al recordar las lágrimas que había visto en su rostro el día anterior, decidió que aquel maldito vuelo había merecido la pena a cambio de una de sus maravillosas sonrisas.

Estaba más animada desde que le había confesado estúpidamente lo mucho que la deseaba. Ken se dio cuenta de que había cometido un gran error. Aquello había sido como desafiarla. Él había dibujado una línea imaginaria que ella no podía sobrepasar y Pamela ya la había sobrepasado. No sabía si iba a ser capaz de dibujar otra.

Decidió que, en cuanto llegaran al complejo y se quedaran solos,

tenían que hablar de nuevo seriamente. No pensaba quedarse si Pamela había decidido seducirlo.

Había que poner ciertas normas. Uno: nada de lencería blanca; dos a diez: menos, cuero negro; once a veinte: miradas seductoras prohibidas, así como roces aparentemente fortuitos.

Solo tenían que sobreponerse al deseo sexual y disfrutar de su luna de miel como dos desconocidos.

¿Sería posible? Sí, seguro que había muchas cosas que hacer. Montar a caballo, piragua y esas cosas que lo mantendrían entretenido para que no la tumbara sobre cualquier superficie plana y la poseyera de todas las formas habidas y por haber... y alguna más.

Al salir, Pamela se quedó parada pálida. Ken la miró y vio que estaba mirando algo fijamente. ¿Peter? ¿Su padre? Miró en la misma dirección y se quedó con la boca abierta.

Pamela sintió deseos de salir corriendo y de reírse a carcajadas, pero no hizo nada de eso. Agarró a Ken de la mano y lo llevó hasta donde un hombre con un esmoquin azul pálido y un enorme ramo de rosas rojas, rosas y blancas los estaba esperando con un cartel que decía: *El Nidito de Amor da la bienvenida a los recién casados Pamela y Peter.*

—Somos nosotros.

El hombre sonrió y Pamela se preguntó cuánto le habrían costado todas aquellas fundas de oro.

—¡Estupendo, la feliz pareja ha llegado! —exclamó consiguiendo que todo el mundo lo mirara—. El Nidito de Amor les da la bienvenida a Reno.

—Muchas gracias —contestó Pamela.

—Me llamo Al y es un placer conocerlos. Esto es para usted —dijo señalando el ramo—, pero mejor que se lo lleve su maridito —añadió dándoselo a Ken, que apretaba los dientes—. Vamos por el equipaje. Tenemos una hora de coche.

—Qué bien —murmuró Ken mientras Al se alejaba—. Parece que he ganado la carrera.

—Y eso que ni siquiera te has montado en el caballo... todavía —bromeó ella.

—Me he dejado las espuelas en casa. De todas formas, no pienso montar durante estas vacaciones.

—Seguro que tengo algo en la maleta que te servirá —contestó ella ante su desafío—. Lencería blanca o cuero negro... uy, no, mejor las esposas.

Lo vio tragar saliva.

—¿No me digas que Peter era un degenerado?

—No lo sé. ¿Recuerdas?

Ken asintió satisfecho.

—Ah, sí. Ya recuerdo.

¿Por qué estaba tan contento de que no se hubiera acostado con Peter? ¿Sería sentimiento de protección o celos? Pamela rezó para que fuera lo último.

—Espero que seas corredor de fondo —dijo decidida a que no dijera él la última palabra—, no de esos que terminan la carrera en menos de un minuto.

—No es la velocidad lo único —dijo él en voz baja—. También cuenta la técnica.

—Y no caerse del caballo también es importante —sonrió ella siguiendo a Al.

—Yo nunca me he caído —contestó él herido en su ego masculino yendo tras ella.

—¿Ni te han tirado?

—Claro que no.

—¿Ni siquiera cuando la montura se movía sin parar?

Ken la agarró del brazo.

—Eso hace que la carrera sea más divertida —le dijo acercándose—. Dos cuerpos que se mueven al compás, como si fueran uno,

dejándose llevar por el instinto para llegar a la meta y llevarse el premio.

Entonces, fue Pamela la que tragó saliva.

—¿Un buen premio?

—Sí —contestó él con voz seductora mirándola fijamente—. Es un esfuerzo conjunto en el que ambos tienen que poner toda la energía física hasta que gritan de triunfo.

—Parece que tienes mucha experiencia —murmuró con la boca seca.

—Algo sé. Créeme, nada es tan estupendo como entrar el primero y subir al podio.

—Dios mío, lo has vuelto a hacer —murmuró ella sintiendo que le flaqueaban las piernas. Se estremeció, se puso una mano sobre los ojos y negó con la cabeza. Cuando miró de nuevo, Ken esbozaba una sonrisa de satisfacción—. ¿Te das cuenta de cómo me estás poniendo, aquí, en mitad de un aeropuerto? Tu voz debería de estar calificada como arma mortal.

—No juegues conmigo, preciosa, si no quieres que yo también juegue.

—Bueno —dijo ella confundida—, parece ser que precisamente lo que no quieres es jugar.

—No es que quiera o no quiera, Pamela. Lo que quiero está muy claro. Es una cuestión de tiempo —aclaró abrasándole la mejilla con una caricia.

Se dio la vuelta y fue tras el conductor. Pamela lo siguió. Cuando llegaron junto a Al, el hombre los informó sobre el tiempo que estaba haciendo y las actividades de la zona, casi todas relacionadas con el juego. Parecía un experto.

Al les preguntó cómo eran sus maletas y fue a buscarlas. Cuando se quedaron solos, Ken se giró hacia ella.

—Pamela, ¿qué sabes de este complejo?

—Que tenían unos folletos muy bonitos.

—¿No conoces a nadie que haya estado aquí?

Pamela se mordió el labio y negó con la cabeza.

—No, pero seguro que está bien. Esta zona es muy buena. Tal vez, el complejo tenga una política de contratación liberal.

—O, tal vez, forman parte de algún programa de reinserción — dijo Ken viendo a Al abrirse paso a codazos entre los que esperaban ante la cinta transportadora.

Al fue hacia ellos con las maletas de Pamela en el carrito y otra que ella no reconoció y que supuso era de Ken.

—Bien, ya está todo —dijo poniendo las flores sobre las maletas.

Al salir de la terminal, vieron que era de noche y que estaba nublado. Pamela bostezó. Aunque solo eran las nueve, para ella eran como las doce. Decidió dormir bien y empezar con la verdadera luna de miel al día siguiente.

Después de haber experimentado dos veces de lo que era capaz Ken solo hablando, se preguntó qué haría con las manos, la lengua... ¡se moría por averiguarlo!

Mientras caminaban, lo miró de reojo y se dio cuenta de que no lo deseaba por despecho, no era tampoco porque temiera ser la virgen más vieja del mundo, no.

Lo deseaba por su sonrisa, sus ojos, sus manos, por su beso. Aquellos labios y aquella lengua que se había adentrado en su boca y la había hecho perder el control. Lo deseaba por su risa, por su sentido del humor y por cómo le quedaban los pantalones...

Lo deseaba porque le había dejado su chaqueta, porque la hacía temblar con una mirada y, sí, por aquellas palabras susurradas al oído que la habían hecho perder el control y habían llenado su cabeza de imágenes dignas de un sueño.

Sobre todo, lo deseaba porque sabía que, si no se acostaba con él, se preguntaría durante todo su vida cómo habría sido.

No se habían conocido en el mejor momento, pero la chispa estaba ahí. Habría sido así de todas formas. Lo sabía.

También sabía que él también la deseaba. Lo había admitido. Admiraba su intención de mostrarse caballeroso con ella, pero no era eso lo que necesitaba.

Necesitaba pasión, deseo y realización física. Necesitaba reírse con él, necesitaba sentir sus ojos grises posados sobre ella. Necesitaba besarlo hasta atontarlo, como había hecho él la noche anterior. Necesitaba conocerlo, memorizar su olor y el sabor de su piel tras la ducha. Necesitaba saber los sonidos que emitía al hacer el amor. Necesitaba mirarlo a los ojos, estar conectada mentalmente a él cuando explotara dentro de ella al llegar ambos al orgasmo a la vez.

Sí, esas eran unas buenas condiciones para las vacaciones.

Pamela sonrió y volvió a mirarlo. No se lo iba a poner fácil. Tendría que emplearse a fondo. Iba a tener que ser persuasiva.

¿Persuasiva? ¡Seductora!

Estaba decidida a conseguirlo. Peter no la había deseado, pero eso había sido porque había dejado que el egoísmo se mezclara con la libido.

Pero Ken no tenía nada que ver con Peter. Era sincero, para empezar. No sabía quién era ella ni quién era su padre.

Sí, la seducción surtiría efecto. Se alegró de haberse llevado aquellos biquinis y de todas las cosas que sus amigas le habían regalado. ¡Lo de las esposas iba en serio!

—Dios, mira —dijo Ken sacándola de sus pensamientos—. Es rosa —añadió mirando una limusina.

—Sí —dijo ella rezando para que Al pasara de largo.

No fue así. Al abrió el maletero de aquel horror, metió el equipaje y tiró las flores encima.

—¡Arriba, amigos!

Ken no había subido a un coche tan rápidamente en su vida. Miró a su alrededor, abrió la puerta, lazó a Pamela dentro y la siguió. «Por favor, que nadie nos haya visto».

Al se puso al volante y se giró.

—Hay champán en la nevera. Recuerden que nos queda una hora de camino —sonrió lascivo—. Para que estén más cómodos, los dejo a solas, tortolitos —añadió subiendo el cristal oscuro que separaba el asiento delantero del trasero.

Estaban solos. Medio a oscuras. A salvo de miradas indiscretas. Durante sesenta minutos.

Pamela estaba sentada tan cerca de él que lo estaba tocando desde el hombro a la cadera. Ken se apartó hacia la puerta intentado ignorar su aroma y el recuerdo de aquellas piernas largas en la playa, así como todo lo que le había dicho durante el viaje.

Ella se arrimó hasta volverlo a tocar. Ay, ay.

—¿Qué les parece algo de música, amigos? —interrumpió la voz de Al desde un altavoz.

—Muy bien —ordenó Ken agradecido por la interrupción. «Sí, una marcha del ejército, una canción de rap... ¡todo menos algo lento y sensual!»

Al oír la melodía, se dio cuenta de que no le habían concedido su deseo. Era *Love to love yots baby*, de Donna Summer, una canción llena de oohs y aahs orgásmicos que no hizo más que añadir temperatura a la ya de por sí caldeada situación.

—¡Esto es una conspiración! —murmuró sintiendo que flaqueaba.

Capítulo 6

—¿De qué hablas? —preguntó Pamela.

Ken la miró por el rabillo del ojo. A pesar de su expresión inocente, sabía perfectamente a lo que se estaba refiriendo. Además, su cuerpo se estaba moviendo levemente al ritmo de los sensuales sonidos. Cada gesto era una invitación imposible de rechazar.

—Nada —murmuró él intentando separarse—. La música disco de los setenta va acorde con todo lo demás.

—Bueno, al menos han acertado con el champán —comentó Pamela agarrando la botella de la nevera y arrimándose de nuevo a él—. ¿Quieres?

Ken se quedó sin saliva.

—¿No hay agua mineral?

Pamela se inclinó hacia delante y se le movió la camiseta dejando al aire una franja de piel blanca y sedosa. Ken no podía apartar la mirada y ella no paraba de rebuscar por la nevera, bajando cada vez más hasta que su dulce trasero quedó a la altura de su muslo.

«Conspiración».

Por fin, se irguió y se sentó.

—Me temo que no.

Ken se encogió de hombros indefenso preguntándose si Pamela sería consciente de los reflejos que las luces de color ámbar de las puertas del coche arrancaban de su pelo.

¿Sabría que lo estaba matando? ¿Se imaginaría lo que le estaba costando negarse a sus proposiciones? ¿Sospecharía lo mucho que ansiaba tumbarla sobre la tapicería de cuero y explorar todos los rincones de su cuerpo?

Mientras esperaba, Ken vio la chispa en sus ojos y su sonrisa al darle dos copas altas que había sobre la nevera. Al abrir el corcho, algo de líquido dorado saltó y ella ahogó una exclamación de sorpresa.

—Qué bueno —murmuró en voz baja mientras se chupaba los dedos. Los movimientos lentos de su lengua hicieron que Ken pidiera mentalmente piedad... que era exactamente lo que ella quería.

Lo vio en su sonrisa y en su mirada. Pamela estaba disfrutando de la sensualidad del momento, de la semioscuridad, de su cercanía, de la música, del champán. Estaba dejándose llevar por las sensaciones. Aquello le reveló algo más sobre su personalidad.

Sin embargo, las bromitas sensuales se terminaron cuando Pamela vio la respuesta de deseo en sus ojos.

—Permíteme —dijo Ken sin saber de dónde habían salido aquellas palabras, pero sabiendo que, si no la saboreaba, iba a volverse loco. Agarró la botella de champán y la dejó en un cubitera para luego agarrarle la mano y llevársela hacia la boca.

Ken no apartó ni un momento la mirada de sus ojos, que estaba abiertos como platos de la excitación. Se acercó más hasta que los dedos de Pamela estuvieron a unos milímetros de sus labios. Ken esperó a que le temblara la mano para posar su boca sobre las yemas de sus dedos.

Pamela gimió y dio un respingo.

Ken deslizó los labios por su dedo degustando el dulce líquido, saboreando su piel con lengua y dientes. Cuando hubo terminado con ese dedo, pasó al siguiente no sin antes tomarse su tiempo en explorar la zona entre ambos.

—Ken... —suspiró Pamela con voz que invitaba y que rogaba a la vez.

No le bastaba con las manos. Ken quería besarla por todo el cuerpo.

De momento, empezaría por la boca.

La besó en los labios y la oyó gemir al tiempo que los abría para dejarlo entrar. Sintió sus manos en la nuca y cómo ella ladeaba la cabeza para besarlo más profundamente.

Estaba dulce y caliente y no tardaron en moverse al mismo ritmo.

—Tengo que tocarte —murmuró él aunque sabía que era una locura—. Tengo que tocarte, Pamela.

Ella se acercó más, arqueó la espalda y se deslizó por la tapicería de cuero. El se colocó encima y le acarició el pelo, la cabeza, sin parar de besarla, cada vez más apasionadamente, perdiéndose en los besos.

Fue incapaz de no deslizar las manos más abajo hasta su cuello, sus hombros, su garganta y, por fin, sus pechos.

—Por favor —dijo ella alzando las caderas. Ken sintió sus pezones como piedras bajo la tela de la camiseta y se inclinó para degustarlos dejando una mancha de saliva alrededor.

No le dio tiempo ni a pensarlo. Se encontró quitándole la camiseta. La piel de Pamela ardía, vibraba y palpitaba bajo sus dedos. Le levantó la camiseta lentamente, centímetro a centímetro, agonizante, saboreando cada franja de piel que iba quedando al descubierto.

Pamela levantó los brazos para ayudarle a deshacerse de la camiseta. Ken la oyó gritar cuando la besó en el abdomen. Se paró para aspirar su dulce fragancia y siguió bajando hasta que se encontró con la cinturilla de los vaqueros.

—Ken —imploró ella—, por favor...

—¿Por favor qué? ¿Quieres que no te aplaste? —dijo quitándose de encima de ella. No, no era eso lo que quería—. ¿O quieres que te haga sufrir como has hecho tú conmigo en el avión?

—Necesito, no puedo... ¡por favor!

Ken volvió a subir hasta posar la boca sobre su sujetador de encaje. Sintió que se le entrecortaba la respiración al notar sus

pezones duros debajo del tejido. Le bajó un tirante, besó el contorno redondeado de su pecho y se atrevió a meter la lengua para probar lo que había debajo. Pamela dio tan respingo, que estuvieron a punto de caerse.

—Te gusta.

—Me encanta —murmuró con voz ronca—. Ni se te ocurra parar.

No, claro que no pensaba parar. Antes, muerto.

Le quitó el sujetador y posó su mano sobre uno de sus pechos para jugar con uno de los pezones. Pamela lo agarró del pelo y lo acercó en señal de que quería más. Cuando Ken succionó el pezón, ella no pudo reprimir un grito de placer.

Estaba temblando y moviéndose de forma salvaje. Por las mejillas sonrosadas, los movimientos de cabeza y sus gritos, Ken dedujo que estaba a punto de alcanzar el clímax con tan solo unos besos y unas caricias.

—Por favor, por favor —gritó arqueándose contra él y frotando su pelvis contra la erección de Ken—. No puedo, nunca he...

¿Nunca lo había hecho en un coche? Ken ya no podía echarse atrás. Tampoco podía dejarla a medias después de haberla puesto así.

—Sigue, preciosa, déjate llevar. Estoy contigo —susurró.

Sin dejar de besarle apasionadamente los pechos, deslizó la mano hasta su cadera y luego hasta su muslo.

Cuando puso la mano sobre su sexo, se encontró los vaqueros mojados.

—Sí, sí, por favor —rogó ella frotándose contra la palma de su mano.

Ken la tocó. Una, dos, varias veces, intentando tapanle la boca con besos para que no se oyeran sus gritos al tiempo que no dejaba de tocarla. Hasta que, al final, Pamela gritó su nombre y se desplomó.

No se podía ni mover. Aunque suponía que debía de haber montado un buen numerito, no le importaba.

Se quedó tumbada bajo el cuerpo de Ken, abrazada a él e

intentando controlar la respiración. Él estaba teniendo el mismo problema. Pamela oía sus jadeos por encima de la música.

Con él encima, las piernas abiertas, débiles y temblorosas, y sus labios a tan solo unos centímetros de su pecho, intentó asimilar lo que había ocurrido. Sentía el cuerpo cargado de energía y se sintió maravillosamente bien al entender que, por primera vez en su vida, un hombre le había hecho alcanzar el orgasmo.

Los orgasmos no le eran desconocidos. Tenía una buena amistad con el teléfono de la ducha desde que era una adolescente, como muchas chicas con novios inexpertos que no sabían dónde tocar. ¡Tampoco es que ella saliera con chicos tanto tiempo como para permitirles hacer semejantes progresos!

Nunca había compartido aquello con nadie. Nunca había compartido con nadie las convulsiones de su cuerpo. Hasta esos momentos. Con él.

No quería ni imaginarse cómo sería cuando fueran más allá de las caricias. Aunque seguía temblando del placer que le había dado, quería más. Lo quería tener dentro.

—Me parece que, esta vez, has estado a punto de caerte —rio.

—La montura estaba resbaladiza —murmuró él.

Pamela colocó un muslo entre sus piernas y se dio cuenta de que estaba excitado.

—Dios mío.

—Ni te muevas —dijo él.

—¿Por qué has parado? —le preguntó Pamela suponiendo lo difícil que le habría resultado dejarla gozar a ella y no llevarse él nada.

—¿Por qué he empezado?

—No. Por favor, no te disculpes. Ya sé que tienes buenas intenciones conmigo y que no querías que esto sucediera. Pero yo, lo confieso, me alegro. ¿Eso me convierte en una mala persona? ¿Por estar contenta de estar aquí contigo, así, sintiendo cosas que nunca

había sentido cuando debería haberme casado hoy con otro?

Ken le dio un beso en la sien y le apartó el pelo de la cara.

—No, Pamela, no eres una mala persona, pero sí una persona vulnerable. Muy vulnerable. Necesitabas a alguien que te hiciera sentirte bien y ese alguien he sido yo.

—¿Cómo? —protestó ella. ¿Estaba diciendo que cualquiera le habría servido? Pamela se enfadó, se lo quitó de encima y se irguió para abrocharse el sujetador—. Tonterías —Ken se sentó y la miró extrañado. ¿Se habría dado cuenta de que estaba enfadada?—. ¿Eso crees? ¿Crees que habría dejado que cualquier tipo con buenas manos y buena boca me hiciera sentir lo que tú acabas de hacerme sentir?

—Yo no lo he dicho en ese sentido —se defendió él.

—¿En qué sentido lo has dicho? —preguntó ella cada vez más enfadada—. ¿Me crees tan desesperada como para haber seducido a cualquiera en el avión o a Al, por ejemplo, para pasar un buen rato y olvidarme de lo de Peter?

Ken no contestó y ella se apartó de él y se puso la camiseta.

—Bueno, anoche estabas diciendo que querías tener una aventura con un desconocido.

—¿Oíste eso?

—Eso y todo.

—Oh —dijo ella retirándose el pelo de la cara—. ¿Y te creíste en la necesidad de venir conmigo para que no lo hiciera?

—Algo así —admitió Ken.

—¿Has venido para evitar que tenga relaciones sexuales?

—Sí.

—Incluso contigo.

—De eso se trata.

Pamela se quedó pensativa.

—Pues será mejor que te dediques a otra cosa porque como te tengas que ganar así la vida... Haces planes para la vida de los demás

que luego no puedes cumplir.

—Pamela...

—No, si yo no me quejo. La verdad es que has hecho que el trayecto fuera más interesante, pero si crees que eso va a hacerme olvidar mi intención de tener una apasionada luna de miel con un desconocido, te equivocas.

—Olvídate de eso, Pamela —le advirtió acercándose a ella—. Olvídate de seducir a un desconocido en el complejo y pasarte una semanita haciendo el amor con él.

Ken no lo había entendido. Pamela no sabía si decirle la verdad. ¿No se había dado cuenta de que con quien ella quería hacer el amor aquella semana era con él? Estaba decidida a llegar hasta el final con él. Sin dudarle un momento.

—¿Vas a impedírmelo tú? —preguntó desafiante.

—Por supuesto.

—Podría suponerte ciertos sacrificios que no creo que estés dispuesto a hacer.

—¿A qué te refieres?

Pamela asintió y lo miró a los ojos. Ni se imaginaba la respuesta.

—Si no quieres que me meta en la cama de otro... tendrás que mantenerme en la tuya.

Ken logró no estrangularla ni saltar sobre ella durante el resto del trayecto hasta el complejo. Le costó un enorme esfuerzo ignorar su sonrisa y sus miraditas seductoras.

Intentó hablar con ella y hacerla comprender que la ruptura con su novio estaba muy fresca y que era imposible que supiera lo que quería. Ella se limitó a encogerse de hombros y no contestó. Ken sabía que ella estaba segura de que tardaría un par de días en hacerle el amor.

Lo estaba desafiando con aquella historia de tener una relación sexual con un desconocido. Seguro que no era capaz de hacerlo. No la conocía mucho, pero sentía que no sería capaz. No sería capaz de

seducir a un tipo, pasar una noche de sexo y largarse como si tal cosa. Por eso, aquella amenaza de que, si quería evitarlo, tendría que tenerla en su cama, había sido completamente innecesaria... a la par que efectiva.

Era su objetivo. Lo deseaba tanto como él a ella.

«¡Maldita sea. Esto se está complicando!»

Tenía la esperanza de que, una vez en el complejo, su deseo se diluyera al estar con otra gente. Seguro que había actividades que lo mantendrían alejado del único pensamiento que había tenido sobre ella desde la primera vez que había visto su foto sobre la mesa de su padre: conocerla, besarla, hacerle el amor durante horas...

Menos mal que ella no sabía que se había sentido atraído por ella antes de conocerla. ¡Si lo descubriera, estaría todavía más decidida a acostarse con él o no querría volver a verlo por ser quien era y trabajar para quien trabajaba!

Dejaron la autopista y tomaron una carretera secundaria que subía por una montaña. Cada cien metros, había un cartel anunciando su destino. El Nidito de Amor parecía tener predilección por el rosa, los corazones y unos nauseabundos cupiditos con flechas.

—Esto me huele muy mal —comentó al ver el complejo en el horizonte.

—Ay, madre —dijo ella al atisbarlo.

El edificio era impresionante. Era grande, tenía tres pisos, columnas, balcones y balaustradas. Estaba situado en la ladera de una colina y daba al lago. Ken imaginó que, a la luz del día, la vista tenía que ser preciosa.

—Bonita vista —aventuró Pamela en voz baja.

Sí. Bonita vista. Sobre todo, porque el edificio entero estaba pintado en un terrible tono rosa que hacía daño a la vista.

—Tendremos que preguntarles a Hansel y a Gretel si la bruja está en casa —murmuró Ken.

Las luces de la fachada iluminaban un jardín cuajado de arizónicas con forma de cupidos y corazones. Había también un cisne y unas gacelas, un columpio para dos y un cartel que rezaba: *Un deseo cuesta un beso. Los deseos que se hacen realidad cuestan mil besos.*

Todo aquello era tan cursi que deseó tener una bolsa de papel del avión para vomitar.

Había una mujer esperándolos en las escaleras de entrada. Cuando el coche se paró, abrió la puerta de Ken.

—Bienvenidos al Nidito de Amor. Estamos encantados de que nos hayan elegido para pasar las vacaciones más especiales de su vida.

Ken salió del coche y miró a la mujer. Tendría unos sesenta años y llevaba un chándal de lycra blanco con rosas rojas en los puños y en el cuello, además de tacones.

—Soy la señorita Mona, la dueña de este lugar —se presentó con un suave ronroneo— y estoy aquí para asegurarme de que pasen los momentos más sensuales y eróticos de sus vidas —«¿sensuales?, ¿eróticos?, ¡Dios mío!—. Créanme, soy una experta en relaciones entre hombres y mujeres. Llevo en el negocio toda la vida y este establecimiento que he creado es perfecto para que los recién casados comiencen su vida juntos con una explosión de placer.

—¿Es usted consejera matrimonial? —preguntó Pamela.

La mujer se rio.

—No, no, digamos que mi experiencia es más directa. He tenido otros establecimientos en el pasado donde las parejas iban a pasárselo bien, pero estaban, digamos, menos comprometidas.

Ken entendió de lo que estaba hablando, pero Pamela parecía confusa. Rezó para que no preguntara nada más. No le apetecía que la señorita Mona se pusiera a darle detalles sobre el negocio de los burdeles.

—Al llevará su equipaje y yo les enseñaré su habitación. Mañana, haremos el tour completo.

Siguieron a la mujer al interior. El lugar estaba en silencio. El

mostrador de recepción estaba vacío.

—Más cisnes —murmuró Ken viendo otros dos en una fuente que había en el centro del vestíbulo. También había figuras griegas de hombres y mujeres desnudos, de las que salía agua por ciertos orificios.

—Madre mía —oyó decir a Pamela. Estaba mirando una estatua en la que un hombre y una mujer estaban haciendo el amor. La postura le era muy familiar. Él le estaba chupando un pecho, ella tenía la cabeza echada hacia atrás en éxtasis y las piernas enroscadas alrededor de él—. Están...

Ken la agarró del brazo y tiró de ella. Lo último que necesitaba era darle ideas a la señorita Loquieroahora.

Ken se quedó con la boca abierta al ver en una hornacina otra estatua. Se trataba de una pareja practicando sexo oral. A la vez.

—¡Cielos! —se admiró Pamela—. ¿Están haciendo lo que yo creo que están haciendo?

—Vámonos a la habitación —dijo él entre dientes preguntándose cómo conseguía excitarlo más con su inocencia que con la abierta franqueza de la que había hecho gala en el avión.

—¿Cómo puede arquear ella tanto la espalda?

—Es una estatua, Pamela.

—¿Pero se puede?

La señorita Mona se paró ante ellos y los miró divertida.

—Pamela, por favor —murmuró Ken.

—¡Debe de doler!

—Vaya, vaya, van a tener una bonita luna de miel —dijo la anfitriona—. No se preocupe por eso. Es usted alta.

—¿Alta? —repitió Pamela.

Mona asintió y le dedicó una sonrisa misteriosa. Luego, miró a Ken y enarcó una ceja. Sí, él sabía de lo que estaba hablando. Pues claro que lo sabía. En el mismo instante en el que había visto la estatua, había pensado lo bien hechos que estaban sus cuerpos para

acoplarse y practicar ciertas posturas muy íntimas.

Ken maldijo en silencio y tiró de Pamela para que avanzara mientras rezaba para que no hubiera más estatuas. No hubo suerte, pero, al menos, no hizo preguntas. Se limitó a mirar sorprendida a una pareja a cuatro patas y siguió andando.

—¿Preparados? —preguntó Mona con mucho teatro parándose ante la puerta de su habitación.

Ken miró el número. ¡El sesenta y nueve! —Estoy más que preparada —contestó Pamela con voz temblorosa.

Sí, él también lo estaba, pero para salir corriendo de allí y volver inmediatamente a Miami antes de que todas sus buenas intenciones se fueran al garete y decidiera enseñarle a Pamela qué quería decir la señorita Mona al decirle que era alta. Sí, sus cuerpos estaban hechos el uno para el otro, seguro que se acoplarían perfectamente si se pusieran a experimentar sexo oral.

Intentando apartar aquellas imágenes eróticas de la cabeza, aguantó la respiración mientras la dueña abría la puerta.

—No, no —dijo la señorita Mona al ver que Pamela iba a entrar—. ¿No se les está olvidando algo? ¿No manda la tradición que el novio agarre a la novia en brazos?

Era obvio, que no iba a aceptar un no por respuesta, así que Ken agarró a Pamela en brazos. Para ser tan alta, no pesaba mucho.

—Así está mucho mejor.

La mujer pasó primera y encendió la luz. Ken tomó aire para prepararse para lo que iba a encontrarse. Al entrar, se paró en seco.

—Es un burdel —dijo con Pamela en brazos.

Ya no había corazones y cupidos. Aquella cursilería se había quedado fuera. Allí todo pedía a gritos pasión y deseo. Se preguntó qué estaría pensando la mujer al verlos a los dos con los ojos como platos y la boca abierta.

—Les dejo solos —sonrió Mona dejando pasar a Al, que llegaba con el equipaje.

Ambos se fueron y Ken pensó que empezaba el juego. Sí, después de todo, aquella habitación estaba hecha para juegos, juegos de adultos, juegos eróticos y sexuales.

Desde la moqueta color burdeos hasta las gruesas cortinas doradas, la suite estaba bañada por colores sensuales. Delante de una gran chimenea, había una alfombra blanca. Por supuesto, tenía el tamaño perfecto para dos personas. No pudo evitar imaginarse a Pamela desnuda sobre la alfombra, pero se quitó aquello de la mente y siguió mirando a su alrededor.

Junto a la alfombra había unas escaleras de caracol que conducían a una bañera en forma de copa de champán.

Burbujas y chimenea. Música ambiente y colores sugerentes. Pinturas eróticas en las paredes.

Sí, desde luego, las cosas iban de mal en peor.

Al ver la *chaise-longue* sobre cuyo respaldo había unas discretas cuerdas de terciopelo se imaginó las posibilidades que aquello ofrecía.

Ni imaginándose una ducha fría pudo controlar su erección, así que decidió no dejar a Pamela en el suelo para que no se diera cuenta.

—Me parece que, al final, voy a tener que leérmelo —dijo ella.

Ken siguió su mirada y vio un ejemplar gigante del Kama Sutra sobre una mesa en la que también había una relación de todos los juguetes eróticos que había a disposición de los clientes.

Ambos continuaron mirando y vieron la cama, redonda y con un espejo justo encima en el techo. Sensual.

Pamela lo miró sonrojada.

—Guau.

—Bienvenida a la mejor casa de citas de Tahoe.

—Ken, ¿recuerdas aquello de la luna de miel platónica? —preguntó Pamela con una sonrisa diabólica y apretándose contra él hasta hacerlo notar las puntas de sus pezones.

—Sí, lo recuerdo.

—Pues siento informarte, cariño, de que vas listo.

Capítulo 7

Tras semejante frase, Ken la dejó en el suelo, agarró su maleta, cruzó la habitación y la dejó en un rincón.

—Voy a ducharme — anunció sacando ropa limpia.

—¿Quieres que te frote la espalda? — se ofreció ella riendo.

Cuando Ken se metió en el baño, Pamela se dedicó a seguir explorando la suite. Desde luego, no era un hotel normal.

No había televisión aunque había una nota diciendo que se podía pedir televisor y vídeo, además de películas porno.

—No, gracias — dijo en voz alta.

El folleto en el que se especificaban las actividades especiales que había era muy interesante. Masajes: con hierbas, desnudo sobre suelo de goma.

—Puede que pruebe ese.

Había espejos en todas las paredes e incienso en la mesilla. Fuera, había un patio cubierto muy personal, con pantallas cubiertas de enredaderas y una bañera de hidromasaje para dos personas en una esquina. Era tentador, sobre todo con la brisa de la noche. Había un cartel que decía: *Debido al delicado equilibrio de los aceites esenciales, no se puede entrar con ropa bajo ningún concepto.*

—Me parece estupendo —sonrió con la esperanza de relajar algunos músculos en aquel agua calentita y poder vigorizar otros que no había ejercitado nunca en su virginal vida.

La cama la tenía fascinada. Nunca había visto una cama redonda. No sabía ni que existían. Apartó la colcha de terciopelo burdeos para ver qué había debajo. Sábanas de raso negro. Al instante, se imaginó revolcándose por la cama, desnuda y acompañada.

«Muy bien, Pamela, aquí lo tienes. Ha llegado el momento de la verdad».

Corrió hacia la maleta y rebuscó entre la ropa hasta encontrar el camisón que andaba buscando. El cuero negro no resaltaría sobre las sábanas negras aunque podría quedar bien sobre la alfombra blanca situada ante la chimenea. Sí, para otra noche. Esa noche, prefería blanco.

Para cuando oyó que Ken había terminado de ducharse, ya se había cepillado el pelo, retocado el maquillaje y enfundado el salto de cama casi transparente.

Estaba algo asustada y rezó para que no le tocara hacer nada. Al fin y al cabo, él la deseaba y supuso que, al verla así, se le quitarían de la cabeza todas esas ideas absurdas de la relación platónica. Rezó para no tener que convencerlo porque no sabía si su ego podría aguantarlo.

No, no había nada de lo que hablar. Él saldría, la vería, la desearía y pasaría a la acción o se daría por vencida y se iría a dormir.

Esperó junto a la cama aguantando la respiración y preguntándose qué pasaría.

Ken estuvo en la ducha todo lo que pudo. Se apoyó contra los azulejos blancos y negros y dejó correr el agua helada sobre su cuerpo para intentar vencer a las hormonas que llevaban horas haciéndolo sufrir.

—Que esté dormida —murmuró—. Seguro que está dormida.

Al final, a punto de morir de hipotermia, salió de la ducha, se secó y se puso unos pantalones de chándal. Con un poco de suerte, Pamela se habría puesto algo parecido porque, después de todo, apenas lo conocía. Seguro que le habría entrado la vergüenza y se habría echado atrás. Eso esperaba. Por ello rezó.

Cuando salió y la vio junto a la cama bañada por el reflejo dorado de unas cuantas velas entendió que sus plegarias no habían sido escuchadas.

El camisón que llevaba no la cubría, sino que flotaba alrededor de su cuerpo. Tenue, sutil, provocativo y tentador. De pecado.

Los estrechísimos tirantes apenas sujetaban la tela sobre sus hombros y bajo el encaje destacaban sus pezones. Al recordar que los había tenido en la boca, Ken sintió que se le estaba haciendo difícil respirar y se le estaba acelerando el pulso.

Le tela se estrechaba en su cintura y caía hasta el suelo abierta a los lados. Al ver sus caderas, sus piernas delgadas y largas y el vello oscuro entre ellas, Ken estuvo a punto de ceder. Estuvo a punto de agarrarla, tirarla sobre la cama y perderse en el interior de su cuerpo.

El sentido común se lo impidió.

—Quítate eso —dijo señalando el camisón.

—Qué bien. Empieza el calentamiento —sonrió ella dejando caer un tirante.

—¡No! ¡Mejor ponte algo encima!

—Eso es lo que quiero. Hay algo que me muero por tener encima.

—Ropa —puntualizó Ken—. Más ropa.

—¿De cuero negro, quizás?

—Sí, un cinturón para poder castigarte por esto —murmuró.

—Vaya, vaya, ¿quién es el pervertido ahora?

—Pamela...

Ella se echó hacia delante y puso las manos y las rodillas sobre la cama. Ken tuvo que cerrar los ojos para no verla gatear hacia él con el camisón dejando al descubierto pechos y caderas. Recordó la última estatua que habían visto y supo que ella también la recordaría.

—Debes de estar cansadísima —dijo con voz ronca. «Quita esa cara... ¡no pienso caer en tus redes!»

—Tú, también. Ven a la cama —ronroneó ella.

—Pamela, por favor —dijo intentando sonar como si tuviera la situación bajo control y no como si estuviera al borde de derretirse—. Estás agotada tanto física como emocionalmente, así que vamos a dormir, ¿eh? Toma una camiseta grande, mejor enorme, de mi maleta

y a dormir.

«Por favor. Por favor, ¡vete a dormir antes de que me suba a la cama, te agarré de las caderas y te estampe contra el cabecero!»

¿Se habría dado cuenta de que estaba temblando? ¿Se habría dado cuenta de que ya no necesitaba la cinturilla elástica para sujetar los pantalones? No había manera de escapar de aquello y más cuando la erección frenética que había conseguido bajar en la ducha había resurgido con más fuerza que nunca.

—¿No me deseas? —aquello no era una pregunta. Era un desafío. Pamela cruzó la cama y llegó a su lado. Se puso de rodillas sobre la cama y se frotó contra él como una gata en celo—. ¿Seguro que no quieres esto?

«¿Estás loco? ¡Claro que quieres!», dijo una voz dentro de Ken. Sintió las manos de Pamela sobre su piel ardiente.

—He querido tocarte desde que te vi por primera vez —suspiró ella echando la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos y sonriendo sin dejar de acariciarlo. Siguió deslizando las manos hacia la cinturilla del pantalón y gimió de placer al comprobar con sus propias manos lo excitado que estaba. Aquel gemido y el escalofrío que sacudió su cuerpo fueron suficientes para que Ken se derritiera—. Permíteme —susurró deslizando la mano dentro del pantalón e inclinando el cuerpo más para mordisquearle el torso y el vientre. Le mordió la cinturilla del pantalón y lo hizo temblar. Y llegó, sí, sentía su aliento caliente sobre esa zona, sintió sus manos sobre su erección y sus labios—. Permíteme que te dé algo de lo que tú me has dado a mí —añadió bajándole lentamente los pantalones mientras sonreía de forma prometedora.

Ken se habría dejado, sí, estaba tan fuera de control, que se habría entregado, pero...

Llamaron a la puerta.

—Servicio de habitaciones.

—¡No! —gritó Pamela con frustración cuando él fue a abrir.

—No es lo correcto —gimió él.

Mientras se alejaba, Pamela vio que le temblaban las piernas. Lo vio agarrarse al respaldo de la butaca al ir hacia la puerta. Se dejó caer en la cama boca abajo. ¡Casi! Había estado a punto de conseguirlo... ¡y él había estado a punto de rendirse!

Oyó a Ken dar las gracias a alguien y lo vio aparecer con una botella de champán y dos copas. Vio que tenía una cara rara y supo que estaba pensando que, si le ofrecía una copa en vez del sexo que ella quería, tal vez le partiera la botella en la cabeza.

—Champán de parte de la señorita Mona —anunció Ken de pie junto a la puerta—. Justo a tiempo.

Pamela río disgustada. La realidad, en forma de botella de Dom Perignon, lo había hecho salir de su letargo sexual.

—¿Por qué no lo dejas ahí? —dijo poniéndose de rodillas de nuevo sobre la cama, aunque sabía que ya tenía poco que hacer.

—No, me parece que me voy a duchar.

—¿Cómo? ¡Pero si te acabas de duchar ahora mismo!

—Sí, pues, necesito otra ducha —dijo con decisión.

—¡Eres un cobarde, Ken McBain! —le dijo mientras él iba hacia el baño—. ¡Espero que te quedes sin agua caliente!

¿Y para qué iba a necesitar agua caliente? —dijo él mirándola y dando un portazo al cerrar la puerta del baño. Del golpe, una fotografía de una pareja que a Pamela se le antojaba imposible cayó de la pared.

Dio un puñetazo en el colchón, maldijo al que había llevado el champán y se arrepintió de no haberse metido ella primero en la ducha. ¡Podría haber hecho buen uso de aquellos chorros de agua a presión!

—Ya está bien, Ken McBain. Has dejado pasar tu oportunidad. El tren Pamela ha estado en tu estación y tú no te has montado, así que ha pasado de largo —murmuró quitándose aquel estúpido conjunto de encaje y poniéndose una camiseta. Pero suya, no de Ken, no quería

que nada suyo la tocara.

Menuda mentira más grande. Deseaba que todo él la tocara. Si no podía ser así, como él acababa de dejar claro, ¡su camiseta que se fuera al diablo!

Se cambió y envió el sensual camisón bajo la cama de un puntapié. Se estaba enfadando más por momentos.

¿Qué le estaba ocurriendo? Se estaba dejando pisotear. Peter la deseaba, pero no tanto como deseaba el dinero de su padre. ¡Al diablo con él? Ken la deseaba, pero no quería acostarse con ella. ¡Al diablo con él también!

No iba a suplicar. Ya estaba bien de intentar seducirlo porque no había conseguido más que estar frustrada y tan excitada, que le daban ganas de tirarse de los pelos.

Y así se lo iba a hacer saber... ya mismo.

¡Y que fuera saliendo del baño rapidito, que ella también quería ducharse! ¡También podría salir al patio a ver si aquella bañera tenía chorros de presión!

Cruzó la habitación y entró en el baño. La ducha era doble, obviamente pensada para dos personas, con chorros a la altura de la cabeza y de la cintura. También tenía un banco a los lados. Aquello la enfureció todavía más.

Agarró el pomo de la mampara y abrió la puerta de la ducha.

—Vengo a decirte que has dejado pasar tu oportunidad. Estoy harta. Se terminó. No voy a volver a intentar seducirte nunca más — le dijo. Ken se quedó de piedra, mirándola. Su cara era un poema de tormento sexual. Pamela no pudo articular palabra ni pensar en nada más —. Madre mía —murmuró sin poder apartar la mirada.

Tenía un cuerpo perfecto. Ya había visto su precioso torso, adornado con un bosquecillo de vello oscuro en el que deseaba meter los dedos. También era consciente de los fuertes brazos que tenía y del vientre con los abdominales marcados.

Pero le quedaba por ver lo que estaba viendo. Caderas escurridas

y piernas largas y fuertes... aparte del resto.

Tenía una erección brutal. Gorda, grande y larga. Pamela sintió que le flaqueaban las piernas al imaginarse aquella parte de él dentro de su cuerpo.

«¿Entraría?»

—Ken...

—¿No te han enseñado a llamar a la puerta? —preguntó con voz ronca. Pamela sintió un escalofrío al percibir el agua helada con la que se estaba duchando, que hacía contraste con la humedad caliente que tenía entre las piernas. Por fin, consiguió mirarlo a los ojos.

—Estoy harta de juegucitos. Sé lo que quiero y con quién lo quiero —dijo. Ken no contestó—. Te quiero a ti, Ken McBain. Al hombre que me encontró en la playa, que me ofreció su chaqueta, el hombre que se llevó mi vestido de novia para que no lo quemara, el hombre que se subió a aquel avión conmigo para asegurarse de que nadie volvía a hacerme daño —añadió suavizando el tono de voz—. Quiero al hombre que me susurra palabras que recorren mi cuerpo y me vuelven loca.

—Pam...

—Shh —dijo ella levantando una mano—. No soy una niña pequeña. No hace falta que me protejas. Voy a salir de tu vida porque, sinceramente, no aguanto este juego que te traes entre manos.

—¿Qué juego?

—Me deseas tanto que apenas puedes caminar. Pero prefieres... ¿cómo lo definiste tú mismo?... Aliviarte solo. Bien, pues yo necesito a alguien que me ayude a aliviarme —rio sabiendo que los chorros de presión no eran nada comparados con Ken—. Y quiero que ese alguien seas tú. Nadie más. ¿Sabes por qué? Porque, por primera vez en mi vida, sé lo que es volverse loca de deseo por que un hombre me toque. Quiero tus manos, tus labios. Todo tu cuerpo, Ken. Lo que no soporto es este tira y afloja. Tu caballerosidad me está matando —

dijo mirándolo fijamente y estremeciéndose de deseo—. Así que tómame o déjame. No voy a volver a decírtelo.

Ken cambió el agua de fría a caliente y sus últimos resquicios de resistencia se disiparon.

¿Dejarla? En la vida.

Había conseguido salir más o menos airoso del avión y del coche, incluso del episodio con el camión de encaje blanco, pero no podía resistirse a su mirada sencilla, sincera y cargada de deseo.

—Toma uno de esos —le dijo indicándole una cesta llena de preservativos. La agarró de la cadera y la metió en la ducha. La besó con tanta fruición, que se sintió más excitado que nunca. Apenas oyó el gemido de placer de Pamela. Él solo sabía que tenía que poseerla, entrar en ella y durar todo lo que pudiera.

—Por favor, Ken —suplicó quitándose la camiseta y tirándola al suelo de la ducha. Estaba ante él con solo unas pequeñas braguitas blancas que no ocultaban los rizos oscuros que se moría por tocar—. Por favor, no me hagas esperar más —añadió con una voz tan suave como una caricia.

Ken no podía aguantar más, pero todavía pudo deslizar la boca hasta sus pechos y jugar un poco con sus pezones. Le bajó las braguitas y se las quitó. La agarró de la cintura y la apoyó contra la pared de azulejos.

—Sí —suspiró Pamela enroscando un delgado muslo alrededor de las caderas de él al tiempo que echaba la espalda hacia atrás y el pecho hacia delante. Ken volvió a tocarla y a mordisquearla hasta hacerla temblar de deseo.

Ken quería hacerle de todo.

Pero eso tendría que esperar. En esos momentos, necesitaba estar dentro de ella. Habían pasado más de veinticuatro horas de preliminares y, si no la poseía pronto, sabía que iba a eyacular en el suelo de la ducha como un adolescente.

Decidió tocarla para ver si ella estaba lista también. Le acarició la

cadera y la sintió temblar cuando levantó más la pierna. Sus muslos abiertos lo invitaban a entrar y ella se apretaba contra su mano.

Ken se inclinó y la besó en el cuello mientras la arrimaba más a su cuerpo. Entonces, deslizó un dedo entre sus muslos, encantado de oírla jadear y de sus ruegos incoherentes.

Estaba mojada y sus dedos entraron sin dificultad. Ambos gimieron.

—Por favor... Ken... ¡Hazlo! —le ordenó.

Eso fue suficiente. Ken abrió un preservativo y se lo colocó mientras ella se apoyaba en la pared y arqueaba la espalda. Ken se encontró sus pechos ante sí y no se pudo negar. Le dio un beso en un pezón y luego en el otro. Pamela se movió y se retorció bajo su boca.

—Vamos, por favor, Ken, hazlo ya —lo instó.

Ken le aseguró la pierna detrás de su rodilla y se frotó contra ella. Estaba completamente mojada. Estaba ardiendo, húmeda y completamente lista. Y él no podía esperar más.

Le soltó las manos y la elevó un poco más colocándole las piernas en sus caderas y la espalda bien pegada a la pared. Se abrió camino con su erección a través de sus rizos mientras la besaba con pasión y, por fin, la penetró.

Pamela gimió sin parar de abrazarlo con fuerza.

—Estrecho —murmuró él sin poderse creer lo mucho que le estaba gustando estar dentro de ella. Estaba húmeda, caliente e increíblemente estrecha. Quería hacerlo lentamente, por ella, pero su cuerpo le estaba ordenando que se lanzara y la hiciera gritar de placer una y otra vez.

Pamela sintió su incertidumbre, se apretó contra él, lo agarró del pelo y lo besó apasionadamente.

—Ya —le ordenó besándolo frenéticamente—. Ahora.

No podía más. Ken la embistió haciendo que sus cuerpos estuvieran todo lo unidos que pueden estar los cuerpos de dos adultos. Estaba tan dentro de ella, que sentía sus espasmos interiores

y los escalofríos que recorrían su cuerpo. Al principio, no se movió. Se preguntó si alguna vez había experimentado tanto placer y se dio cuenta de que la respuesta era no.

—Sí —dijo Pamela besándolo en el cuello y ocultando su cara. Se le saltaron las lágrimas de emoción al sentirlo, por fin, dentro.

No había habido fuegos artificiales ni orgasmo inmediato. En realidad, incluso era incómodo, un poco desagradable, pero se sentía muy cerca de él, apreciada, llena. No quería que se parara, no quería que terminara.

Ken se separó un poco, pero ella lo abrazó con fuerza para que no viera sus lágrimas. Ken la besó en el cuello y los hombros. El agua caía sobre ellos y eso la ayudó a relajarse y a aceptar la nueva presencia.

Sus besos, también. Fue bajando y comenzó de nuevo con aquellos mordisquitos en los pechos que la volvían loca. Pamela sintió que el dolor empezaba a remitir y cada vez se iba excitando más. Quería más. Quería lo que iba a continuación.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Ken retrocedió un poco solo para volver a entrar. Pamela aguantó la respiración un poco asustada y muy excitada. Se restregó el trasero contra sus manos encantada de ver cómo sus movimientos lo afectaban. Cuando apretó su interior sobre su miembro y lo vio abrir los ojos sorprendido y gemir de placer, se sintió maravillosamente bien.

—Si sigues haciendo eso, no te aseguro que esto vaya a durar mucho —le advirtió Ken sonriendo. Pamela sonrió y volvió a hacerlo —. Mala persona —murmuró Ken.

Ken se movió hacia un extremo de la ducha y le colocó una pierna sobre el banco. Pamela se había preguntado por qué solo había banco a los lados y no detrás. Lo estaba empezando a comprender y, al darse cuenta de que no le costaría mucho poner una pierna a cada lado y cabalgar sobre él, se sintió muy excitada.

Ken volvió a salirse casi por completo y Pamela se apoyó en la

pared con los ojos cerrados y dejó que el agua le cayera por encima mientras esperaba a que él volviera a entrar.

Abrió los ojos y vio a Ken mirándole la entrepierna. Cuando la miró a los ojos, Pamela se dio cuenta de que debía de haber visto sangre.

—Dime que esta no es la primera vez que lo haces —le rogó. Pamela no contestó. Al ver que no lo negaba, Ken se apartó y salió por completo de su cuerpo—. ¿Eres virgen?

—Era.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Importa?

—Claro que importa. ¡Dios mío, Pamela, si lo hubiera sabido, habría ido de otra manera!

—¿De otra manera? ¿Eso quiere decir que nunca te habrías atrevido a hacérmelo? —dijo levantando una ceja.

—¿Decidiste no decírmelo porque creías que, entonces, no me acostaría contigo? —protestó Ken. Pamela no contestó. Estaba esperando la verdad—. Sí, probablemente tienes razón —suspiró apoyándose en el otro extremo de la ducha—. Maldita sea.

—No, por favor, no sientas lo que estás sintiendo. No digas nada. Yo quería que esto sucediera y quería que fuera contigo y esta noche.

Ken la miró y se acercó para apartarle varios mechones de pelo que le caían por la frente. Le quitó con el pulgar las lágrimas y sonrió con infinita ternura.

—Lo sé. Lo siento, cariño, perdón por haberte herido.

Pamela se mordió el labio y sintió que más lágrimas acudían a sus ojos ante tanta ternura. ¿Cómo era posible que un hombre tan grande, guapo y fuerte supiera exactamente qué decir para dejarla temblando?

—Estoy bien.

Ken agarró una pequeña toalla y la sentó en el banco suavemente.

—Deja que yo me ocupe de ti —susurró.

Pamela se sentó con la espalda apoyada en la pared y dejó que Ken la abriera de piernas. Pamela lo observó ponerse de rodillas delante de ella y volvió a excitarse.

—Lo siento —añadió limpiándole la sangre con delicadeza. Dejó la toalla y la reemplazó por la mano.

Pamela gimió de placer cuando la tocó. Deslizó los dedos dentro de ella y la tocó exactamente donde ella se moría porque la tocara.

—Sí —murmuró Pamela cerrando los ojos y sumergiéndose en las sensaciones.

Ken consiguió volver a subir la temperatura del momento, no solo con las manos sino con la boca. La besó repetidamente en los brazos, el cuello y los labios. Luego fue bajando, se paró en los pezones y succionó uno de ellos mientras deslizaba un dedo en el interior de su cuerpo.

Pamela dio un respingo y se frotó contra su mano deseando más. Ken lo sabía. Siguió besándola y tocándola hasta llegar abajo donde su boca la saboreó dulcemente.

—Oh, por favor —murmuró Pamela con voz ronca al sentir su lengua dentro de ella.

Ken no paró. Le separó más las piernas y utilizó sus manos y su boca para llevarla a la cima y hacerla sentir mil cosas.

Pero no era suficiente.

—Quiero tenerte dentro cuando me vuelvas a hacer esto —le pidió—. Por favor, no me dejes alcanzar el clímax sola.

Ken no dudó y se levantó. Pamela vio que seguía tan duro como antes y decidió que lo quería dentro cuando la hiciera explotar.

Lo hizo sentarse enfrente de ella. Ambos estaban a horcajadas en el banco y el instinto le dio lo que tenía que hacer.

—Despacio, cariño —susurró Ken agarrándole la cara—. Tú tienes el control ahora.

Aquello la excitó todavía más. El control de aquel hombre delicioso y encantador. Le estaba dando la oportunidad de hacer

durante unos minutos lo que quisiera.

Lo quería todo.

Se acercó a él, le pasó las piernas por encima y lo tumbó sobre el banco. Se colocó encima de él y lo besó en el pecho, en el cuello y en la boca.

—Tengo el control —susurró.

Bajó hasta su erección y notó lo fácil que le resultaba hacerlo entrar en su cuerpo porque estaba completamente lubricada por sus caricias.

Ken gimió y ella cerró los ojos para hacerlo llegar a sus profundidades. Se quedó quieta y se dio cuenta de que aquella vez no le dolía nada. Sentía su miembro, pero solo había placer. Entonces, comenzó a moverse, a galopar sobre él y a suspirar con cada embestida.

Ken la agarró de las caderas y se movió a su ritmo. Sus movimientos se fueron haciendo cada vez más rápidos hasta que Pamela empezó a jadear. En ese momento, Ken le puso la mano en el vientre y fue bajando.

Apartó los rizos y la tocó al ritmo de las embestidas. Consiguió llevarla de nuevo a lo más alto hasta hacerla temblar de placer.

Y esa vez, la acompañó en la maravillosa caída.

Cuando sus cuerpos se tranquilizaron, Ken la sacó de la ducha y la envolvió en una toalla blanca.

Mientras él se secaba, Pamela ni abrió la boca. Se limitó a sonreír. Tenía los ojos hinchados del cansancio, pero llenos de placer. Ken pensó que le gustaba haber sido el artífice de aquella expresión que Pamela lucía en su cara. Se corrigió. No le gustaba, le encantaba.

Pamela se movía lentamente. Cuando la tomó en brazos para llevarla a la cama, se acurrucó contra su cuerpo como si fueran dos mitades de un todo.

Ken sabía que, al día siguiente, llegaría la realidad. Tendría que lidiar con el sentimiento de culpabilidad que ya estaba comenzando a

atenazarlo.

Sin embargo, decidió disfrutar del momento y abrazó su dulce cuerpo.

Capítulo 8

Ken se despertó a la mañana siguiente pensando que el que hubiera inventado la cama redonda era un sádico. Probablemente, algún miembro de la Inquisición española.

—Menuda tortura —murmuró. No había pasado una noche peor en su vida. El diseño redondo hacía que las dos personas que ocuparan la cama tuvieran que dormir en el centro porque, de lo contrario, corrían el riesgo de caerse. Seguramente, a los demás ocupantes de la suite les habría parecido maravilloso, pero a él, no—. Maldita sea —añadió viendo los rayos de luz que se colaban entre las cortinas. Aunque solo eran las siete, decidió levantarse. Sabía que no podría volver a dormirse y no iba a pasar nada más.

Durante la noche, cada vez que se despertaba y veía el cuerpo desnudo de Pamela pegado al suyo, había tenido la tentación de despertarla a besos y mostrarle cómo era hacer el amor toda la noche. Quería tomarse tiempo para acariciarle todo el cuerpo cuidadosamente para resarcirla por lo que había sucedido antes.

¡La primera vez que le hacía el amor y la había empotrado contra la pared de la ducha! «McBain, pareces tonto». Había sido excitante y divertido, pero estúpido.

Ella se merecía mucho más y él se moría por dárselo, pero no podía.

Ken apartó con delicadeza el brazo de Pamela que descansaba sobre su pecho y se deslizó fuera de las sábanas negras preguntándose cuántas personas se habrían dado la vuelta en aquella cama y habrían terminado en el suelo. Pamela suspiró y se tapó bien, seguramente echando de menos el calor de su cuerpo. Se forzó a sí

mismo a ponerse en pie y vestirse. Salió al patio.

Aunque estaban a mediados de verano, el aire de la montaña era fresco. Allí hacía más frío que donde él vivía, en el norte de Virginia. Sintió deseos de volver a entrar porque tenía frío, pero necesitaba estar solo para decidir qué iba a hacer.

«Volver a la cama».

No, no podía ser. Por mucho que lo deseara, no debía acercarse a ella de nuevo.

Ya no había motivo para no acercarse a ella para proteger sus propios sentimientos. Había utilizado su fracaso con Liz como barrera mental intentando aferrarse al mantra «nada de mujeres despechadas» aunque sabía que Pamela no tenía que ver con su ex. La verdad era que, por lo que había hablado con ella, no parecía que Peter le importara demasiado.

—Pamela y Peter —murmuró tumbándose en una butaca escondida entre las enredaderas—. ¿Cómo podías aguantar siquiera que mencionaran vuestros nombres juntos?

No, no creía que Pamela estuviera demasiado afectada porque su boda con Peter se hubiera cancelado. Tampoco la juzgaba mal por ello. Había visto duda en sus ojos cuando le había contado cómo Peter la había cortejado. No parecía estar destrozada. Avergonzada, sí y humillada, también, pero no tenía el corazón roto.

Ken sabía que ya no era necesario mantenerla apartada de él hasta que se hubiera olvidado de Peter. No tenía que reponerse de nada. Nunca había estado realmente enamorada de él. Ni siquiera se había acostado con él.

—Gracias a Dios —murmuró feliz de saber que no se había entregado a su ex.

Ni a ningún otro. Solo a él.

Ese era precisamente el problema. Al no haber mantenido nunca relaciones sexuales, era más vulnerable emocionalmente.

Se levantó y vio la luz de la mañana reflejada sobre la superficie

del lago. Era tan bonito, que sintió ganas de compartirlo con ella. La mañana, el amanecer, muchas noches como la anterior y un montón de duchas.

Ya habría estado medio loco por ella antes de conocerla. En esos momentos, se sentía como alguien que se hubiera dejado caer desde una montaña en Hawái hasta las azules aguas del Pacífico. Con el agua al cuello.

Si quería que hubiera algo entre ellos, tenía que ser sincero con ella. No se estaba comportando mucho mejor que Peter en ese aspecto. Era cierto que no trabajaba directamente para su padre, que no la estaba utilizando para ascender. El contrato que tenía con Bradford Investments para actualizar sus programas informáticos se había firmado antes de que supiera de la existencia de Pamela.

Eso no cambiaba que trabajara con su padre, que hubiera visto lo que había pasado en el hotel y que su padre le hubiera suplicado que fuera con ella al lago Tahoe.

Cuando se enterara, se iría de su lado no sin antes cruzarle la cara de un bofetón. Su única posibilidad era demostrarle lo bien que podían estar juntos, no solo físicamente. Eso ya lo sabían. Había quedado muy claro la noche anterior y sintió un escalofrío al recordarlo. Le había encantado yacer con ella, penetrar en su interior, ver sus ojos y sus labios moverse mientras la tocaba y oír aquel dulce quejido de placer al alcanzar el orgasmo.

«¡Ya basta!»

Tenía que dejar a un lado lo físico y conseguir que lo conociera y que confiara en él. Así, tal vez, cuando le contara la verdad, sería el comienzo de algo y no el final de todo entre ellos.

Hasta entonces, decidió no volver a hacerle el amor, aunque muriera en el empeño. La culpa lo ayudaría. Nada de sexo hasta haberle contado la verdad.

Ese era el plan, pero, como había dicho ella en el coche el día anterior, últimamente, no conseguía llevarlos a la práctica.

Pamela se despertó sola y se preguntó si lo de la noche anterior habría sido un sueño. ¿De verdad Ken y ella habían hecho el amor apasionadamente en la ducha? ¿De verdad la había abrazado hasta que se había dormido? Se dio la vuelta hacia el otro lado de la cama y olió el aroma masculino que desprendía su almohada. «No ha sido un sueño».

Se levantó y se puso la bata que iba a conjunto del camisón que se había puesto la noche anterior. No abrigaba mucho, pero era lo único que tenía. Se fue a buscar a Ken.

—Buenos días —lo saludó cuando lo encontró en el patio.

Él sonrió levemente y la saludó con la mano.

—Buenos días —dijo haciéndole un sitio en la tumbona. Ella se tumbó a su lado, se hizo un ovillito, le pasó un brazo por el pecho y apoyó la cabeza en su hombro—. ¿Estás bien?

—Sí —contestó ella sabiendo que se refería a su pérdida de la virginidad hacía unas horas. Le pasó una pierna por encima y se apretó contra él para darle un beso en el cuello—. Estoy muy bien.

—Me alegro —dijo acariciándole la espalda. Pamela sintió un escalofrío, pero no porque tuviera frío. Más bien, tenía calor—. ¿Qué quieres que hagamos hoy, primer día oficial de nuestra luna de miel?

—¿Qué tal quedarnos en la cama? —dijo Pamela. Ken no contestó—. Ken, ¿qué te pasa? —añadió mirándolo y viendo que tenía el ceño fruncido—. Por favor, no me digas que te arrepientes.

—No me arrepiento, Pam —le aseguró—. ¿Y tú?

—Ni por asomo. ¿Qué te pasa, entonces? ¿Por qué no volvemos a la cama, pedimos que nos traigan tortitas con nata y guardamos la nata para luego? —sugirió.

Ken sonrió.

—Pamela, no me arrepiento de lo de anoche, pero no creo que debamos precipitarnos. Tal vez, deberíamos pisar el freno y tomarnos el tiempo necesario.

Pamela no estaba preparada para aquello.

—¿Me estás diciendo que vas a encerrar a la yegua en el establo tras haber pasado una noche con su macho en los prados?

—Tú y tus analogías con los caballos —murmuró él.

—Pero si eres un semental.

Ken se rio y la abrazó, pero Pamela se dio cuenta de que algo no iba bien.

—¿Qué pasa?

Ken tomó aire como si fuera a contestar, pero no lo hizo.

—¿Ken?

—No creo que ninguno de nosotros esté preparado para esto.

—Habla por ti.

—Muy bien —dijo muy serio—. El año pasado, estuve tres meses saliendo con una mujer que, como descubrí más tarde, no se había olvidado de su ex. Entonces, me juré que nunca más pasaría por lo mismo.

Pamela no sabía qué decir. Por una parte, lo deseaba y sentía deseos de abofetear a la persona que le hubiera hecho sufrir. Por otra parte, se sintió aliviada.

—Lo siento.

—No fue para tanto, la verdad, porque no estaba enamorado de ella, no le había entregado mi corazón, pero fue como un aviso del que mi orgullo salió malherido.

—Me suena la historia.

Ken le acarició los hombros.

—Me hizo volverme más cuidadoso a la hora de salir con mujeres. A ninguno nos gusta que nos utilicen.

«Tú deberías entenderlo mejor que nadie», le pareció leer a Pamela entre líneas.

Era cierto. Lo entendía. Al recordar cómo se había sentido cuando se enteró de que Peter la había utilizado en su propio beneficio, ladeó la cabeza y se mordió el labio inferior.

Desde el principio, cuando había conocido a Ken en la playa,

había sido egoísta. Primero, había querido que la ayudara a librarse del dolor que le había infligido Peter y luego que la ayudara a explorar su sexualidad. No se había parado a pensar en sus sentimientos, aunque él había intentando expresarlos varias veces.

—No me he comportado bien —murmuró.

—Eso no es cierto...

—Sí, sí lo es —lo interrumpió—. Tienes razón. Te he utilizado, Ken. Me has dicho lo que opinabas y yo he ignorado reiteradamente tus deseos. Solo he pensado en lo que yo quería.

Se había mostrado muy egoísta, como su ex, con aquel hombre maravilloso que había sido tan bueno con ella desde el mismo momento en el que se habían conocido. Darse cuenta de ello fue un trago amargo.

—Tienes razón, sí. Perdón.

—No te disculpes. Bueno, tal vez lo de anoche tenía que suceder. Estábamos los dos soltando chispas desde el primer momento en la playa.

Pamela sonrió.

—Eso es cierto.

—Quizás, teníamos que hacer algo con esas chispas para controlar el fuego y no incendiar este lugar.

—¿Y, ahora que hemos controlado el fuego, lo hemos apagado? —preguntó dubitativa.

—No por mucho tiempo, Pamela —contestó levantándole el mentón con un dedo y mirándola a los ojos—. Solo lo hemos controlado durante un tiempo para no abrasarnos vivos.

—¿No quieres que eso suceda?

—¿Y tú?

—¿Quieres que sea sincera o que te mienta?

Ken no y negó con la cabeza.

—Pamela Bradford, eres genial, ¿lo sabes? Nunca he conocido a una mujer tan sincera como tú.

—Bien, entonces, voy a ser muy sincera. Yo sí, a mí me encantaría abrazarte vivo, Ken McBain —le confesó viendo que abría los ojos como platos y se quedaba con la boca abierta. Notó su corazón latiendo con fuerza bajo la palma de su mano y supo que, si quisiera, podría hacerlo cambiar de opinión. ¿Pero de qué le serviría? Sería una satisfacción a corto plazo, estupenda, eso sí, a juzgar por la experiencia de la noche anterior, pero ¿y luego? Presentía que aquel hombre podía significar mucho más que una semana de pasión. Una semana no era nada. De alguna manera sabía que Ken podía ser la persona con la que pasara el resto de su vida.

Era una locura, teniendo en cuenta el poco tiempo que llevaban juntos, pero era cierto. En lo más profundo de su corazón sabía que Ken podía ser la persona de la que se enamorara hasta perder el sentido. Con Peter, nunca había sentido aquello. Lo había sabido desde el principio, desde que él le ofreció su chaqueta.

—Sin embargo, sé que hemos empezado demasiado fuerte —admitió preguntándose cómo podía estar tan segura de lo que acababa de pensar. Después del engaño con Peter, debería fiarse menos de sí misma, pero no lo estaba haciendo.

Porque sabía que algo muy especial estaba ocurriendo entre ellos. Como todo lo bueno, merecía la pena esperar.

—Estoy dispuesta a pisar un poco el freno, si te parece bien. Después de todo, vamos a pasar una semana juntos.

—Seguro que hay muchas cosas que hacer.

—Seguro. Montar a caballo, piragua y baños en mermelada.

—¿Me tomas el pelo?

—No. Hay una extensa lista de juegos.

—No la he visto —dijo Ken casi temeroso de preguntar—. ¿Qué tipo de juegos?

—No he leído la lista entera, pero parece ser que son juegos de rol con disfraces y todo.

—¿Has visto alguno interesante? —preguntó él con una sonrisa.

—Podrías ser un ranger de Texas y llevar esas espuelas que decías.

—No creo que las vaya a necesitar.

—No, no te has caído —rio ella.

—Ja, ja.

—Bueno, yo tampoco me he caído. Tienen muchos juegos de mesa.

—¿Juegos de mesa? Estupendo. Nos sentamos y nos pasamos seis días jugando al Cluedo.

Pamela lo miró de reojo bajo sus largas pestañas.

—El señor McBain, en la ducha, con un tubo muy grande.

Ken contraatacó haciéndola cosquillas hasta que casi se cayó de la tumbona.

—No, no, eso no. ¡Tengo muchas cosquillas!

Ken paró y la atrajo hacia sí.

—¿Te han dicho alguna vez que tienes una lengua muy vivaz?

—¿No te gustaría comprobarlo por ti mismo? —le preguntó sonriendo.

—La verdad es que sí —contestó él sintiendo que el calor de su cuerpo aumentaba varios grados—, pero no hoy.

—Bien —dijo ella fingiendo que el chasco no la había afectado.

—Además, debería haber dicho lengua viperina. Seguro que llevabas a tus padres de cabeza cuando eras pequeña.

Pamela asintió y se acurrucó contra él sintiendo el calor de su cuerpo.

—Sí. Según mi madre, mis primeras palabras fueron «¿por qué?» y «no».

—Mi madre enseñó a mis hermanas que «no» debía ser la primera respuesta de cualquier chica.

Pamela sonrió.

—¿Cuántas hermanas tienes?

—Tres, más pequeñas que yo.

—Seguro que les encantan tus amigos.

—Estuve un año entero preguntándome por qué mis amigos del equipo de fútbol siempre querían ir a mi casa después del entrenamiento.

—Suena bien —dijo Pamela suspirando.

—¿Y tú?

—Soy hija única. Nunca me gustó. Por eso, supongo, me encanta trabajar con niños. Trabajo en un centro para adolescentes con problemas en el centro de Miami. A veces, me viene bien esta boca mía, ¿sabes? Ya es difícil hablar con un adolescente normal, pero con los que yo trato, hay que saber ponerse a su nivel, hablar su mismo idioma, para que sepan que no te pueden torear. Lentamente, van abriéndose.

Ken le apartó un mechón de pelo de la cara y le dio un beso en la sien.

—Seguro que les encantas.

—Normalmente, no —sonrió—. Desde luego, al principio, no. Me lleva mi tiempo romper el hielo. Suelo intentar encontrar algo en común. El baloncesto me ayuda mucho. Así consigo intercambiar canastas por palabras.

—No te sigo.

—Bueno, jugamos uno contra uno. Por cada canasta que yo encesto, ellos tienen que hablar un rato y escuchar. Es una manera de mantener un diálogo con algunos con los que, de otra forma, sería imposible.

—Buena idea.

—Sí, bueno, hay que echar mano de lo que tienes. Mi amiga LaVyrle les pinta a las chicas las uñas. Cuantas más largas las tienen, más dura la conversación.

—Debéis de formar un buen equipo.

Allí, tumbados en la tumbona, vieron el sol subir y comenzar a calentar el patio. Pamela no recordaba cuándo había sido la última vez que había estado tanto tiempo hablando con un hombre.

Hablaba con Peter, sí, pero él se limitaba a asentir y a darle la razón en todo. Ken, no. Él le llevaba la contraria, bromeaba y la desafiaba. Estuvieron diez minutos enzarzados en si Michael Jordan volvería o no a jugar. Pamela estaba convencida de que podría hacerlo.

Ken también le contó cosas. Ella sonreía cuando le hablaba de sus hermanas y fruncía el ceño cuando se trataba de antiguas novias. Le habló de su empresa y se dio cuenta de que era un profesional de éxito. Él y los seis ingenieros que tenía contratados trabajaban en uno de los sectores que más dinero estaba generando. Y, aun así, se había escapado para hacer aquel viaje con ella, para protegerla y conocerla.

Para hacer que se enamorara de él.

Tal vez, no hubiera sido aquella su intención inicial, pero Pamela presentía que era lo que iba a terminar ocurriendo.

En sus brazos, encontraba calor, consuelo y fuerza. Le encantaba su risa y la forma en la que sus ojos grises brillaban a la luz del sol. Las risas desembocaron en besos y caricias. Nada más, a pesar de que ambos eran conscientes de que querían más.

Al final, Ken se apartó sabiendo que, si continuaban allí tumbados dándose besos sin parar, iban a hacer algo que ninguno de los dos tenía intención de hacer.

—¿Tienes hambre?

—Estoy muerta de hambre. Espero que tengan algo más que ostras y champán en este sitio.

—Comida. Si solo tienen ostras y champán, nos comeremos la mermelada del juego.

* * *

El complejo resultó tener un restaurante fantástico. En consonancia con el resto, las mesas del pequeño café estaban unas apartadas de las otras, pero la decoración era más sencilla y la comida era sensacional. Pamela comió como hacía días que no comía.

Incluso le robó algunas patatas a Ken del plato una vez dada buena cuenta de las suyas.

Vieron a otras parejas. La clientela era muy interesante.

—¿Crees que están celebrando sus bodas de oro o serán una pareja de recién casados de verdad? —preguntó Pamela mirando a una pareja mayor que no pasaba del metro cincuenta. Estaban completamente enamorados y había visto al hombre darle pellizcos a la mujer en el muslo varias veces.

—Seguramente, ni se conocerán. Seguro que son un par de desconocidos que han decidido compartir una luna de miel tórrida y apasionada. Como nosotros —sonrió Ken.

—Podría ser —sonrió ella—, pero recuerda que nosotros ya no somos así. A no ser que hayas decidido cambiar de opinión —añadió arrepintiéndose al instante—. Perdón, no lo he dicho en serio.

Ken se encogió de hombros.

—Sí, sí lo has dicho en serio.

—Sí, la verdad es que sí —reconoció bebiendo agua.

Ken no contestó porque ambos se distrajeron ante la llegada de otra pareja joven. Él, vestido con cazadora de cuero negro, y su acompañante embarazada se sentaron en la mesa de al lado y se abalanzaron sobre la cesta del pan. Pamela tuvo que morderse la mejilla por dentro para no reírse cuando empezaron a darse besos sonoros y a llamarse las cosas más ridículas.

—¿Nos vamos, cielito? —bromeó Ken.

—Sí, tontito mío.

Aquel primer día no fueron a la sala de juegos porque encontraron otras cosas que hacer al aire libre. Aunque nunca había montado a caballo, Ken accedió a los deseos de Pamela e hicieron una excursión guiada por las cercanías. Al principio, no quería porque era un chico de ciudad y no le atraía la idea de dejarse los testículos sobre la silla, pero ella lo convenció con su sonrisa y el brillo de sus ojos.

El hotel les daba incluso el almuerzo, que incluía caviar y champán. Cuando se adentraron en el bosque, el guía les dio la cesta de la comida y se fue para que comieran a solas.

—Supongo que tenemos que creer que se ha ido y desnudarnos — dijo Pamela poniendo caviar sobre un panecillo.

—Seguro que tiene una cámara de vídeo.

—Y seguro que está por ahí escondido, detrás de un árbol.

—Pobre. Ha tenido mala suerte con nosotros.

—Sí. Si le hubieran tocado el señor y la señora Geriátrico, le habrían dado un buen espectáculo.

Ken hizo una mueca.

—Se me ha quitado el hambre.

—¿Por qué? A mí, me parece estupendo que estén tan locos el uno por el otro, aunque rondan los cien años.

—Tienes razón, pero prefiero no pensarlo.

No, prefería pensar en ella. Si tenía que pensar en alguien rodando desnudo sobre las agujas de los pinos y las hojas, lo que se le iba a la mente era Pamela y él. Nada le apetecía más que desnudarla y dejar que la luz del sol calentara su cuerpo antes de hacerle el amor durante horas bajo los árboles y el cielo azul.

Habían transcurrido seis horas desde que habían decidido pisar el freno sexual. Seis horas agonizantes de controlar su deseo ante su sonrisa, su risa, su olor y su aliento.

¿Cómo diablos iba a conseguir controlarse durante días? Cada vez le gustaba más, pero no podía tocarla. No era un santo, y presentía que, en unos días, iba a volverse loco.

Aquella noche fueron a Reno y descubrieron que a ninguno de los dos les gustaba el juego. Perdieron treinta dólares en las máquinas tragaperras, se aburrieron y prefirieron ir a ver un espectáculo. A la salida, descubrieron un maravilloso restaurante tailandés y ambos agradecieron comer algo que no tuviera afrodisiacos.

Los demás días transcurrieron más o menos igual. Montando en

barco, nadando, haciendo excursiones a pie y en bicicleta, yendo a las poblaciones cercanas de compras y a cenar. Rieron y se agarraron de la mano, hablaron durante horas y se besaron con tanta ternura, que Pamela se quedaba sin aliento y con ganas de llorar.

No lo habían hablado, pero todas las noches salían. Tenían suficiente con el ambiente carnal del Nidito de Amor cuando les tocaba meterse en la cama.

—Yo dormiré en la *chaise-longue* —dijo Pamela la primera noche. Sin embargo, Ken ya había tomado una almohada y una manta y se disponía a acomodarse en ella.

—Estaré bien. Aquí tengo menos posibilidades de caerme que en esas sábanas tan resbaladizas.

Pamela sonrió y señaló las cuerdas de terciopelo.

—Siempre puedes atarte —le sugirió. Ken miró las cintas—. A mí, no me importaría ayudarte.

Ken le arrojó la almohada y ella se rio mientras se la devolvía y se metía en la cama.

—Podríamos compartir la cama —sugirió—. Los dos estamos muy cansados y sabemos las reglas. Ya llevamos doce horas sin romperlas.

Ken la miró incrédulo.

—¿De verdad piensas que podríamos dormir juntos en esa cama de tortura sin que pasara nada?

Pamela lo pensó. Se imaginó sus piernas entrelazadas, sus cuerpo dejándose llevar por el instinto y por el deseo controlado, haciendo lo que sus mentes les habían negado durante todo el día.

—No, me parece que no —admitió en un murmullo.

Aquella primera noche, Ken durmió en la *chaise-longue*. Y la segunda y la tercera. La cuarta, y ante la insistencia de Pamela, cambiaron.

Durante toda la noche que pasó en vela, se dedicó a mirarlo y a pensar que ojalá tuviera el valor de deslizarse entre las sábanas y acurrucarse contra su cuerpo. No podía hacerlo.

—Es demasiado bonito para ser verdad —susurró en la oscuridad mientras se ponía por enésima vez a contar ovejas.

Aquel viaje se suponía que tenía que haber estado centrado en el sexo. Tenía que haber sido un episodio carnal, salvaje y decadente. Sexo con un desconocido, hacer realidad todas sus fantasías eróticas, una aventura apasionada para recordar siempre.

No había previsto que fuera un viaje de risas y recuerdos compartidos, sonrisas, secretos en voz baja y dedos entrelazados. Cuando se había embarcado en el viaje con él, le gustaba, pero no podía imaginar que, a los pocos días, iba a estar enamorada de él.

Pero así era. Intentó analizar aquel amor, intentó entender cómo estaba tan segura, después de su historial y de su relación con Peter. Simplemente... estaba ahí. En la sonrisa que se le dibujaba cada vez que pronunciaba su nombre, en el vuelco que le daba el corazón cuando él la agarraba de la mano y en su mirada al verlo dormir mientras las brasas dibujaban figuras en su cuerpo.

Le encantaba estar con él, admiraba su inteligencia y le gustaba oírlo hablar de sus hermanas y de su empresa, hablar de deportes y de política. Pero era mucho más. Confiaba en él física, psicológica y emocionalmente. Sabía que sería incapaz de hacerle daño y sabía que ella nunca haría nada que lo hiciera sufrir.

¿Era aquello amor? Sí. Estaba convencida de que lo era.

Estar enamorada de él no quería decir que no quisiera nada sexual con él. No, nada más lejos de la realidad. ¡Cuanto más se enamoraba de él, más lo deseaba! El sábado por la noche había sido puro deseo. Tal vez, el amor se estuviera gestando ya en aquellos momentos, pero ella no hubiera sido consciente. Aquellos fabulosos momentos en la ducha no habían tenido nada que ver con el amor sino con la lujuria. Y habían sido impresionantes.

¿Cómo la haría sentir si se repetía aquello, pero sabiendo que estaba enamorada de él? ¿Cómo sería entregarle su cuerpo y su corazón?

Se moría por descubrirlo. Cuanto antes, mejor.

Capítulo 9

—¿Lista para desayunar?

El jueves por la mañana, Pamela acababa de salir de la ducha y se estaba secando el pelo. Como de costumbre, ambos se habían levantado pronto. Pamela se preguntó si él habría dormido tan poco como ella.

—Dame diez minutos —contestó.

Ken asintió sabiendo que, si decía diez minutos, serían diez minutos. Le había dicho muchas veces que admiraba esa cualidad suya. También le gustaba que fuera terca y que se dejara llevar por su instinto muchas veces en lugar de por su cerebro.

Peter nunca le había dicho eso. En realidad, nadie lo había hecho.

Cuando ya había terminado de vestirse y de pintarse los labios, sonó el teléfono.

—Es LaVyrle —anunció Ken.

Pamela se preguntó para qué la llamaría su amiga allí. Seguro que iba a querer saber quién era ese hombre que había contestado el teléfono.

—Ve bajando tú y espérame en el restaurante. Bajo en unos minutos, ¿de acuerdo?

Ken asintió y le dio un beso.

—Café con leche y sin azúcar, fruta, tostada de trigo y huevos revueltos. Pamela sonrió.

—Vaya, cómo te lo sabes. ¡Bueno, tal vez, haya decidido tomar hoy magdalenas para variar!

—Seguro que no —contestó Ken saliendo de la habitación.

Cuando contestó el teléfono, Pamela seguía sonriendo

maravillada de lo bien que la conocía.

—¿Quién era ese? —preguntó LaVyrle tan directa al grano como siempre.

—¿El botones?

—Sí, claro.

—¿Qué tal el camarero?

—No cuela.

—¿Un guapo guapísimo que me ligué en la playa, al que propuse que se viniera conmigo de luna de miel y del que me he enamorado de pies a cabeza?

—Me quedo con la tercera opción —rio LaVyrle.

—Yo, también.

Pamela le resumió lo ocurrido y le aseguró que Ken no era ni un asesino en serie ni un gigoló que quisiera su dinero. Por fin, consiguió convencer a su amiga de que había tenido la increíble suerte de conocer a un hombre realmente maravilloso. Un hombre que estaba para comérselo, era adorable, al que le encantaban los besos lentos y hacer el amor en la ducha.

—¿Estáis utilizando preservativos?

Pamela no se sintió ofendida por la pregunta. Ambas estaban muy acostumbradas a hacerla en su lugar de trabajo.

—No es que lo necesitemos mucho en estos momentos, pero lo utilizamos cuando fue necesario.

—¿Pero no estabais teniendo una relación intensa y apasionada?

—Sí, pero sin sexo.

LaVyrle suspiró.

—¿No me irás a decir que estás con otro hombre al que no le gusta el sexo?

—Sin duda, le encanta —contestó sonriendo al recordar el episodio de la ducha. «¡Tiene que gustarle para hacerlo tan bien!»

—Dime que no estás con un hombre que te hace dudar de ti misma. Preciosa, ya has pasado por eso y no te ha gustado.

—No te preocupes, LaVyrle. Sé que hay atracción, de verdad, pero hay... otras cosas y hemos decidido controlarnos un poco.

—Bueno, no frenéis demasiado. Te recuerdo que solo os quedan dos días.

—Lo sé —dijo mirando a su alrededor. La alfombra blanca, la bañera, la cama redonda y los espejos—. La verdad es que me da un poco de pena marcharse sin probar todas las posibilidades de este lugar —albergaba la esperanza de poder cambiar eso. Sabía que no iba a aguantar mucho más sin acostarse con él y sabía, por cómo se la comía con los ojos, que él estaba igual—. Bueno, ¿para qué me llamas? ¿Va todo bien? ¿Sabes algo de mi familia?

—Nada —contestó LaVyrle—. Ha venido tu amiga Sue para preguntarnos si sabíamos algo de ti. Me dijo que tu padre la había llamado un par de veces. Como Sue sabía que yo te había visto antes de que te fueras, le dijo que estabas bien y que te habías ido unos días.

—Bien.

—Bueno, no tan bien en realidad.

—¿Por qué?

—Peter también ha ido a hablar con ella.

—¿Peter?

—Sí, está convencido de que Sue sabe dónde estás. No le ha dicho nada, pero, bueno, esa amiga tuya tiene un gran corazón, pero no mucho sentido común.

—No pasa nada, LaVyrle. Aunque Sue le dijera que estoy en el lago Tahoe, no podría encontrarme.

—Bueno, yo solo te lo aviso. Sue me ha asegurado que no le va a decir nada, pero he creído que debías saber que esa rata está buscándote por todo Miami y diciéndole a todo el mundo que necesita encontrarte para aclarar el malentendido. Malentendido le iba yo a dar a ese, sí, con una barra de hierro incandescente.

Pamela se rio aunque no le deseaba ningún mal. No le guardaba

rencor. Se sentía aliviada de haberse librado de él. Peter había sido un canalla, pero ella había logrado salir bien parada, que era lo importante. Además, si no hubiera sido por él, no habría conocido a Ken. Aunque no le había perdonado todavía del todo, tampoco lo odiaba.

Tras charlar unos minutos más con LaVyrle sobre cómo iba el centro, Pamela colgó y bajó al restaurante. Se tomó su tiempo para pararse y mirar de cerca algunas estatuas porque Ken siempre había pasado corriendo ante ellas.

Estaba decidida a averiguar, antes de irse, qué había querido decir la señorita Mona con aquello de que era lo suficientemente alta.

Al entrar en el comedor, vio a Ken sentado en una mesa en una esquina. Él la vio, se levantó, le hizo una seña y se quedó helado.

—¡Ken! —Pamela no había dicho su nombre. Había sido una mujer que iba detrás de ella. Pamela se giró lentamente y se la quedó mirando—. Dios mío, Ken, ¿eres tú? —añadió pasando ante Pamela en dirección a Ken.

Pamela vio que Ken se quedaba tieso mientras la mujer lo abrazaba. Ken la miró como pidiendo ayuda. No, no le hacía mucha gracia haberse encontrado con aquella persona. Bien porque ella parecía encantada.

Pamela cruzó la estancia lentamente mientras estudiaba a la rubia. Era pequeña y cursi, el tipo de animadora que Pamela siempre había despreciado en el colegio. El tipo de chica al lado de la cual ella parecía enorme, de esas que se llevaban los rulos al vestuario para estar perfectas después de un partido de béisbol.

—¡Qué sorpresa! El otro día, estaba pensando en ti —estaba diciendo la mujer cuando Pamela se situó detrás de ella—. Este es el último lugar en el que habría esperado que nos encontráramos.

—Hola, Liz, la verdad es que sí es una sorpresa.

¿Liz? ¿Su exnovia? Pamela apretó las mandíbulas. ¿Por qué tenían que encontrarse con su ex precisamente allí? Debía de haber miles de

complejos para recién casados y tenían que haber ido a elegir aquel. ¿No se podían haber ido al Caribe, a la Riviera francesa o a la Luna?

—Dave y yo estuvimos meses planeando la boda y, al final, nos hartamos, nos fuimos a Las Vegas y nos casamos —rio la mujer haciendo que Pamela se estremeciera como si hubiera clavado las uñas en una tiza—. Vimos el anuncio de este lugar, llamamos, nos dijeron que había habido una cancelación y llegamos anoche.

—El mundo es un pañuelo —comentó Ken consiguiendo que Liz lo soltara. Dio un paso hacia atrás y se topó con la mesa. Miró a Pamela como diciéndole que luego hablarían, se cruzó de brazos y miró a su ex.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Liz sin darse cuenta de que Pamela la estaba mirando desde arriba, observando que le hacía falta teñirse las raíces cuanto antes—. Dios, Ken, no me habrás seguido, ¿no? ¡Lo dejamos hace meses!

Aquella tonta no lo vio porque era demasiado bajita, pero Ken puso los ojos en blanco e hizo una mueca con los labios.

—Liz, llevo aquí desde el sábado —contestó—. No tenía ni idea de que tú ibas a aparecer. Enhorabuena por tu boda. ¿Dónde está tu marido?

—Mirando una excursión para esta tarde —contestó la mujer no tan contenta como antes.

—Le siguen gustando las actividades al aire libre, ¿eh?

—Por eso tuvimos tantos problemas para planear la boda —admitió ella—. Tenía que ser entre la estación de caza, la de esquí y la de buceo. Pero eso ya da igual. ¿Y tú qué haces aquí? ¿Les estás instalando los ordenadores o algo así?

¿Qué te hace pensar que no estoy aquí de luna de miel?

La mujer se rio de nuevo.

—Venga, tonto, pero si sé que no has salido con nadie desde que tú y yo lo dejamos. No ves que hablo con Diana de vez en cuando...

¿Diana? Ah, una de las hermanas de Ken. Bien, quizás él pudiera

aguantar más a aquella estúpida, pero Pamela ya había oído suficiente.

—Cariño, siento mucho haberme retrasado, pero es que no sabes lo que me ha costado quitarme las manchas del cuerpo —dijo Pamela pasando junto a la ex de Ken—. ¡Estaba buena, la verdad, esa mermelada de cereza, pero deja manchas rojas en los sitios más indiscretos! —añadió ignorando su expresión de sorpresa. Le puso los brazos alrededor del cuello y lo besó apasionadamente olvidándose de Liz. Aparentemente, él también se olvidó de su ex y se concentró en aquel beso, un beso lento y sensual que la hizo estremecerse de placer.

¡Cuánto tiempo había pasado sin que se besaran así! Llevaban tantos días controlándose, que el fuego no había hecho más que avivarse. Mientras lo besaba se sintió de nuevo en aquella ducha, volvió a sentir el agua sobre su cuerpo, volvió a oler su deseo y volvió a experimentar sus besos.

—Ejem.

Pamela dejó de besarlo. No le fue fácil, pero sabía que tenían público.

—Lo siento —dijo Pamela—. No he podido resistirme.

—Perdonada —contestó él con la respiración tan entrecortada como ella.

—Te he echado de menos —le dijo en voz baja sabiendo que él sabía a lo que se refería. «He echado esto de menos».

—Yo, también.

Le iba a preguntar qué se le ocurría para ponerle solución, pero Liz los interrumpió.

—¿No me vas a presentar?

Pamela miró por fin a la rubia, que los observaba sorprendida.

—Hola, yo soy Pamela —dijo sin decirle su apellido. No quería presentarse como la mujer de Ken al ver que aquella mujer conocía a su familia. ¡No quería ni imaginarse el revuelo que podría formarse si

se enteraban de que su hijo y hermano se había casado sin decirles nada!

—Encantada —dijo la mujer confusa—. No sabía que Ken estuviera acompañado.

Pamela entendió lo que quería decir en realidad. «No sabía que Ken estuviera saliendo con nadie».

—Habría sido un horror estar aquí solo —comentó Pamela oyendo a Ken reírse disimuladamente.

—Así que estáis...

—De vacaciones —dijo Ken.

Pamela sabía que la mujer se moría por preguntarle más cosas, pero se contuvo y Pamela supo apreciar el detalle. Así que no era tan boba. Parecía que tenía tacto.

—Me alegro mucho de conocerla —dijo Liz dándose cuenta de que no le iban a decir nada más—. Tiene suerte. Ken es un hombre... muy especial.

Pamela se dio cuenta de que lo había dicho como con melancolía. ¿Se arrepentiría de haberlo abandonado? Por lo que habían dicho, su marido no parecía el tipo de hombre romántico que tuviera detalles con ella a no ser que tuvieran algo que ver con irse de acampada o a pescar.

Sin embargo, Ken, bueno, él era el tipo de hombre que le daba su chaqueta a una mujer, que la besaba hasta extenuarla, que la metía en la cama sola, que rescataba su vestido de novia de una muerte segura en la hoguera, que se iba de luna de miel con una desconocida, le hacía el amor hasta hacerla enloquecer de placer e insistía en que tenían que conocerse mejor.

Ese era Ken. Su Ken. Se arrimó a él, le pasó el brazo por la cintura y reposó la cabeza en su hombro. Él la besó en la sien y ella suspiró. No para fastidiar a Liz, sino de felicidad.

La otra los miró y desvió la mirada rápidamente.

—Bueno, me voy a ir a ver dónde está mi marido —dijo Liz

dándose la vuelta. Justo entonces, entró en el comedor un rubio muy guapo y saludó con la mano. Liz sonrió—. ¡Aquí está! Quiero que lo conozcas —le dijo a Ken.

Pamela oyó el quejido apenas audible de Ken. Estupendo. Primero, se encuentra con su ex y, para colmo, le iba a presentar al hombre por el que lo había dejado. Pamela deseó que se hubieran quedado desayunando en la habitación. No, mejor, en la cama. Juntos.

—Mañana —murmuró decidiendo que la parte platónica de su luna de miel tocaba a su fin.

Cuatro días. Le había dado cuatro días. Más de la mitad de las vacaciones. Se había controlado y se había concentrado en conocerlo mejor. Estaba segura, al cien por cien, de que estaba loca por él y de que lo habría estado también si Peter Weiss no hubiera existido. Aquello no era por despecho. Aquello no tenía nada que ver con sentimientos heridos ni con querer perder la virginidad.

No, aquello era que Pamela, como mujer, quería estar con Ken, el hombre del que se había enamorado. Punto. Ya era hora de decírselo. Pero, primero, había que lidiar con la ex.

No sabía si Dave sabría que su mujer había estado saliendo con Ken el año anterior, pero si era así no parecía importarle porque lo saludó con un buen apretón de manos. Liz propuso que desayunaran juntos. Lo que se adivinaba como algo horrible resultó no serlo porque Liz resultó ser más agradable de lo que parecía. Pamela nunca habría sido su amiga, pero era divertida y agradable. Parecía realmente feliz de que Ken hubiera encontrado a alguien, aunque a ella no se le escapó cómo los miraba cada vez que Ken la agarraba de la mano o le quitaba un mechón de pelo de la cara.

Dave era un tipo fanfarrón, realista y con un gran corazón. Liz y él ya eran novios en el instituto. Aunque era obvio que la adoraba, no se le daba muy bien demostrárselo románticamente. En plena luna de miel y se ponía a hablar de pesca. Incluso los invitó a acompañarlos

en su caminata de cinco horas.

—No, gracias, Dave. Es muy amable por tu parte, pero creo que estoy empezando a constiparme —se disculpó Pamela— y quiero que Ken se quede conmigo en la habitación esta tarde para curarme —añadió sabiendo que Ken sabía perfectamente a lo que se refería—. ¿Verdad que me vas a cuidar muy bien, cariño? —le preguntó mirándolo. Ken la miró a los ojos, sonrió lentamente y no contestó, pero le apretó la mano.

Durante el desayuno no la estaba tocando más de lo que lo había hecho los días anteriores, pero, con cada roce de sus dedos, Pamela sentía un escalofrío por la columna. No podía parar de pensar en el beso. El deseo estaba allí de nuevo, entre ellos, tan potente como el sábado. Pamela sabía que Ken también lo estaba percibiendo. Estaba sentado en una postura relajada, pero su cuerpo estaba tenso y alerta. Cuando ella se movió y lo rozó con la cadera, él pegó un respingo.

—Además —continuó Pamela sabiendo que Ken la escuchaba muy atento—, a Ken y a mí solo nos quedan unos días para tener que volver a Florida, así que casi prefiero quedarnos en el hotel, disfrutando de todas sus actividades.

—Qué bien suena eso —dijo Liz.

—Puff, qué aburrido —intervino Dave riendo—. Podemos hacer el vago en casa. Estamos de vacaciones. ¡Hay que hacer cosas! —dijo. Su mujer suspiró y sonrió cuando él la agarró de los hombros y la apretó con sí.

Terminaron de desayunar y se quedaron charlando. Pamela se moría por irse. No quería más que irse a la habitación a ver si Ken estaba tan dispuesto como ella a dar por zanjada aquella relación platónica.

—Acabo de acordarme de que tengo que hacer una llamada, cariño —anunció—. Termínate el café y reúnete conmigo arriba, ¿de acuerdo?

Los otros dos no se estaban dando cuenta de lo que estaba pasando en realidad, pero a Ken se le iluminaron los ojos y se le dibujó una gran sonrisa.

—Muy bien. Después de la llamada, hay algo de lo que tenemos que hablar.

Pamela asintió y le dio un beso en la mejilla. Cuando le había mordisqueado el lóbulo de la oreja, solo se había estremecido ligeramente.

Ella no podía controlarse tanto. Cuando él había contraatacado deslizando la mano entre sus muslos, Pamela no había podido evitar un grito ahogado de sorpresa. Ken sonrió y le acarició la delicada piel bajo el dobladillo de los pantalones cortos que llevaba. Pamela se dio cuenta de que la otra pareja los miraba con curiosidad y decidió levantarse a pesar de que le temblaban las piernas.

—Me alegro mucho de haberos conocido. Espero que nos veamos antes de irnos —añadió intentando disimular que las caricias de Ken la habían dejado tan excitada, que no podía ni pensar con claridad.

—Claro —dijo Dave—. Podríamos hacer algo juntos. Es más divertido con otra pareja. Bueno, cuando se te haya pasado el resfriado, claro.

—Ya veremos —contestó Pamela mirando a Ken significativamente—. Tal vez, estemos un poco liados estos días.

—Sí, tienes razón —contestó Ken ladeando la cabeza y entrecerrando los ojos. Sí, se estaba refiriendo a las cintas de terciopelo de la *chaise-longue*—. Sin embargo, sí que me apetecería montar.

Pamela tuvo que agarrarse al respaldo de la silla de la que se acababa de levantar. Mientras cruzaba el restaurante, se preguntó si la gente se estaría dando cuenta de que le flaqueaban las piernas. No le importaba, la verdad, como tampoco le importó que una doncella la mirara cuando sonrió al mirar una de las estatuas del vestíbulo.

Minutos. Solo tenía unos minutos para prepararse. Ken no

tardaría en llegar y todo tenía que estar perfecto.

Ken no quería otra taza de café. Podría haberse ido perfectamente con Pamela. Desde luego, no se sentía obligado en absoluto a estar sentado allí con Dave y Liz charlando de nimiedades. Desayunar con su ex y su marido no era lo peor que le había sucedido en la vida, pero tampoco era lo que más le apetecía en su luna de miel, aunque no fuera de verdad.

No era la compañía ni el café lo que le impedía subir a la habitación. Tampoco era la llamada que Pamela tenía que hacer. Ya le había dado tiempo de hacerla.

Estaba posponiendo el momento. Se sentía como un crío que tuviera los exámenes finales antes de irse de vacaciones de verano, unas vacaciones bien merecidas y estupendas.

La diferencia era que él no tenía exámenes finales sino una conversación. Una explicación. Una disculpa. Esperaba que no fuera final en ningún aspecto. Si tenía suerte, podrían pasar a la parte merecida y estupenda.

Los últimos cuatro días habían sido maravillosos, se habían reído sin parar, habían tenido conversaciones profundas y los sentimientos habían aflorado entre ellos. Sí, había sentimiento en lo suyo y él quería que fuera a más y que durara para siempre, para toda la vida.

Había intentado enfadarse consigo mismo por hacer precisamente lo que se había propuesto no hacer. Enamorarse de Pamela Bradford. Demasiado tarde.

Como ya había sospechado la primera vez que la había visto, la primera vez que su padre le había hablado de ella, Pamela le había parecido irresistible. Era divertida y seria, sensual y vulnerable, considerada y atrevida. Una interesante mezcla de vampiresa y virgen.

Ken había pensado esperar a haber vuelto a Florida para contarle por qué la había acompañado, que estaba en la despedida de soltero y que su padre le había pedido que cuidara de ella. Sin embargo, no

podía esperar porque sabía que no era él el único que sentía algo. Sabía que Pamela también se había enamorado de él. Confiaba en que lo conociera lo suficiente como para entenderlo cuando le contara la verdad. Cuanto más lo retrasaba, más culpable se sentía.

Además, no creía que fuera a ser capaz de esperar a estar en Miami para volver a hacer el amor con ella. No, sabiendo lo que sentía por ella y lo que ella sentía por él.

Había llegado el momento de dejar las cosas claras... por eso, había pedido otra taza de café que no le apetecía nada y estaba escuchando la aburrida charla de su ex y las explicaciones de Dave de por qué la pesca en agua helada era buena para la próstata.

No se dio cuenta de que había transcurrido una hora hasta que llegó un camarero con una nota.

Ken miró el papel, reconoció la letra de Pamela y la leyó:

O vienes ahora mismo o empiezo sin ti.

Le temblaron las manos y se le cayó el papel al suelo. Había llegado el momento de irse.

Se despidió de Dave y de Liz y salió del restaurante sin saber muy bien qué se iba a encontrar. ¿La virgen? ¿La seductora? ¿La loca del baloncesto? Todavía seguía preguntándose cuando entró en la habitación, cerró la puerta y la vio.

La vampiresa.

—Cuero negro —murmuró con voz seductora mientras sus ojos recorrían su cuerpo.

Estaba tumbada sobre la alfombra blanca y el sol de la mañana la bañaba con sus rayos. Se había soltado el pelo, que le caía en cascada sobre los hombros desnudos. Los rizos castaños y voluminosos descansaban sobre las almohadas sobre las que estaba apoyada.

Ken reunió valor y siguió paseando la mirada hacia su cuello, la piel suave y apetecible de su nuca, las pálidas curvas de sus pechos, realzados por el corsé negro de cuero. Era uno de esos tipo Madonna, de cuero y tachuelas de metal. Era apretado en la cintura y más

apretado todavía bajo los pechos, que quedaban al descubierto hasta los pezones, y tenía un lazo negro que mantenía el conjunto en su sitio.

Deseó deshacerlo con los dientes.

También quería explorar la franja de piel que quedaba al descubierto desde donde terminaba el corsé hasta el elástico de las diminutas braguitas negras que llevaba.

Sus larguísimas piernas se extendían desde sus redondas caderas hasta unos zapatos de tacón. Pamela se cambió de postura bajo su atenta mirada y se restregó contra la alfombra. La vio abrir la boca para suspirar ante las sensaciones que estaba experimentando y se maravilló de su sensualidad.

Ken tomó aire y se estremeció.

—¿No habrás empezado sin mí? —preguntó yendo hacia ella.

—¿Querías que lo hiciera? —ronroneó ella.

Qué estupenda idea. Le encantaría ver a Pamela dándose placer ella sola, enseñándole lo que le gustaba.

—En otra ocasión, por supuesto.

Pamela sonrió sabiendo que las reservas de Ken se habían esfumado casi por completo. Bastaría con un movimiento de pelo para que las perdiera rápidamente.

—Has tardado mucho —le dijo tendiéndole la mano para que se tumbara con ella en la alfombra.

Ken se reprochó no haber subido antes. ¿Cómo se había retrasado tanto? Entonces, lo recordó. La conversación aquella tan importante. Lo había olvidado al verla.

—Quería hablar contigo —dijo carraspeando—. Seriamente.

Pamela negó con la cabeza.

—Ahora, no. Ya hemos hablado bastante estos cuatro días.

—Pamela...

—Luego, Ken. Ya hablaremos luego. De lo que quieras. Lo único que quiero oír ahora es que te mueres por estar dentro de mí. Si no

siento tu cuerpo desnudo pronto voy a volverme loca.

Pamela se puso de rodillas y Ken se olvidó por completo de la conversación. En esos momentos, lo que importaba era otra cosa. Por primera vez en su vida, iba a acostarse con una mujer a la que realmente quería.

Todo lo demás podía esperar.

Ella dejó caer la cabeza hacia atrás y lo miró con una sonrisa misteriosa y prometedora.

—Quítate eso —le ordenó señalando la camisa.

Al recordar que él le había dicho lo mismo el sábado por la noche, Ken sonrió.

Se le borró la sonrisa cuando la vio ir directamente a la cremallera del pantalón. Mientras él se quitaba la camisa, ella le desabrochó los pantalones y se los bajó hasta las caderas. Pamela suspiró encantada mientras acariciaba su erección, que amenazaba con romper los calzoncillos.

Me parece recordar que el sábado por la noche nos interrumpieron —dijo ella con voz ronca. No le dio tiempo ni a contestar. Pamela le bajó los calzoncillos y deslizó su boca húmeda alrededor de su miembro.

Estaba dejándose llevar por el instinto y el deseo, estaba sacando el lado sensual que llevaba oculto. Nunca lo había hecho antes y temió hacerlo mal, pero al oír los jadeos de Ken supo que lo estaba haciendo de maravilla. Le gustaba cómo sabía, sentir sus manos en el pelo y oír sus gemidos, pero no duró mucho.

—No sigas porque no aguantaré mucho más —le advirtió Ken apartándose y desnudándose por completo.

Pamela seguía de rodillas pensando que nunca había visto un cuerpo masculino tan bello y perfecto. Todo suyo. Sintió que el deseo más desenfrenado se apoderaba de ella sin remedio. Tembló de pies a cabeza y decidió que lo quería probar todo, absolutamente todo.

De momento, su boca. Ken se arrodilló frente a ella y la besó

dulce y largamente hasta casi hacerla gritar de placer.

—Te quiero, lo sabes, ¿verdad? —dijo Ken mientras la tumbaba sobre la alfombra.

—Sí —contestó ella entra suspiros, lágrimas y el retumbar de los latidos de su corazón—. Yo también te quiero. Me parece que empecé a quererte cuando me diste tu chaqueta en la playa.

—Es una locura —susurró él—. Me juré a mí mismo que esto no ocurriría, pero sé que estoy haciendo bien. No he estado tan seguro de nada en mi vida.

Ken fue bajando hasta besarle los pechos y llegar al lazo, que deshizo finalmente con los dientes. Al hacerlo, el corsé se abrió y dejó al descubierto su cuerpo, que él se apresuró en colmar de besos. Fue bajando hasta su vientre sin olvidarse ni un momento de acariciarle los pechos.

Pamela se quitó el corsé y deslizó la palma de su mano por el vientre. Vio que él observaba maravillado cómo se tocaba. Llegó hasta la cinturilla de las braguitas negras y se las quitó, dejando a la vista aquellos rizos oscuros que lo hicieron gemir.

Pamela estaba disfrutando de aquel poder sexual que ejercía sobre él y de la complicidad sexual que compartía con él. Sabía que podía hacer todo lo que quisiera. Cualquier cosa.

Alargó el brazo y agarró un frasco que había junto a la chimenea.

—¿Te importa? Es que el aire de la montaña me ha reseca la piel.

El hotel se había encargado de dejar en la habitación un buen surtido de aceites esenciales perfectos para realizar masajes de lo más sensuales. Deseaba sentir sus manos por todo su cuerpo y luego hacerle lo mismo a él.

Lo miró con expresión inocente y se tumbó boca abajo en la alfombra, sintiendo lo sensibilizada que tenía ya la piel.

—Será un placer —contestó él agarrando el frasco y abriéndolo—. Huele bien.

—Se llama «Noche en Nueva Orleans». Llévame. Por lo visto, es afrodisíaco.

—No creo que nos haga falta —dijo Ken echándose un poco en las manos y dejando el frasco en el suelo.

Alargó las manos hasta sus hombros y acarició su piel para que el aceite penetrara. La suavidad de sus manos y la textura del aceite hacían que cada uno de sus movimientos fuera una delicia. Sus manos no la tocaban, más bien se deslizaban, haciéndola sentir un inmenso placer en las terminaciones nerviosas. El olor la envolvía y la hizo pensar en un jardín bajo un cielo estrellado, rodeada de flores y amor.

Sus manos avanzaron por todo su cuerpo haciéndola gemir de placer. Lo miró y vio su cara llena de pasión. Rodeada por el aroma que emanaba de él y con su propia respiración entrecortada, se sintió más que nunca en conexión con sus sentidos.

—Podría estar días tocándote —dijo Ken.

—Te quiero dentro —dijo ella con voz ronca. Ken deslizó las manos entre sus muslos y la despojó de las braguitas. La tocó con manos expertas y deslizó un dedo en el interior de su cuerpo mientras la besaba apasionadamente. Cuando alcanzó con la yema del dedo pulgar el lugar más sensible de su cuerpo, Pamela gritó y alzó las caderas—. Ken, por favor, ya.

Ken tomó uno de los preservativos que ella había dejado junto al aceite, se lo puso y se colocó encima de ella. Su cuerpo estaba hidratado y olía de maravilla. Abierto y listo para él. La agarró de la cara mientras la penetraba. No hubo dolor. Solo posesión dulce y serena.

Si el sábado por la noche todo había sido deseo instintivo y lujuria, en aquellos momentos estaban todos los demás elementos necesarios para hacer el amor. Había deseo, por supuesto, y erección, claro que sí, pero también mucha ternura y mucha pasión. Se movían al compás como si fueran una sola persona, anticipándose a los

movimientos del otro. Fueron moviéndose cada vez más deprisa hasta que Pamela gritó de placer.

Ken le tapó la boca a besos y comenzó a moverse todavía más rápido. Pamela puso las piernas alrededor de él y ni siquiera se dio cuenta de que él le agarraba una y se la apoyaba en el hombro. La siguiente embestida fue mucho más profunda y Pamela jadeó de sorpresa al sentirlo tan dentro de ella. Sus movimientos se volvieron a acompasar siguiendo ese ritmo frenético que solo ellos oían.

Cuando alcanzaron juntos el clímax, Pamela supo que aquel hombre iba a formar parte de ella. No durante una semana, no para una aventura ni un encuentro sexual. Aquel hombre era su alma gemela.

Lo sabía. Su corazón lo había sabido desde el primer momento.

Capítulo 10

—Enséñame a lo que la señorita Mona se refería cuando dijo que yo era alta.

Si Ken no acabara de depositarla entre las agradables burbujas de la bañera, seguramente se le habría caído de los brazos.

—Nos ahogaríamos.

—Digo, luego —dijo ella tirándole agua a la cara y apretando su cuerpo desnudo contra el suyo.

Aunque solo hacía media hora que habían hecho el amor sobre la alfombra, Ken se dio cuenta de que su cuerpo estaba reaccionando ante la proposición. Estaba claro que Pamela estaba decidida a explorar su sexualidad y él estaba decidido a echarle una mano. En eso estaba pensando precisamente cuando ella había deslizado sus labios sobre su erección antes. Al recordarlo, gimió.

—Luego.

Pamela se metió hasta el cuello en el agua y disfrutó de la temperatura y de las burbujas.

—Espero no tener que esperar mucho —murmuró—. Me muero de ganas por saberlo todo.

—He creado un monstruo —rio él—. No sé si voy a estar a la altura de las circunstancias.

—Hasta ahora, vas bien —contestó arrimándose a él. Al deslizar una pierna por encima, percibió la erección—. Muy bien, sí.

Incapaz de resistir la provocación, Ken la agarró del pelo y la besó con tanta pasión que ambos quedaron jadeando.

—¿Quieres que nos vayamos dentro? —preguntó con voz ronca. Aunque allí estaba muy bien, quería meterla en la cama y hacerle el

amor de nuevo.

—Este patio es completamente íntimo. Creo que está especialmente pensado para que puedas hacer todo lo que quieras — dijo colocándose sobre él. Ken se moría de ganas por entrar en su cuerpo.

—Estaría bien hacerlo por una vez en la cama, para variar, ¿no? Además, no hemos traído preservativos.

—Tienes razón —dijo ella haciendo pucheros—, pero aquí fuera se está tan bien.

Ken gimió cuando ella se metió la punta de su erección. Nada más. Descansó las manos sobre el borde de la bañera por detrás del cuello de él y le puso los pechos delante. Ken no pudo resistirse y se lanzó sobre ellos. Su cuerpo no podía más, quería entrar dentro de ella, pero se controló.

—Pamela, vámonos dentro. No quiero hacerlo sin preservativo. Por ti.

—¿Has tenido muchas parejas? —preguntó ella mirándolo con curiosidad y miedo.

—Menuda pregunta para un momento como este —contestó él intentando no caer en la tentación.

—Sabes que yo no me he acostado con nadie más que contigo, así que yo estoy sana y tú no pareces de los que lo haces a la ligera, así que supongo que tú tampoco tendrás nada.

Ken entendió a lo que se refería.

—No te preocupes por eso. Estoy sano también, pero hay otros asuntos. Unos que lloran, son pequeños y llevan pañales —Pamela se rio y bajó las caderas un poco más haciéndolo gemir—. Me estás matando —murmuró Ken.

—¿No te gustan los niños? —preguntó Pamela un tanto seria.

¿Niños? ¿Suyos? Aunque, en otro momento, aquella pregunta habría sido como para que se le bajara la erección, sintió un gran bienestar al pensar en ello.

—Sí, sí me gustan cariño, pero, ¿qué te parece si primero terminamos la luna de miel y luego quedamos un par de veces antes de decidir el nombre que les vamos a poner?

Pamela suspiró y se levantó.

—Bien. Tú ganas —sonrió—. Me alegro.

—¿De qué?

—De que te gusten los niños. A mí, también.

Ken sabía que estaba hablando del futuro, de su futuro juntos.

—Estamos hablando de la furgoneta familiar y de los hijos que vamos a tener, ¿no? —Pamela asintió—. ¿Estás segura?

—Podríamos estar saliendo un año, pero estaré igual de segura entonces que ahora. Sé lo que siento por ti —contestó sinceramente.

Su sinceridad lo maravilló. Se quedó mirándola y se preguntó cómo era posible que su vida hubiera dado un giro tan estupendo en tan pocos días.

¿Existían de verdad las almas gemelas? ¿Había sabido que ella era la suya al verla por primera vez? ¿Por qué, si no, no había podido dejar de pensar en ella desde que la conoció?

Era como si algo dentro de él hubiera estado repitiéndole que estaban hechos el uno para el otro. Era obvio que ella opinaba lo mismo. ¿Cuánta gente tendría la suerte de dar con su alma gemela y saber reconocerla?

—Ahora vuelvo —dijo ella con una sonrisa—. No te vayas —añadió saliendo desnuda de la bañera bajo el sol de la mañana. Agarró una toalla y se cubrió lentamente, como si supiera que él la estaba mirando.

—¿Seguro que no quieres que vaya contigo? —preguntó sin poder apartar la vista de su pelo, que le rozaba los pechos—. Todavía tenemos que estrenar la cama.

Pamela se paró y se quedó pensativa.

—Sí, buena idea, pero para esta noche —contestó—. Ahora quiero estar aquí fuera contigo, escuchar el canto de los pájaros y respirar

aire puro. Esto de estar desnudo al aire libre es decadente, ¿verdad? Aunque no haya nadie mirando —Ken asintió—. Claro que la noche que nos conocimos en la playa, también iba medio desnuda.

La noche que se conocieron. La playa. Ken cerró los ojos y recordó la conversación que tenían que mantener.

—Pamela, espera. Antes de que te vayas dentro, antes de que, eh... bueno, hay algo de lo que quiero hablar contigo. Quiero dejar las cosas claras. Verás, no fue una casualidad que nos encontráramos aquella noche en la playa.

Pamela levantó una ceja y se rio.

—Claro que no, tonto —dijo. Ken se quedó de piedra y se preguntó si lo sabía todo—. Fue el destino, Ken —añadió con una sonrisa sincera que lo atravesó como si fuera un rayo.

Su dulzura, su confianza y su alegría lo conmovieron profundamente. Y él tenía que destrozar esa confianza diciéndole que la había engañado aunque hubiera sido para protegerla.

Quería decírselo y que lo comprendiera, aunque ni él sabía cómo era posible que hubiera sentido algo tan fuerte por ella desde el primer momento. Pero así era.

—No fue solo el destino —dijo—. ¿Crees en el amor a primera vista?

—Claro que sí —contestó ella—. ¿No te he dicho antes que eso fue lo que yo sentí por ti cuando me diste tu chaqueta? —añadió yendo hacia él y besándolo suavemente en la boca—. El destino —añadió entrando en la habitación sin darle oportunidad de explicarse.

Amor a primera vista y destino. Más la despedida de soltero de un tipo al que no soportaba en la que todos los presentes habían visto a la mujer que quería en tanga y ligueros.

Había llegado el momento de aclarar las cosas.

Pamela entró en el baño para cepillarse el pelo y recogerse antes de agarrar los preservativos. Había tomado un buen manojito y se había reído mentalmente al imaginarse la cara que iba a poner Ken.

Salió del baño y oyó que llamaban a la puerta.

—Vaya, estupendo —murmuró preguntándose quién osaba molestarles cuando el cartel de No Molestar estaba puesto. Era cierto que el hotel solía llevar sorpresas a las habitaciones. Como el champán de la primera noche o una tarta de chocolate y frambuesas otra noche—. Ya voy —dijo curiosa poniéndose un pantalón de chándal y una camiseta de Ken para cubrirse.

Menos mal que lo hizo porque, al ver quién era, si solo hubiera llevado la toalla, seguramente se le habría caído.

—¡Peter!

—Hola, cariño.

—No puede ser. No estás aquí.

—¿Puedo pasar?

—No.

—Pamela, tenemos que hablar y preferiría no hacerlo en el pasillo.

—No tenemos nada de lo que hablar —contestó cerrándole la puerta.

—Por favor, cinco minutos —dijo él poniendo el pie.

—Lo único que vas a conseguir es que te rompa el pie. No me puedo creer que me hayas seguido hasta aquí.

—¿Cómo no iba a hacerlo sabiendo que estabas sola y con el corazón partido por el malentendido aquel? En cuanto me enteré de dónde estabas, decidí venir.

¿Malentendido? Sí, claro.

—¿Cómo has averiguado dónde estaba?

—Sue.

—Eso no es cierto porque ella no sabía dónde íbamos a pasar la luna de miel. Ya no se te da bien mentir, ¿eh?

—Me dijo que te habías venido al lago Tahoe —admitió—. Cuando vi los folletos de este sitio, supuse que estarías aquí —añadió mirando la habitación. Al ver la bañera, la alfombra y la cama, se le

pusieron los ojos como platos—. Y no podía soportar pensar que estabas aquí sola, deprimida y triste.

—¿Qué folletos? ¿No serán los que estaban en un cajón de mi mesa en mi casa? —preguntó Pamela. Peter bajó la mirada—. Eso es allanamiento de morada.

—No, eso es desesperación. Tenía que averiguar dónde estabas para explicarte todo.

—No, lo que tienes que hacer es montarte en un avión, volver a Miami y no volver a acercarte a mí en la vida.

—Pam, cariño, sé lo desgraciada que te sientes. Estás hecha un asco, metida todo el día en la habitación. Mira qué pinta tienes.

—¿Qué pinta? —dijo ofendida cruzándose de brazos.

—Bueno, se ve que estás tan mal, que no tienes ni ganas de vestirme por las mañanas. Supongo que estarás todo el día metida en la cama, llorando y sin ver a nadie. Eso no es bueno.

—Peter, quita el pie antes de que grite pidiendo ayuda.

—No digas tonterías. Supongo que en este sitio nadie hará caso de los gritos —dijo mirándola lascivamente. Lo que se suponía que tenía que haber provocado en ella calentura sexual, diversión o encanto solo provocó asco.

—Si grito, no vendrá un botones, sino el tipo que está en mi bañera de hidromasaje.

Peter sonrió paternalmente.

—No disimules. Sé que he sido un idiota por no decirte lo que siento por ti. No hace falta que intentes darme celos.

Pamela oyó la puerta del patio que se abría y vio que Peter se quedaba de piedra. ¿Quién está ahí?

—El tipo de mi bañera de hidromasaje.

Tendría que haber sentido algo de satisfacción al ver su expresión, pero no le importaba en absoluto. Lo único que la molestaba era que los había interrumpido. Si no hubiera aparecido, en aquellos momentos, Ken y ella estarían haciendo buen uso de la bañera.

—Pamela, ¿por qué tardas tanto? —preguntó Ken. Ella se giró y lo vio entrar. Desnudo. Mojado. Reluciente. Maravilloso. Cuando la vio en la puerta, ladeó la cabeza y, al ver a Peter, se quedó paralizado.

Peter se quedó mirando a Ken, confundido y sorprendido. Pamela tuvo que disimular una sonrisa porque sabía que Ken era de los que hacía que los demás hombres, a su lado, se sintieran pequeños.

—¿McBain? —murmuró Peter—. ¿Ken McBain? —Pamela no entendía nada. Los miró a ambos. Ken agarró una toalla y se cubrió. Peter seguía sin poder moverse—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí con mi prometida?

—No soy tu prometida —contestó ella sin enterarse de lo que estaba sucediendo. ¿Se conocían?

—Pamela, ¿qué está haciendo él aquí? No habrás... no has —dijo mirando la habitación y a Ken, que estaba de pie junto a la puerta del patio—. ¿Cuánto tiempo llevabais liados? ¿Me estabas engañando con él antes de nuestra ruptura? —Peter parecía más sorprendido que enfadado—. No sabía que os conocierais.

—¡Yo tampoco sabía que vosotros os conocierais! —exclamó Pamela mirando a Ken y viendo una expresión de disculpa en su rostro—. ¿Ken?

—Pamela, cierra la puerta y ven fuera a hablar conmigo.

—¿Lleváis aquí toda la semana? —interrumpió Peter mirando a Ken—. Claro. Nadie te ha visto desde la noche de la fiesta. Y obviamente Jared lo sabía. Por eso no ha dicho nada cuando no has aparecido por la oficina en toda la semana.

¿Jared? Pamela tomó aire sin poder creérselo. ¿Ken trabajaba para su padre?

—Dime que no es cierto —murmuró.

—Claro que es cierto —dijo Peter.

—Tú, cállate —dijeron Pamela y Ken a la vez.

—Pamela, puedo explicártelo —dijo Ken—. Cierra la puerta y vamos a hablar.

La verdad era que se estaba cansando de que los hombres siempre le dijeran que podían explicárselo. Primero, Peter y luego, Dios, Ken. Negó con la cabeza sin poder entenderlo.

Intentó darle sentido a las palabras de Peter. ¿La noche de la fiesta? ¿Aquella fiesta?

—¿Estabas allí? ¿Lo viste todo?

Ken asintió a su pesar.

—Cariño, lo sentí muchísimo por ti.

—Menudo caradura. Al verte destrozada, vio la oportunidad de colarse en tu cama —rio Peter.

Pamela le cerró la puerta en las narices. Peter llamó un par de veces y luego se dio por vencido. Por lo que lo conocía, seguro que estaba fuera escuchando a ver si se peleaban.

Pero Pamela no tenía fuerzas para discutir.

Peter le había hecho daño.

Ken. Bueno, Ken simplemente la había destrozado.

—Pamela, escúchame.

—Déjame en paz —dijo en voz baja.

—Pamela, no es lo que tú crees. Sí, estaba en aquella fiesta. No conozco apenas a Peter ni a los demás que estaban allí. Solo llevaba unas semanas en Miami. Yo me iba justo cuando tú llegaste. Cuando te vi y vi lo que pasó, solo pensé en ir detrás de ti para ayudarte para ver si estabas bien —dijo intentando agarrarle la mano. Pamela retiró la mano y se cruzó de brazos.

—Por eso nos encontramos en la playa —dijo sintiéndose igual de mal que mientras oía sentada dentro de aquella tarta los motivos por los que Peter quería casarse con ella.

—Quería asegurarme de que llegabas bien a casa.

—¿Cómo favor a mi padre, que es tu jefe?

—No fue así.

—¿Cómo fue, entonces? ¿En qué me he equivocado? Me viste en el momento más humillante de mi vida. Me seguiste, me llevaste a

casa y te viniste de viaje conmigo. Conseguiste que me enamorara de ti —añadió con la voz rota. Ken volvió a intentar tocarla, pero ella volvió a echarse para atrás—. Solo hay una cosa que no has hecho. En ningún momento, me has dicho la verdad.

—Lo he intentado hace un rato.

—Mejor una semana tarde que nunca, ¿eh?

—Tenía miedo de que, si te lo decía antes de que me conocieras lo suficiente como para saber que me estaba muriendo por no decírtelo, te irías y no me dejarías ayudarte.

—¿No será más bien que no te habría dejado meterte en mi cama?

Ken maldijo y se pasó las manos por el pelo. Estaba guapísimo con la toalla blanca atada a la cintura y el torso al descubierto.

—¿No te das cuenta de que temía que vinieras aquí sola y alguien volviera a aprovecharse de ti?

—¿Y no es eso exactamente lo que ha sucedido? —le espetó. Ken se quedó sorprendido y dolido ante la acusación, pero ella no se amilanó—. Por favor, vete.

—Pamela, podemos superarlo.

—No sé si podemos o no, pero quiero que me contestes sinceramente a una pregunta.

—Lo que sea.

—¿Te pidió mi padre que vinieras conmigo? —le preguntó mirándolo fijamente para que entendiera lo importante que era aquel momento para ella. Para ellos.

Vio la contestación en sus ojos al instante y aquello le rompió el corazón por completo.

—Pamela, no vine por eso. Me lo pidió, pero...

—No hace falta que me digas nada más. Quiero estar sola. Vete y déjame sola un rato para pensar e intentar asimilar lo que ha pasado —gritó con lágrimas en los ojos. No quería llorar delante de él. Quería que se fuera y la dejara a solas con sus pensamientos.

—Pamela, te quiero —dijo con extrema dulzura—. Lo sabes. Esto no cambia lo que sentimos el uno por el otro. No he tenido valor para decirte la verdad y me arrepiento.

Pamela sacudió la cabeza. Estaba cansada, confundida y destrozada. ¿Estaba enamorado de ella? Quizás así lo creyera él o quizás estuviera enamorado, como Peter, de la idea de tener un suegro rico. No lo sabía. Era todo demasiado reciente. Llevaba una semana en una montaña rusa de emociones y ya no se fiaba de sí misma.

—Por favor, dame tiempo —contestó en voz baja. No esperó una contestación. Se dio la vuelta, se metió en el baño y cerró con llave.

Lo escuchó vestirse y salir de la habitación. Todavía no había vuelto media hora después, cuando ella ya había hecho la maleta y se había ido del Nidito de Amor.

Capítulo 11

Durante las siguientes seis semanas, Pamela se entregó en cuerpo y alma a su trabajo. Probablemente, los adolescentes del centro habrían preferido que se hubiera quedado en su casa, pero ella necesitaba una válvula de escape. Así que lidió con ellos e intentó hacerse amiga de unos chicos que no habían tenido una amistad adulta en la vida.

No vio a Ken. Pensaba en él de vez en cuando; más bien, constantemente. Pero no lo vio.

Él la llamó y dejó un mensaje en su contestador diciéndole que la estaría esperando.

No estaba preparada. Y no sabía si lo estaría alguna vez. Se había dado cuenta en aquellas semanas de que, probablemente, Ken había tenido razón en pensar que, si se iba sola al lago Tahoe y se liaba con cualquiera, iba a salir malparada de nuevo. Sin embargo, aquello no hacía que le perdonara el engaño, aunque hubiera sido para ayudarla. Tampoco le perdonaba que hubiera ido porque su padre se lo había pedido, aunque su padre le había dicho que no creía que Ken hubiera ido por ese motivo. Tampoco había podido dar una explicación más razonable, así que llevaba creyendo lo peor un mes y medio.

—¿Te vas a quedar hoy otra vez hasta las tantas o voy a poder volver a casa pronto para cenar con mi cariñito? —preguntó LaVyrle entrando en el despacho que ambas compartían en el centro.

—No tienes cariñito —contestó Pamela.

—Sí, lo tengo. El hombre del tiempo del canal ocho. ¡Madre mía, ese hombre hace subir la humedad en un abrir y cerrar de ojos! —añadió intentando hacer sonreír a Pamela, como llevaba haciendo

todas aquellas semanas.

Pamela se ríó.

—Bueno, no quisiera ser yo la culpable de que no pudieras cenar con tu amado. Vete, ya cierro yo.

—No pienso dejar que salgas tú sola de aquí a altas horas de la noche —dijo LaVyrle.

—No estará sola —anunció una voz masculina que hizo que ambas giraran la cabeza hacia la puerta—. Yo me quedo con ella.

—Hemos cerrado, señor —dijo LaVyrle—. Todos los chicos están ya en sus casas.

—Ken —murmuró Pamela viendo su silueta recortada. Sintió que se le tensaba todo el cuerpo solo por tenerlo a unos metros.

¡Maldito hombre, que todavía tenía ese efecto sobre ella...!

LaVyrle miró a Pamela y al tal Ken y percibió la tensión de su amiga.

—Uy, uy, uy, yo me voy.

—No te vayas —rogó Pamela.

—Me está esperando el hombre del tiempo, ¿recuerdas? Te veo mañana. Bueno, o tal vez, no. Según el tiempo que haga por aquí, ¿no?

LaVyrle salió de la habitación y miró a Ken. Él asintió como contestando a su mirada amenazadora. «No, no la voy a hacer sufrir más». Cuando se fue, LaVyrle tenía una pequeña sonrisa en los labios. Obviamente, le había gustado. Traidora.

Las paredes la estaban asfixiando en mitad del silencio sepulcral. Pamela cerró sus cajones con llave para poder irse. Ni siquiera levantó la vista para mirarlo.

—¿Has hablado con tu padre? —preguntó Ken al final.

Ella se encogió de hombros. Aunque no tenía por qué contestar, quería hacerlo para que supiera que no la intimidaba con su altura y su belleza.

—Sí.

—¿Habéis hecho las paces?

—Supongo —admitió en tono serio—. He vivido veintiséis años sin saber que a mi padre le encantaba cantar mis glorias a cualquiera y supongo que Peter escuchaba con interés.

—Así que lo has perdonado.

—Casi.

—Pero a mí, no.

Pamela se levantó y fue hacia la puerta. Ken no se apartó y, como eran más o menos de la misma altura, sus bocas quedaron a solo unos centímetros de distancia. Pamela consiguió ignorar su aliento mentolado y la energía que se produjo entre sus cuerpos.

—¿Me dejas? —le ladró—. Quiero irme a casa. Ken murmuró algo en voz baja. Algo como «terca como una mula», pero se apartó. Pamela pasó junto a él y apagó la luz al salir, dejándolo a oscuras—. ¿Vas a salir o prefieras que cierre y te deje ahí?

Ken acabó saliendo.

—¿Podemos ir a cenar y, así, hablamos?

—No tengo hambre —contestó ella avanzando por el pasillo hacia la puerta de salida del edificio. El la siguió, claro. Pamela fue a asegurarse de que las luces del gimnasio estaban apagadas. Lo estaban.

Ken volvió a bloquearle el paso. Su cercanía era desconcertante y molesta. Desazonadora.

En aquellas semanas que había estado sin verlo, no había podido olvidar la atracción física que había entre ellos. Nunca había sentido nada parecido y dudaba que volviera a sentirlo.

—Por favor, Pamela. Vamos a algún sitio a hablar. Te he echado mucho de menos —le dijo alzando la mano para acariciarle la mejilla.

—Ya te he dicho que no tengo hambre —contestó tragando saliva al ver que se acercaba más. Tengo que irme. Buenas noches, Ken.

—Juega conmigo.

—¿Qué?

—Juega conmigo. ¿No me dijiste que eso era lo que hacías con los chicos? Venga. ¿Tienes miedo?

—¿De ti? Venga, McBain, pero si no eres más que un vago que se pasa el día ante el ordenador. Te metería una buena paliza.

Ken se rio.

—Por cada canasta que yo enceste, tú me escuchas.

—¿Y por cada una que yo meta?

Él se paró a pensar.

—Yo te escucharé a ti.

—No hay trato. Yo no tengo nada que decirte —contestó intentando pasar a su lado y salir.

—Espera —dijo Ken agarrándola del brazo.

—¿Se te ocurre algo mejor que ofrecerme? —preguntó ella desafiante.

Ken miró a su alrededor, como buscando la contestación en la silenciosa oscuridad del gimnasio. Sonrió.

—Puede. ¿Y dinero? Por cada canasta tuya, te doy mil dólares para el centro. Tanto si pierdo como si gano, te doy mil por canasta. ¿Qué te parece? —Pamela se quedó con la boca abierta—. Uno contra uno.

—¿A once o a veintiuno? —preguntó ella sin poderse creer que estuviera dispuesto a gastarse tanto dinero para que lo escuchara.

—Veintiuno. Me parece que me va a llevar, por lo menos, veinte canastas convencerte de que me quieres.

Pamela se rio ante su arrogancia y dejó su bolsa de gimnasia en el suelo. Negó con la cabeza y encendió las luces y, por primera vez aquella noche, lo vio de verdad.

Parecía cansado. Estaba más pálido y tenía el ceño fruncido. Aun así, seguía estando estupendo, con su camiseta gris y sus vaqueros. Vaqueros apretados.

Pamela ordenó a su pulso que se volviera a desacelerar y a su corazón que se endureciera.

—Mil dólares la canasta, McBain —murmuró agarrando un viejo

balón de un rincón.

Ken marcó la primera. Pamela no podía creérselo. Se enfadó consigo misma por permitir que le hubiera robado el balón al pillarla por sorpresa. Había encestado limpiamente. Ella maldijo haciéndolo sonreír.

—No trabajo para tu padre.

—Una —dijo ella quitándole el balón y encestando.

—Te debo mil dólares.

—Ya lo sé. No hace falta que me lo digas. No puedes hablar, a no ser que metas una.

—Tampoco meteré —dijo él con claras connotaciones sexuales— a no ser que hable lo suficiente como para convencerte de que estoy loco por ti —añadió evidentemente frustrado.

La había distraído, demonios. Aquel comentario sensual le costó a Pamela otra canasta.

—Tenía un contrato firmado con la empresa de tu padre. Estaba firmado, sellado y en marcha mucho antes de que nos conociéramos. Ni conseguí el trabajo por ti ni soy su empleado.

—Eso es más de una canasta —protestó ella pensando en sus palabras. Su padre le había dicho algo parecido, así que no le sorprendió saber que Ken tenía su propia empresa de informática y que no trabajaba para Bradford Investments.

Pamela se concentró en la pelota y en mantenerla apartada de su manos grandes y rápidas. Consiguió meter tres canastas más, pero no sin dificultades. Era mejor de lo que esperaba. Era mejor que los adolescentes con los que solía jugar en el centro.

—Ya llevas cuatro de los grandes —le dijo intentándolo distraer para que cometiera algún error.

Ken no había sudado ni una gota desde que habían comenzado. Le arrebató el balón y encestó.

—Es cierto que tu padre me pidió que te acompañara para que no te pasara nada, pero no fue por eso por lo que fui. Fui porque ya me

había enamorado de ti al verte una vez en su despacho —Pamela lo escuchó a su pesar. Él aprovechó la ocasión para volver a marcar—. Aquella noche, en la playa, solo se cimentó algo que estaba creciendo en mi corazón cada vez que veía tu foto o tu padre me hablaba de ti, Pamela. Me estaba enamorando perdidamente de ti sin conocerte. Aquella noche, decidí que quería protegerte, que no quería que nadie volviera a hacerte daño. Por eso, fui contigo.

—¿Eso es todo?

—Claro que no —contestó él quitándole la pelota de las manos y marcando una bonita canasta—. Te quería para mí solo. No quería que fueras a Tahoe tú sola y te liaras con cualquiera.

Aunque eso ya se lo había dicho en otra ocasión, Pamela lo creyó.

—¿Y por qué no me dijiste la verdad desde el principio? ¿Por qué no me dijiste que habías presenciado el horrible numerito de la tarta?

—Porque no me habrías dado la más mínima oportunidad. Si hubieras sabido que estaba allí, ni siquiera habrías hablado conmigo en la playa. Mucho menos, me habrías invitado a que me fuera contigo de luna de miel.

Pamela frunció el ceño. Sí, lo había invitado. Ken se paró en mitad de la pista con la esperanza de haberla ablandado un poco. Pamela aprovechó para marcar.

—Otros mil más. Espero que el negocio con mi padre te dé dinero suficiente.

—Ya he terminado con ese proyecto, Pamela —dijo yendo hacia la canasta—. He estado dedicándole dieciséis horas al día, siete días a la semana. Quería verlo terminado. Así, no puedes utilizarlo como una excusa. No tengo nada que ganar excepto conseguir que admitas que me quieres y que me creas cuando te digo que te quiero.

Pamela dudó y estuvo a punto de caerse de bruces al oír aquello.

No sabía que había terminado el proyecto. ¡Por eso parecía tan cansado! Su padre le había dicho que iba a durar tres meses y,

obviamente, lo había hecho en mucho menos tiempo.

—Mi negocio es flexible. Puedo trabajar desde donde quiera, pero quiero quedarme aquí, en Miami, contigo.

—Has dicho que me querías —dijo ella suavemente sin intención de perdonarlo todavía.

—¿Y? —dijo él poniéndose el balón a la espalda. Pamela intentó quitárselo, pero lo único que consiguió fue quedar pecho con pecho. Jadeando. Con los labios y los ojos abiertos. La temperatura comenzó a subir.

—Estar enamorado de alguien no es lo mismo que querer a ese alguien —contestó Pamela al final—. Estar enamorado es algo temporal inducido por cupidos, camas redondas y masajes con aceites esenciales.

Ken sonrió.

—¿Y el amor qué es? ¿Esto? ¿Una cancha de baloncesto, mil dólares la canasta y un centro vacío? —preguntó. Pamela no contestó—. Te quiero, Pamela. Te quería antes de enamorarme de ti.

Pamela lo miró a los ojos en busca de la verdad. La vio y comenzó a creerlo.

—Al principio, intenté resistirme porque la razón y la lógica me decían que no podía ser, que no podía haberme enamorado tan rápida y profundamente, que tú no podías sentir lo mismo, que seguro que era porque te sentías despechada —añadió soltando el balón, que se fue botando por la pista. Pamela lo siguió con la mirada, pero él le agarró el mentón con un dedo y le levantó la cabeza—. Sin embargo, nada de eso importa. La verdad es que eres mi media naranja, el alma gemela que he tardado treinta años en encontrar. Pero te he encontrado y estoy dispuesto a esperar o a seguir jugando al baloncesto mientras dono dinero hasta que admitas que tú sientes lo mismo.

—Juego mejor que tú. Acabarías arruinado.

—Deja de fanfarronear.

Pamela sonrió.

—No lo hago.

—Estás muy guapa cuando te pones nerviosa.

—La última vez que me dijiste eso, yo temía que el avión en el que íbamos se fuera a estrellar porque no quería morir virgen.

—Bueno, eso ya no sería así.

—Gracias a Dios —dijo ella sonriendo.

Al final, lo aceptó y lo creyó. La quería. De verdad. Con un amor de verdad, de los que pueden con todo, con proyectos y con lunas de miel.

—¿Sigues queriendo la furgoneta y los niños?

—Solo si es contigo —contestó él con un brillo de satisfacción en los ojos.

Pamela le pasó los brazos por el cuello.

—Te quiero, Ken McBain, y no estás loco. Fue así. Hemos tenido la suerte de que nos ocurriera y de saber verlo. Eres la persona que he estado esperando toda la vida.

Se besaron tierna y dulcemente, con pasión. Ken la abrazó con fuerza, como si nunca quisiera soltarla, y ella se dejó caer contra él, sintiéndose completa de nuevo.

—Esto no quiere decir que vaya a dejarte ganar. Me parece que íbamos seis a cinco —bromeó ella cuando Ken fue a besarla de nuevo.

—¿A veintiuno?

—Solo si, por cada vez que te toque a ti hablar, me dices que me quieres.

—¿Y las demás? —preguntó él mientras lanzaba la pelota desde la mitad de la cancha y la encestaba.

—¿Qué se te ocurre?

—Bueno, podría decirte todo lo que te pienso hacer cuando volvamos al Nidito de Amor en nuestra luna de miel de verdad — Pamela lo miró y sintió que el corazón le latía a toda velocidad. Ken la

abrazó con fuerza—. Empezaré por explicarte por qué estoy tan contento de que seas tan alta.

Fin